PÁGINAS AMERICANAS



AL QUE LEYERE.

Los americanos tenemos, sin darnos cuenta de ello, un aire marcado de familia. No se trata ya del parecido natural entre personas de una misma raza y de origen común, sino de caracteres propios, de maneras de vivir y de pensar enteramente peculiares á nosotros, y que no existen en la madre patria, ó porque se han borrado con el transcurso de los tiempos, ó porque son productos exclusivos del medio americano.

Esto se hace patente, de manera especialisima, en cuanto concierne á producciones literarias. La influencia de las literaturas francesa, inglesa y alemana, arrastrada y aumentada en las poderosas corrientes del comercio, ejerce entre nosotros influencia omnipotente. Mientras España ha conservado, con más ó menos firmeza, las tradiciones literarias de antaño, el culto permanente de sus viejas glorias, nosotros, con la audacia de los pueblos jóvenes, sin tradiciones y sin pasado, nos hemos lanzado en busca de los dioses nuevos, de los dioses futuros. Circulan en nuestras venas, transfundidos y transformados, Musset Richepin y Enrique Heine, Zola y Elliot, Dickens, Carlos Lamb y Macaulay, Tolstoi, Dowstowieskey, Pierre Loti, Bourget y Stendhal. Y de tal manera se ha verificado esta extraña y, al parecer, incompatible asimilación, que toda la literatura americana tiene, á la hora presente, carácter marcadamente propio, tendencias nuevas por nuevos rumbos.

Si estudiamos las obras de Arteaga Alemparte, Isidoro Errázuris, Lastarria, Guido Spano y Olegario Andrade, Mitre y Sarmiento, Arnaldo Márquez y Jorge Isaacs, y entre los jóvenes Casal, Icaza y Ruben Dario, veremos en ellos las nuevas corrientes manifestadas con vigor extraordinario.

No entro á discutir ahora si es para bien o para mal, vengo sólo á señalar un hecho, obra de las condiciones especiales á que se encuentra sometida la raza española en América, obra del medio, obra de las leyes de selección y de lucha, que rigen así en el mundo espiritual como en el mundo material.

Meditando en esas condiciones de lenguaje, de arte y vida social, peculiares en todo á nuestro continente, he creído que, al publicarlas en España, debía llamar Páginas Americanas á las de este libro.

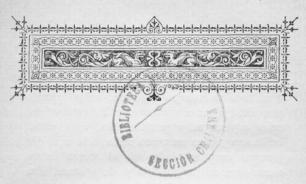
Con este motivo, únicamente, evoco el recuerdo que para mí trae envueltas las melancolías más profundas con los ensueños más gratos.

Muchas de estas novelas han sido publicadas en Chile.

El que las leyere no encontrará en ellas ni descripciones de nuestras montañas ni de nuestras selvas; eso queda para los poetas, y yo, desgraciadamente, no lo soy. Trato simplemente de percibir y de reproducir al vuelo un eco de drama, un sentimiento noble, una sensación brutal, un ensueño, una ternura, un egoismo, un crimen de seda.

Desearia hacerlo con la mayor suma de sencillez y de sinceridad posible, como desprendiéndome de mi propia persona y aprovechando la trama de asuntos vulgares á veces para incrustar en ellos observaciones, ligeros apuntes cortados en la carne de la vida.

Madrid, 4 de Noviembre de 1892.



UNA MUJER ADMIRABLE.

I.

Acababa de ponerme á trabajar, de vuelta de los Tribunales, en un fastidioso expediente de partición, cuando sentí dar un golpe á la puerta de mi estudio. No hice caso, y seguí estudiando el expediente. Continuaba ocupado desde hacía algunos minutos en él, cuando en uno de esos momentos de perplejidad en que se mira al techo, al frente, á cualquier parte, en busca de una solución que no se halla, alcé la vista. No pude contener un estremecimiento de sorpresa. Frente á mí, de pie junto al escritorio, se hallaba un individuo que había entrado sin que yo le sintiera.

—¿En qué puedo servirle, señor?—le pregunté, dirigiéndole una rápida mirada.

El personaje era de estatura mediana, más bien baja, de cuerpo vigoroso, color atezado por el sol y por el viento, cabello negro y fino, cejas espesas muy prominentes, ojos azules brillantes y boca un tanto caída; á la cual dos arrugas muy señaladas en el rostro daban cierto aire de resignación y de tristeza. Era evidentemente un extranjero, y de raza del Norte.

Sin contestarme una palabra, desabrochó su chaqueta, una gruesa chaqueta de invierno, y después de registrar sus papeles, me presentó una carta. Esto me confirmó en mis suposiciones; los extranjeros, que no poseen con facilidad nuestro idioma, ahorran las palabras lo más posible.

La carta era de un antiguo amigo y colega de Valparaíso. «El portador de ésta, me decia, es un Mr. Jhon Stewar Ross, llegado últimamente de Oceanía, donde ha residido cerca de doce años. Ha sido marino y capitán de buque. No puedes figurarte qué historias me ha contado este sujeto, y si quieres que sea franco, te diré que me han parecido completamente inverosímiles. ¿Será un loco? No lo sé; pero es humilde y parece desgraciado. De todas maneras, creo que será un deber de caridad el atenderle.....»

Aparté la vista de la carta, y después de mirarle un instante de reojo, le rogué se sentara en el sofá. El extranjero andaba con el cuerpo inclinado hacia adelante, con las piernas abiertas, y ese modo incierto de los marinos acostumbrados al balance del mar.

—Tenga la bondad, señor, de decirme lo que busca y en qué puedo servirle, con la mayor concisión posible, porque necesito mi tiempo.

El extranjero no se inmutó con mi dureza. Me habló, por el contrario, con tono humilde y lentamente, buscando las palabras que se le

escapaban.

-Soy de Newcastle, señor-me dijo-y pertenezco á una familia de marinos. Tengo cuarenta y cinco años; hace veinte, en uno de mis primeros viajes á la América del Sur, me vi forzado á pasar varios meses en Valparaíso. El comercio me había puesto en relaciones con la casa de Hutchinson y Compañía. Fuí convidado á comer por el señor X...., distinguido caballero de Valparaíso y socio de la casa Hutchinson. Su familia era encantadora, y me recibió con esa cordialidad, con ese afecto que se prodiga á los extranjeros en este país. Yo no debía ir á esa casa sino conducido por mano de la fatalidad; en ella conocí á Julia...., hija mayor de ese distinguido caballero. Mis visitas se repitieron, y noté, cuando era demasiado tarde, que estaba enamorado de esa niña. Ella también me amaba, pero..... yo era pobre.

El extranjero, al llegar á este punto, se detuvo un momento, y su vista se dirigió involuntariamente á la ventana que ilumina mi estudio; los cristales estaban empañados por el frío de una tarde nebulosa de otoño, y la luz penetraba como una gran claridad gris. El reloj continuaba mecánicamente su tic-tac; los rumores de la tarde iban muriendo poco á poco.

El señor Stewart Ross comenzaba á interesarme. Hablaba con tanta sencillez, con una verdad y naturalidad tan completa, que involuntariamente me sentía impresionado. No había en él nada de actor, ninguna de esas exageraciones de sentimiento que emplean ciertas personas cuando tratan de parecer interesantes.

—La familia de Julia se opuso al matrimonio—agregó después de un momento de silencio.—Continuamos viéndonos en casa de una amiga suya, y luego arreglamos nuestra boda.

Nos casamos. No puede usted figurarse lo feliz que fuí cerca de Julia en esos días. Á ella le pasaba lo mismo. Era tan dichosa, que ni siquiera sentía el enojo de sus padres, quienes sólo habían consentido en nuestra boda para evitar un escándalo.

Los primeros transportes de pasión huyeron luego. No por eso disminuía nuestra dicha; hacíase más reconcentrada, más callada, más densa. Habíamos pasado seis meses de una felicidad casi absoluta, cuando recibí de Inglaterra una carta en que me participaban la venta del buque de mi mando. Mi contrata debía expirar poco tiempo después, y me enviaban las indemnizaciones correspondientes. Entonces, por segunda vez, se me impuso esa temible cuestión que yo había desdeñado al principio, mirándola solamente como un juego. Necesitábamos dinero.

Primero abandonamos la casita que habíamos tomado en una calle central, nos mudamos á otra más modesta y vendimos algunos de los muebles. Yo buscaba trabajo y no le encontraba. Me ofrecieron un empleo de setenta pesos en una casa de comercio. Lo rechacé; no era posible aceptar una cantidad tan miserable, cuando para vivir necesitábamos cinco veces más. Julia debía, por lo menos, vestirse decentemente; yo tenía ciertos hábitos de lujo y de club. Llegó un día en que fuí á solicitar ese humilde empleo que me habían ofrecido; me dijeron que había sido dado á otro, pero que por un gran favor, me conseguirían uno de cuarenta en un Banco. Lo acepté. Transcurrieron varios meses y la situación se hacía cada vez más intolerable. Julia cantaba primorosamente y tocaba el piano con gusto: nos vimos obligados á vender el piano.

¿Para qué seguir? Nuestra miseria daba lásti-

ma. Julia se sentía inferior á sus amigas. Cuando se vive apartada y pobremente se pierden una á una todas las ilusiones, se forma poco á poco el vacío en torno nuestro, y aun cuando todavía se reciben saludos y sonrisas, ya no son ni las sonrisas ni los saludos de otro tiempo.

Un día me ofrecieron el mando de la *Venus*, fragata que debía salir con un cargamento de salitre. No podía vacilar; á pesar de que la separación era tremenda....., á pesar de que amaba á Julia con toda mi alma, tuve que partir. Era una esperanza de fortuna. Nos abrazamos sollozando.

El extranjero interrumpió de nuevo su narración, y las sombras de tarde que caía me hicieron creer por un momento que me hallaba solo.

- —La Venus naufragó. Quizás usted conocerá el informe del Cónsul de Chile en Australia, dando cuenta del suceso. Sus tripulantes se repartieron en dos chalupas que fueron alcanzadas por un vapor. Todos los tripulantes habían muerto de hambre, excepto uno, que se pudo salvar á duras penas. Era el contramaestre. Esto fué todo lo que se supo de aquel extraño suceso. Vuelvo á Chile veinte años después, y lo encuentro todo cambiado.
- —¿Por qué no dió usted noticias de su existencia?
 - -Porque estaba prisionero entre salvajes,

en una isla desconocida. Ayer no más sabíamos por primera vez que veinte chilenos se hallaban prisioneros en el Yapi, desde hacía diez años, por el interior de Bolivia, cerca de este país. Nada más natural que se ignorase mi existencia tan lejos.

Ahora principia la parte más grave de mi vida. Al llegar, supe que desde hacía muchos años era tenido por muerto, y que hacía cuatro se había casado mi mujer en segundas nupcias.

Al oir estas palabras del extranjero, sentí la impresión más extraña. Me pareció el caso tan curioso, tan extremadamente impremeditado, que temía ser la víctima de una mixtificación. Encendí la lámpara.

—Vine á Santiago el año pasado—exclamó el extranjero—y averigüé cuanto pude acerca de ella, de su situación y de su vida. Julia se ha casado con el señor N...., dueño de grandes viñas en el Sur; es un caballero de lo más distinguido, tanto por su familia como por su educación. Julia ha tenido dos hijos en su segundo matrimonio y vive muy feliz; es amada y tiene cuanto es posible desear en esta vida...., todas esas comodidades, esos coches, ese lujo que yo no podía procurarle.

—Permítame, señor—le dije interrumpiéndole.—Usted me asegura que usted es el señor Stewart Ross, muerto en el naufragio de la Venus, según los partes oficiales. ¿Cómo lo probaría usted?

El extranjero sacó de su bolsillo una información sumaria, hecha recientemente en Valparaíso, para probar su estado civil con arreglo á las prescriciones del Código y demás formalidades legales. No cabía duda: era verdaderamente Mr. Stewart Ross.

—Me procuré su retrato—agregó el extranjero—y la encontré más bella, más encantadora que nunca. Antes era una niña delgadita, pálida, transparente, marchitada por la anemia. Ahora es una mujer de líneas mórbidas, llenas, sonrosada; tiene la gracia de otro tiempo y esa alegría íntima que da la satisfacción de todos los deseos, de los más leves escozores de la vanidad.

La vi en el teatro. Una atmósfera de lujo y de distinción la envolvía. La quitaron su magnífico abrigo de pieles; desplegó su abanico de plumas, y dos ó tres amigos fueron á saludarla á su palco. Era la misma de otro tiempo, coñ esa expresión de melancolía infinita que se adivina y que no se revela. Era esa misma imagen que por tantos y tan largos años yo había llevado en mi corazón como un ídolo y como un consuelo en mis trabajos. Yo sentí que la amaba como antes.

La escribí contándole mis sufrimientos, sin omitirle ni uno solo, evocando recuerdos íntimos, sabidos solamente de ella. Respondió que no me conocía; que su marido había muerto en un naufragio; que tal vez yo era uno de sus compañeros. Me enviaba un puñado de billetes, exigiéndome «que terminara aquella farsa».

No diré lo que pasó por mí; una cólera violenta me subía al rostro. Sentía deseos de presentarme en su casa y de darla un escándalo público. La encontré al salir de una tienda. La sorpresa la dejó inmóvil; se puso pálida, y luego, sin mirarme, subió á un espléndido coche tirado por dos caballos de raza, cerróse la portezuela con estrépito y desapareció. Volví á escribirla, y me devolvió mi carta cerrada. ¿Qué haré?

II.

—¿Qué haré?—repitió con verdadera desesperación ese hombre, que para mí no era ya un extraño, sino un viejo amigo. Yo conocía esas pasiones, esos estallidos súbitos, esas preguntas imposibles que nunca tienen respuesta:
—¿Qué haré?

El caso era verdaderamente grave. Legalmente, el señor Stewart Ross era el marido de Julia; ésta debía separarse de su segundo marido, puesto que el matrimonio era nulo, y seguir al primero. El caso no admitía discusión.

Quedaba en pie, sin embargo, la cuestión puramente humana, que la ley no resuelve ni puede resolver, porque la ley no puede obligar á un ser á que ame á otro ser, á que sea feliz al lado suyo. Por entre los hilos de la ley se escapa el alma, que es libre, intangible, infinita. El que no posee el corazón, abraza una sombra únicamente, una sombra helada y muda.

Ahora, junto con ésta, se presentaba otra interrogación no menos cruel. En otro tiempo, esa mujer se había sacrificado á su amor y había sufrido por su causa los tormentos espantosos de una vida de miseria, esos pequeños sufrimientos que no cuentan las novelas y que son tanto más agudos cuanto más desconocidos.

Ahora gozaba de todas las delicias y de todos los refinamientos que puede procurar el lujo; se hallaba acostumbrada á la nueva vida, que formaba en ella como una segunda naturaleza, incrustada en su propio ser. Su marido la había introducido en nuevos y distinguidos círculos sociales; tenía mil hábitos de que no podía desprenderse; ya no podría sacrificar ni siquiera el saludo que hacía á los amigos. La sociedad nos impone, no solamente su atmósfera, sino también el traje, el saludo, el porte,

las sonrisas, las arrugas de la cara y as arru-

gas del espíritu.

Á medida que yo hacía estas reflexiones y otras análogas, el extranjero se sumía en una meditación impenetrable.

—Usted no podría pretender, por grandes que fuesen sus derechos—le dije—que esa mujer lo sacrificase todo por seguirle, aun cuando ella lo amara. ¿Y quién le dice á usted que todavía le ama? Lo más probable es que sólo quede como un recuerdo vago en su alma de esos días mezclados con tantas amarguras.

—Tiene usted mucha razón—me dijo el desgraciado;—tiene usted mucha razón en todo lo que me acaba de decir, muchísima..... Piense únicamente que durante veinte años en que estuve prisionero sólo fuí feliz en esos pocos momentos en que pensaba en ella. La imaginación me la hacía cada vez más adorable..... Pero he vuelto á verla, y la adoro, y siento que es mi vida. Tiene razón, señor, pero yo la quiero y tengo el mejor de los títulos. Es mi legítima esposa.

No hallé qué responder.

III.

Quedamos en que yo hablaría primeramente con la señora de S..... y solicitaría de ella una entrevista con el Sr. Stewart Ross. Me presenté á su casa y fuí introducido á un saloncito sencillo y de buen gusto, donde esperé breves instantes. Se agitó ligeramente la cortina y oí un paso que se deslizaba suavemente. Era la señora; vestía de negro y llevaba un matinée de raso celeste con encajes obscuros. Su talle delgado y fino, de admirables y mórbidos contornos, redondeados y llenos; su rostro ovalado, color pálido mate; de grandes ojos pardos; su cabello fino, rubio y rizado hacia la nuca, más oscuro arriba, con reflejos como de seda ante la luz; sus largas manos afiladas, todo coincidía con el retrato que me habían hecho de ella.

A su lado sentí esa atracción, ese perfume penetrante que da la razón verdadera de tantas y tantas locuras. Entró con paso tranquilo, se sentó con aire real y me ofreció asiento con gesto amable y reservado á un tiempo, lleno de distinción exquisita.

de distriction exquisità.

-¿A qué debo el honor de su visita de usted?

Referí toda la historia que me acababa de narrar Mr. Stwart, sin omitir uno solo de sus detalles. Ella me escuchó con el asombro más profundo.

-Esto es horroroso-me dijo. Señor, yo soy víctima de un complot infame, de una conjuración sin nombre. ¡Dios mío! ¡Dios mío!....

Al decir estas palabras sacó su pañuelo y ocultó su rostro entre sus manos.—; Dios mío!....

Francamente, yo me sentía embarazado con las lágrimas de aquella mujer. El extranjero debía ser un loco. ¿Diré enteramente la verdad? Al penetrar en aquel palacio, donde todo era sencillo y elegante al mismo tiempo; al pisar esas alfombras mullidas; al contemplar esa mujer encantadora, yo me sentía fascinado. Ese lujo me aplastaba la conciencia, ella tenía sin duda la razón.

—Creo, sin lugar á discusión, todo lo que usted me dice, señora—agregué.—Quizá este hombre se ha procurado por un medio prohibido, con testigos falsos, las pruebas legales de un estado civil que no le corresponde. Solamente, no podemos evitar que dé un escándalo terrible, que se presente á los Tribunales..... Si por desgracia fuera su verdadero marido de usted, el antiguo marino de la *Venus*, entonces los Tribunales se verían obligados indudablemente á darle la razón, y la situación suya sería entonces terrible.....

Hubo un intervalo de silencio.

Luego, la señora S.... se puso á sollozar, y me dijo con voz entrecortada:

—Ruego á usted que me perdone..... Prefiero decirle á usted solo la verdad, confiando en su honor de caballero..... Ese hombre..... es realmente mi marido. Pero yo no lo quiero; mi

amor ha pasado, y no quedan ni siquiera las cenizas. Ahora me inspira repugnancia. No puedo verlo; no quiero verlo.

Me habló con excitación creciente de la situación en que se vería colocada separándose de su actual marido, de sus relaciones, para ir á la pobreza con un hombre á quien no quería. La miseria era para ella lo más horrible que podía presentarse. Bajar de una situación espléndida á una situación modesta, le parecía imposible.

Luego, ella no tenía el derecho de sacrificar la posición de sus hijos; ¿qué sería de ellos? No podría tenerlos al lado de su segundo marido. ¡Oh! ¡Sus hijos! ¡Sus hijos!.....

Yo observaba con asombro las reacciones psicológicas tan rápidamente variadas del alma de esa mujer. De un salto había pasado de negarlo todo á la confesión más absoluta y más íntima, á la confianza más completa en mí, á quien tal vez apenas hubiera saludado cinco minutos antes. Y luego, en esa tempestad que se levantaba en su alma en ese momento, se había mostrado al desnudo. Ni una palabra de amor para recordar el pasado..... Esas horas de fuego, esos besos que nunca se olvidan; ni una palabra de amor para el hombre que ahora la amaba dándole un corazón, una posición y una fortuna. Sólo había recordado las horas de miseria que verosímilmente podían venir, y

la pérdida de su lujo, de su casa, de su coche..... En seguida se había acordado de sus hijos.

Contemplaba á esa mujer reclinada en el sofá, con el rostro sumido en el pañuelo, retorciendo su cuerpo admirable en contracciones nerviosas. Había desaparecido la mujer de gran tono para ceder su puesto á las explosiones dolorosas de la bestia humana..... ¡Sálveme usted!..... ¡Dios mío!..... ¡Dios mío..... Dios mío.....

De repente, los sollozos y las lágrimas cesaron, la señora de S.... se puso de pie, y con paso rápido fué á cerrar la puerta de la antesala. Recordaba en ese instante que la había dejado entreabierta.

—La situación es terrible, señora—la dije;—sólo usted puede evitar el escándalo. Escríbale á Stewart llamándole á un lugar reservado.... hable con él.... expóngale usted misma su situación. Ese hombre la adora, y si usted lo rechaza es capaz de todo.

Julia alzó la cabeza:

-¿ Todavía me quiere?

-Estoy seguro..... él me lo ha dicho..... Ha estado lejos de todo trato humano, sin ver mujeres que se comparasen con usted..... es natural que todavía.....

—Con su permiso.....—murmuró la señora, y desapareció. Cinco minutos más tarde volvía con una carta escrita en papel pergamino,

estilo Edad Media, con un gran monograma imitando una moneda antigua.

En el sobre decía:

«Sr. Jhon Stewart Ross.—Presente.»

La saludé respetuosamente, me respondió con elegante inclinación de cabeza, y nos separamos.

Al llegar á casa me encontré con el extran-

jero que me esperaba en mi salón.

-¿La vió usted?-me dijo.-¿Cómo estaba? ¿Qué conversaron? ¿Qué habló de mí?....

Le referí palabra por palabra cuanto ella había dicho en esa larga entrevista, su desesperación, sus lágrimas, su horror á la miseria. Esa mujer ya no le ama.... señor.... no le acepta; le profesa á usted el alejamiento más profundo. Es imposible que usted vuelva á su lado.... estaba desesperada cuando le pinté la situación.

El extranjero me escuchaba conmovido, con los ojos bajos. Le pasé la carta, rompió el sobre con emoción, y la leyó.

Inmediatamente vi una transformación completa en él. Se puso de pie, alzó la cabeza, y con los ojos brillantes y sonrisa fría, con esa sonrisa con que saludamos á la persona que nos presentan por primera vez, me hizo un saludo.

—Gracias, caballero.....—me dijo, y desapareció. Comprendí lo que había pasado. Yo era un tonto. Su mujer le había jurado en esa carta un cariño eterno..... una pasión absoluta..... un amor como en el cielo..... Le daba una cita..... en cualquier parte..... y le juraba que yo la había hecho la corte, inútil é insolentemente.

IV.

Nunca he sabido lo que pasó entre el desconocido y aquella señora, pero lo supongo. El infeliz amaba demasiado para vender su silencio por dinero; lo vendió probablemente, por una mentira que lo hizo feliz algunas horas. Sintió quizá esos latidos del alma, y sacrificó su futuro para volver por un segundo á su pasado. Eso no lo sé, pero era natural que sucediera; cualquier enamorado hace lo mismo.

Se creyó amado como antes.....

Seis meses después, visitando la Casa de Locos en compañía de un doctor amigo mío, nos encontramos en una celda con Mr. Stewart Ross. El desgraciado no me conoció; estaba tendido de espaldas, al pie de un naranjo, recostado en una almohada y ocupado de pasarse la mano por la cabeza durante horas de horas.

—Es un loco tranquilo—me dijo el doctor.—Figúrate la historia más inverosímil y más extravagante del mundo, y todavía quedarás muy lejos de la verdad. Este individuo se enamoró de la señora S..... falsificó unos documentos en que se hacía pasar por Mr. Stewart Ross, primer marido de esa señora, muerto en el naufragio de la Venus. Sacó de este modo algunos cientos de pesos que le dió ella para evitar un escándalo..... Su marido quería seguirle una causa criminal por estafa; pero ella, por respeto á la memoria de su primer marido, no quiso que se procesara á uno de sus compañeros.

La Sra. Julia.... se ha portado en este asunto con una generosidad, una elevación de espí-

ritu y un sentimiento admirables.....

Al oir estas palabras, confieso que me detuve estupefacto y mudo de asombro. Yo había tenido los comprobantes del estado civil de aquel hombre, y recordaba que eran perfectamente auténticos. No cabía engaño posible.

-¿ Cómo sabes todo eso? - le dije.

—En primer lugar — me respondió el doctor — porque yo he visto con mis propios ojos la declaración legal de ese individuo que está ahí; en ella afirma que el verdadero Mr. Stewart Ross ha muerto, y que él es simplemente un compañero suyo que ha presentado falsos documentos y obtenido falsas declaraciones.

Por lo demás, se ha vuelto loco, ha sido traído al manicomio y la señora S.... paga la pensión. Es una mujer de caridad admirable.....

Yo guardé silencio. Tenía la conciencia de que ese hombre era el verdadero Mr. Stewart Ross, marido legítimo de la señora.... pero en ese instante no quise responder ni una palabra á las afirmaciones del médico.

El desgraciado extranjero se puso de pie, se abrazó de su almohada y desapareció dando brincos. Ahora sí que estaba verdaderamente loco.

Sentí helarse la sangre en mis venas al vislumbrar, de un golpe, esa rara tragedia. El infeliz amaba con toda su alma á su mujer; ella lo fascinó, encendió su cerebro y alcanzó de él cuanto quiso, hasta esa declaración matadora. Firmó cuanto le pidieron,.... por un beso..... por un abrazo..... por una sombra.....

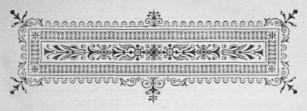
¿Cómo resistir á esos contornos mórbidos cálidamente dibujados por la seda..... á unos ojos quemantes..... á unos labios que suspiran llamas.... á unos brazos divinos que se enlazan como serpientes..... á un cuerpo indiscretamente revelado y, á la vez, castamente oculto por el traje? El corazón palpita, acomete el vértigo, el aire ahoga. Luego el delirio nos separa de la tierra.....

Cuando estuvo en sus manos el precioso papel, se acabó la comedia.

El marido hizo encerrar á ese infeliz en un manicomio, y ella pagó la pensión generosamente. Los indiferentes, los egoistas, casi todos, admiraron este rasgo de caridad desinteresada, de religión del recuerdo, de abnegación purísima. El desgraciado extranjero pagaba cruelmente una hora de amor.

—La señora..... es una mujer interesantísima—dijo el doctor; y agregó con respeto:—es también una mujer admirable.





RECUERDOS DE LA VIDA DE BOHEMIA.

DON JUAN

Á mi amigo X:

Eran noches tristes y lúgubres..... ¿verdad?..... La lluvia caía con ruido seco y acompasado, saliendo á golpes intermitentes de las cañerías. Hacía gran frío y era grande la soledad en las calles de Santiago, silenciosas y excepcionalmente calladas en las noches de invierno. Nosotros llenábamos cuartillas de papel, con el ardor taciturno del trabajo en aquella piececita estrecha, junto á la sala de redacción. Eran noches bien tristes y lúgubres..... ¿verdad?.....

De vez en cuando interrumpía mi tarea para cambiar contigo, el viejo amigo de los malos tiempos, unas cuantas frases amargas y tristes. El escepticismo de la vida nos subía al corazón, nos sentíamos solos en el mundo y teníamos ganas de llorar. Tú que te hallabas muy lejos de los tuyos y que habías abandonado la provincia con la esperanza de ser algo, tenías razón; yo, no la tenía. Era escéptico en parte por imitación, en parte por pesimismo natural.

Casi todo nuestro pequeño cuarto estaba ocupado por una mesa cubierta de diarios y revistas extranjeras. El Globo, El Imparcial y La Época, de Madrid, se hallaban por primera vez de acuerdo, reunidos en un montón: El Times y El Figaro, El Journal des Débats y El New York Herald, formaban una segunda torre de Babel. El Nacional, de Buenos Aires, que extendido es más grande que un hombre, había servido á uno de los visitantes para forro del abrigo. No contaré los muchos paquetes sin abrir de diarios americanes que había sobre la mesa. ¿Abrirlos? ¿Y para qué? Ya conocíamos el secreto de la comedia. Así como el guía de Tartarín en los Alpes le aseguraba que la Suiza era invención de una compañía inglesa, nosotros afirmábamos que la prensa era invención de algún desocupado que deseaba reirse del público.

Los diarios y las revistas amontonados en desorden, como verdaderas cadenas de montañas, parecían burlarse de nosotros y de sí mismos.....

Las horas más terribles eran cuando nuestro reporter llegaba desprovisto de noticias.

—¡Julio—me decía mi ayudante con verdadera desesperación—no han asesinado á nadie ni robado á ninguna persona conocida!

El reporter solía presentarse con los ojos bajos y con la cara larga; ya sabía yo lo que significaba eso. Me alargaba sus párrafos y los leía: mordido por un perro: á la policía; pendencia.

¡Hombre! esto ya no se puede aguantar.... el perro debería haberle mordido á usted..... por flojo.

Cierto día el reporter me hizo frente:—Yo no tengo la culpa, señor, si hay pocas noticias. Mis acreedores no me dejan vivir. El zapatero no me permite salir de la imprenta; me ha puesto sitio y pretende que le pague lo que le debo.....

- —¡Qué barbaridad! hombre, ¡qué barbaridad!
- —Ahora, usted comprende que si las notabilidades se ganan la vida con la cabeza, nosotros los *reporters* la ganamos con los pies..... y el zapatero.
- —¿No habría medio de tranquilizar á ese hombre?
 - -Imposible de todo punto. Mi zapatero es

más hábil que la vieja Guardia: ni muere ni se rinde.

En vista de semejantes razones yo tenía que perdonar al pobre muchacho su falta de noticias. Cuando había conseguido algunas de esas que valen la pena ya lo sabía de antemano, al oirle silbar entre dientes, por las escaleras, el Miserere de El Trovador.

Luego entraba con grande algazara, las manos metidas en los bolsillos y sin sobretodo.

-Hombre ¿y el paletó?

-Me lo he puesto.... por dentro.... en el café de la esquina.

Teníamos, á veces, que subir á las cajas en busca de pruebas. Era una gran sala de techo bajo, de vidrio; los ganchos de gas, encorvados para mayor comodidad, iluminaban los rostros amarillos, las barbas incultas de los tipógrafos que trabajaban, muchos de ellos con el sombrero puesto. La atmósfera estaba saturada de olor á parafina y á aceite de imprenta. Á veces solíamos sorprender grupos de tipógrafos que comentaban malignamente los originales del editorial. Era un famoso redactor que escribía hombre sin h y calle con y. Algún tiempo después pronunció, ese mismo caballero, un discurso á propósito de ortografía.

Concluída nuestra tarea nos juntábamos con el redactor de tijera y el de sesiones para ir á cenar al *restaurant* vecino. Me parece todavía verá ese grupo de bohemios, con los cuellos de sus gabanes levantados, tomados del brazo y cantando el coro de los supersticiosos de La Masccota, por las calles desiertas.

Nunca olvidaré aquella cena que tuvimos cuando entró al diario un personaje eminente, D. Rubicundo Espinosa. ¡A quién se le ocurre llamarse Rubicundo! Y ese señor era un Tenorio, muy enamorado, por añadidura.

Entramos á un saloncillo del café, nos sentamos, y D. Rubicundo nos dijo con voz solemne y emocionada, quizá por el temor de que lo tomásemos al pie de la letra: Pidan ustedes lo que quieran.

-Mozo, tres piscos y dos chartreuse; croquetas con papas; una perdiz; tortilla de erizos, para todos; pejereyes fritos, para cuatro; vino blanco y ostras.

-¡Todo á la minuta !....

El pobre D. Rubicundo palideció al ver que pedíamos todo eso de una sentada y como prólogo á nuestra cena.

—No tenga miedo, amigo D. Rubicundo Espinosa—le dijo uno— que desdeñemos su invitación. Para que usted se tranquilice, le juro que cenaré doble.

—Veo con profundo sentimiento, que la cuenta estará á la altura de mi nombre.....—
exclamó D. Rubicundo.

^{-¿}Cómo?

-Será espinosa.....

Con esto nos sonreímos, y ya quedó admitido el nuevo compañero, uno de los tipos más curiosos que haya visto en mi vida y vea en lo restante de ella. Era alto de cuerpo, quizá demasiado gordo, de pelo negro, y usaba unas corbatas rojas y chalecos azules, de fantasía, que él juzgaba el non-plus-ultra del *chic*. Su inmenso cuerpo, que denotaba cierto parentesco no lejano con Goliat, estaba coronado con una cabecita pequeñísima, comparada con él. Su nariz, algo achatada, se hundía en el medio como por un sablazo.

Este curioso personaje, no enteramente desprovisto de cierta chispa inculta, se hallaba todo el día en constante animación.

Era un grande hombre; pero tenía sus debilidades. Tan cierto es que no hay grande hombre sin algo pequeño.

Escribía dramas y amaba á todas las mujeres que veía, de quienes, por supuesto, se pretendía á su turno adorado.

A veces, cuando estábamos con el ánimo triste, veíamos abrirse la pequeña mampara de vidrio que nos separaba de los demás compañeros y asomarse la inmensa persona de don Rubicundo.

- -¡ Hombres! felicitenme ustedes.....
- -Con mucho gusto ¿ Por qué?
- -Acabo de terminar mi drama trágico Los

aparecidos ó el puñal sangriento. El primer acto es conmovedor; en él, Julián mata á su hermano y se roba á doña Elvira. En el segundo acto hay un terremoto.....

-¿ Con salida de mar?

Todos los dramas de D. Rubicundo eran tan famosos como aquél. Por ese tiempo funcionaba en el Municipal una compañía trágica italiana, y se daban noche á noche dramas románticos, en que mueren todos los personajes, incluso el consueta. Nuestro compañero seguía el sistema: una verdadera guillotina literaria.

Don Rubicundo era hombre activo; cuando no leía dramas nos contaba sus amores, por lo cual le habíamos puesto el nombre de *Don Juan....*

—¿ Conocen ustedes á esa rubia que se bajó del Americano cuando pasábamos por la calle de Huérfanos? Yo la amo, y se lo manifiesto de un modo apasionado.

-¿Y ella?

-¡Silencio! La discreción es la primera de las virtudes de un hombre de mundo.

Aquel Don Juan, ese hombre de mundo, no había salido nunca de la Chimba (1).

Otras veces, en el teatro, á pesar de que le huía el bulto, solía agarrarme Don Fuan.

⁽¹⁾ Barrio cursi de Santiago.

-¿Vé usted esa niña, en el quinto palco de segundo orden?

—Sí; es bellísima—le respondía sonriendo.

—Figúrese usted que se ha llevado todo el acto mirándome. Yo no sé qué tengo—me decía *Don Juan* con fingida modestia—para que me miren así.

Se olvidaba del chaleco azul.

Aquello pasaba de raya; Don Juan no hablaba más que de mujeres bonitas, de palacios, de coches, de encajes y sedas. Cualquiera diría que era un príncipe ruso viajando de incógnito. Se creía amado por todas las mujeres y gozaba inmensamente refiriéndonos aventuras que inventaba al vuelo..... Pero no les diré á ustedes el nombre..... no es posible..... esa mujer lo ha sacrificado todo por mí..... todo.

Cierto día de invierno, en la tarde, nos refirió una aventura por el estilo, despidiéndose luego con toda prisa.

-¿A dónde vas?

—Voy á la calle de la Moneda, sigo hasta la calle X....., y á media cuadra de la Alameda, en la puerta verde, tercera casa, me espera..... una mujer lindísima..... una morena de ojos grandes..... la adoro.....

Todo eso lo dijo muy bajo, se despidió y se fué. Quiso la casualidad que aquel día dejase olvidada su cartera el amigo D. Rubicundo. Con ese motivo, y aprovechándome del pre-

texto, quise conocer el domicilio de ese tipo, tan divertido como extraño. Dí al cochero la dirección que había recibido en la imprenta,

y jazota!

¡Cuál no sería mi sorpresa, cuando al bajarme del coche noté que me hallaba en la casa cuva dirección acababa de darnos Don Juan, como lugar de la cita! Era la misma puerta verde, cerca de la Alameda, en la calle de X

- -¿ Vive aquí D. Rubicundo Espinosa?pregunté á una señora entrada en años que salió á recibirme.
 - -Sí, señor.
- -Desearía hablar una palabra con él.-Me introdujeron á un saloncito pobremente amueblado, donde jugaba al emboque un niñito cojo y contrahecho. Pocos momentos después entró Don Juan, le devolví su cartera, y me dió las gracias, poniéndose como un carbón encendido. Había perdido su prestigio de Tenorio.
- -Lo dejo con mi mamá-exclamó al salir....;-atiéndalo...., es uno de los buenos compañeros.

Al verlo partir, la viejecita le dirigió una

mirada de ternura.

-¿Usted le quiere mucho, señora?

-¡Oh! sí. Es un buen hijo, y tengo orgullo en confesar lo que le debo. Desde que murió su padre, él sostiene la familia.... es muy bueno..... Se priva hasta de esos momentos de placer que todos los jóvenes anhelan, para comprar un juguete al hermanito contrahecho.....

En ese instante, la persona de Rubicundo tomó para mí un aspecto nuevo y conmovedor. No era ya el tipo ridículo y fanfarrón, sino un hijo abnegado y bueno. Su alma, comprimida por la pobreza; su alma, que soñaba muchas de esas cosas que le estaban negadas en la vida.... la felicidad; el amor..... le hacía soñar despierto, ingénuamente. ¡Pobre muchacho!





LA JOYA.

El sirviente colocó sobre la mesita una taza china, primorosamente pintada, sirvió el té y luego se retiró. Gregorio continuaba, mientras tanto, comiendo sus guindas tranquilamente, sentado junto á la ventana y con la vista clavada en el jardín, como si contemplara alguna cosa. No miraba nada, ó más bien, miraba pero no veía. En su distracción cogía maquinalmente las guindas y las cerezas que llenaban una linda pieza de cristal con pie de plaqué, las llevaba á su boca y arrojaba los huesos por la ventana. Ni siquiera fijaba su vista, distraída en la preciosa fruta, de rojo sangriento por un lado, de una palidez de cera por el otro.

Desde la ventana podía ver todo el jardín, las inmensas acacias y los castaños del fondo; los magnolios pequeños, un gran jazmín del cabo, que era necesario cuidar mucho más que á una niña bonita—es verdad que sus flores se vendían á un peso cincuenta, y que daba muchísimas todos los años.

Gregorio fué sacado de sus meditaciones por un ruido extraño, y levantó la cabeza; á los pies de la ventana se habían reunido tres perros, uno de los cuales, al mover la cola, había azotado un banco produciendo el ruido. Sabían los tres canes que su amo almorzaba á esa hora, y se reunían para recibir los restos del almuerzo. Los tres estaban en fila: primero el terranova, de cuerpo enorme, de cabeza lanuda y mirada tranquila y seria, como de orador que medita un discurso; en seguida un bull-dog, de cabeza chata y redonda, de cuerpo chico y corto de cola. Un poco más atrás, el galgo movía la cola nerviosamente. El amo cogió varios pedazos de pan y los arrojó por la ventana. Los perros se lanzaron sobre ellos, dándose de empujones y de mordiscos. No pudo menos de sonreirse Gregorio, y pensó interiormente en que la vida era una lucha no menos feroz para los hombres que la de esos perros, y por la misma causa. Luego sacó su petaca, tomó un cigarro, lo despuntó y fué quemándole muy lentamente á la llama de un fósforo, antes de fumarle.

La portière que separaba el comedor del saloncillo se movió para dar paso á una hermosa mujer, de veintidós años, envuelta en un peinador blanco, enlazado por detrás, y que ceñía su busto admirablemente. La niña se detuvo un segundo y miró á su marido. Hacía cuatro años que estaban casados. Ese día justamente se cumplía el cuarto año de matrimonio, y Beatriz amaba á su marido todavía más que en su boda. El joven no tenía, á primera vista, nada que justificara un gran cariño; no era un buen mozo: la nariz gruesa, de ojos pequeños y grises, de barba puntiaguda, de aire altivo, frío y glacial. Eso sí, que era elegante; vestía un traje azul marino de cheviot, de chaleco muy abierto, corbata de crêpe de chine violeta pálido y cuello alto, de puntas dobladas. Su traje, muy sencillo, muy bien cortado, ganaba todavía por su manera de llevarlo, por su desenvoltura elegante y sus aires de gran señor. Beatriz, después de mirarle sin que él la viera, dió dos pasos, y le dijo con su voz suave y plateada:- Buenos días, Gregorio.

Éste, sin moverse de su asiento, volvió ligeramente la cabeza y la dió los buenos días,

con una sonrisa.

La niña tuvo deseos de acercarse á su marido y de abrazarle estrechamente, diciéndole: hoy hace cuatro años que nos hemos casado..... Celebremos esta fecha pasando el día juntos, solos, bajo los árboles, como en otro tiempo. Soy todavía una chiquilla, necesito de mucho cariño, de mucho mimo y de algunos besos. Los médicos dicen que estoy enferma, pero no es verdad..... si estoy pálida, si estoy triste, es porque tú no me quieres como antes..... Gregorio, para sanar del alma, necesito solamente una cosa: un beso. Todo esto lo pensó Beatriz muy bajo, pero sin atreverse á decirlo. Su marido lo encontraría de mal tono, demasiado sentimental. No dijo ni una palabra, cogió una silla y se sentó al frente de su marido. Este continuaba lanzando pedazos de pan á los perros. Cuando hubo concluído su tarea, se volvió lentamente y dijo á su esposa:

-¿Sabes que tiene mucha razón El Estandarte?

La niña que era muy creyente se sonrió con satisfacción.

—Sí, tiene razón El Estandarte, agregó «los tiempos que corremos son muy tristes para las almas cristianas». Figúrate que mis puros, á pesar de costarme cincuenta centavos cada uno, al por mayor, no sirven para maldita la cosa.....

Luego se echó á reir, celebrando su propia ocurrencia; se levantó, cogió su sombrero y salió lentamente. Beatriz lo dejó partir sin atreverse á decirle una palabra.

Estaba contenta porque había visto á su marido de buen humor, y ella sentía por re-

flección lo que sentía él. Su marido había salido sin recordar siquiera esa fecha tan memorable, con aire tranquilo, despreocupado, indiferente. Gregorio, sin duda, ya no la quería, sería por eso que ella lo adoraba tanto? Beatriz recogió la punta de su matiné, atravesó varias habitaciones y subió al segundo piso, donde estaban las de su marido y la suya. No se oía el pisar por los gruesos tapices; las ventanas, cerradas por cortinas y transparentes de seda, apenas permitían la entrada á la luzuna luz suave, como de templo. La niña abrió la elevada puerta de nogal que conduce al dormitorio de su marido. El cuarto se hallaba todavía sin arreglar: la levita arrojada sobre una silla, dos ó tres corbatas en el suelo, junto á los zapatos de charol, y el chaleco revuelto con una camiseta de seda; el ropero en desorden: una novela francesa, á medio abrir, caída á los pies de un enorme biombo de colores vivos y llenos de arabescos dorados. La atmósfera pesada, estaba impregnada de olor á vinagre de toilette y á heliotropo blanco; casi no se podía respirar.

Beatriz abrió las ventanas, levantó la novela, recogió la ropa y las corbatas, tratando de llevar el orden á ese caos. Al abrir el cajón de las corbatas, los guantes y los pañuelos, vió con sorpresa un paquetito sin abrir; al principio y venciendo la tentación no quiso tocarlo; luego

volvió al cajón, desató la cinta y encontró un magnífico estuche forrado en raso celeste. Al apretar el botón no pudo contener un grito de sorpresa; era una rosa de rubíes y perlas con un gran brillante.

Hacía un mes que al llegar á una joyería para mandar componer una pulsera, le habían mostrado esa misma rosa que servía de prendedor; atornillándole una pluma, se usaba de penacho para la cabeza. Era una joya magnífica, al mismo tiempo que una obra de arte. Beatriz no pudo resistir á la tentación de ponérsela y de mirarse al espejo. Diríase, verdaderamente, una diosa pagana; sus ojos negros, que brillaban de júbilo, parecían inmensos con las ojeras; su frente ovalada, con el centro descubierto por el peinado á la moda, tenía un encanto extraordinario, y su cabello sedoso levantaba como sobre una ola ese penacho magnífico de rubíes y perlas; el gran brillante del centro, de luz cristalina, brillaba como una gota de rocío entre los rubíes de resplandores sangrientos y las perlas pálidas.

Beatriz dió un grito y corrió como una chiquilla á mirarse á otro espejo. Se sentía verdaderamente feliz. Agradecía en lo íntimo del alma esa atención de Gregorio, que ni siquiera había pronunciado una palabra sobre el aniversario, para hacer, sin duda, todavía más agradable la sorpresa. ¡Qué infame era la gente que había llegado hasta murmurar los amores de su marido con Julia X!.....

La tentación era grande. Estuvo á punto de llevarse la cajita, para volver á verla y no cansarse de mirarla. Se sobrepuso, con todo, á esos primeros movimientos. No. Gregorio encontraría que eso era de mal tono, y, sobre todo, el pobre perdería el placer de darla una sorpresa. Entonces ella meditó en la escena: será probablemente después de la comida, al postre, se dijo. Un sirviente entra con el paquetito en una bandeja:

Gregorio, sorprendido.-¿De dónde traen

esto?

El sirviente, con sonrisa maligna.—No sé, señor.

Yo, en el colmo de la admiración.—¡Esto es magnífico! amigo mío. Es una gran sorpresa, una enorme sorpresa.

Y Gregorio, con las manos en los bolsillos y el cigarro en la boca, pedirá que nos sirvan champaña, mientras yo repito: ¡qué inmensa sorpresa! Beatriz veía todo eso en la imaginación como si lo palpara, como si realmente sucediera.

El jóven llegó á las seis de la tarde. Al despedir el coche dijo al cochero que lo tuviera pronto para las diez, para ir al baile de la señora X.....

Entró á la casa y pidió la comida, Cuando se

sentaron á la mesa ya estaba de frac y su mujer á medio vestir, la capa sobre los hombros. La comida fué silenciosa y Gregorio dijo, que las acciones de Cachinal y los *Vapores* estaban de baja; si esto seguía iban á perder una barbaridad de dinero. Llegó la hora del postre, que Beatriz esperaba con impaciencia, y no llegó la cajita, ni se destapó champaña. Gregorio pidió solamente dos copas, una de chartreuse para ella y otra de cognac para sí.

Pasadas las once, cuando tocaba la orquesta el segundo vals, entraron Gregorio y su compañera á los salones de la señora X..... Cruzaron la escalera cubierta de hiedras y de copihues, manchas rojas sobre fondo verde, el vestíbulo, casi oculto por las palmeras y otras plantas. La pareja, después de quitarse los abrigos, atravesó con dificultad por la masa compacta que llenaba los salones.....

Media hora después tocaron cuadrillas. Uno de sus amigos sacó á Beatriz, se formaron los cuadros y la niña quedó frente á frente de la dueña de casa, Julia X....., que bailaba con Gregorio. Hicieron las primeras figuras, Gregorio apenas tocaba la punta de los dedos á su compañera y bailaba con su gracia, con su distinción verdaderamente única. En un momento en que la conversación languidecía, dijo su compañero á Beatriz, esforzando un poco la voz para que no la apagase la orquesta.

-¿Se ha fijado usted en el penacho de Julia? ¿Ha visto algo más lindo?

La niña levantó la vista y vió á Julia vestida de blanco—un traje evidentemente hecho en la casa de Ruff;—en la cabeza llevaba un magnífico penacho de rubíes y perlas, con un enorme brillante en el centro. Beatriz reconoció inmediatamente la magnífica rosa, la joya soñada; palideció, alzó la cabeza y se mordió los labios ligeramente, la sangre circulaba por sus venas como en la fiebre.

La orquesta marcaba la última figura; a estrechar Beatriz la mano de Julia..... la dijo al oído: «¡Mis felicitaciones por su joya..... es espléndida..... y muy cara!.....

-¿Cuánto cuesta?-preguntó ingenuamente

Julia.

—La felicidad de una mujer—..... murmuró Beatriz, y luego, levantando su altiva cabeza....—y la honra de otra, agregó.

Sus palabras se perdieron entre las armonías de *Boccacio*, arrastradas por la orquesta.

Abril de 1889.



DOÑA JUANITA.

—¡La virtud!..... amigo mío, ¡la virtud!..... me decía cierto viejo verde aficionado á dar buenos consejos, ya que no puede dar malos

ejemplos. ¡La virtud!

—Usted pierde su pólvora, señor—le respondí—predicándome la virtud; aun cuando usted no lo hiciera, las mujeres me obligarían á practicarla, por lo mal que me tratan de costumbre. Sí, señor. Por otra parte, las mujeres del día no son como las de su tiempo. He oído hablar de una que puso en peligro á José y que se quedó con su capa, no pudiendo arrebatarle su virtud. Si yo me encontrara en situación parecida, tal vez.... quizá..... le abandonaría mi virtud, en vez de entregarle mi capa.....

Es verdad que mi gabán café con leche bien

merece éste y otros sacrificios más, por ser la obra maestra de *Monsieur Paul Jours*.

-¿Quién es Paul Jours?

—Un grande hombre, señor. Si usted toma un carrito de la Recoleta, y se detiene media cuadra antes de llegar al templo del mismo nombre, encontrará una modesta habitación con el rótulo siguiente: «Pablo Díaz, sastre.» Yo lo he traducido al francés para hacerlo más aristocrático, más bien sonante: Monsieur Paul Fours.

Es verdad que mi sobretodo tiene una manga un poco más larga que la otra, pero como lo llevo siempre al brazo, nadie se da cuenta de ello. Por eso digo con vanidad y con razón que bien vale mi sobretodo el sacrificio de un pequeño exceso de virtud.

En esto paró nuestra conversación aquel día; poro después pude convencerme, prácticamente, de que el viejo verde tenía mucha razón. Voy á referir la historia de esa aventura, que estuvo á punto de ser trágica. Me sucedió cuando cursaba todavía el cuarto año de leyes; entonces, aun cuando sólo tuviese diez y ocho años, no dudaba de la importancia de mi persona.

Acababa de llegar á Valparaíso á principios de Diciembre, época en que comenzaba á notarse la emigración veraniega de Santiago.

Cierto día en que, aburrido de vagar por las

calles, me detuve cerca de una iglesia, obtuvo una recompensa mi piadosa intención.

Al poco rato de estar allí salió una mujer, que debía ocupar en mi existencia un lugar excepcional. Figúrense ustedes una morena de regular estatura, talle esbelto, de admirable morbidez en los contornos, boca pequeña y unos ojos tan grandes y tan negros, que no sólo parecían pecados, sino crímenes, y de los más gravemente castigados por el Código penal: de tal manera eran negros.

La vida y la malignidad de su rostro atraían y encantaban, y si se considera que reunía las dos condiciones del poeta: unos ojos muy grandes y unos pies muy chiquititos, el entusiasmo que ella despertaba subía de punto.

¿Cómo la vi sin volverme loco? Voy á ex-

plicarlo.

Primero noté que iban bajando las gradas unos piececitos, elegantes y bien calzados; un poco más arriba, una pierna fina, apretada por una media obscura; más arriba.... un vestido de lana azul marino; por último, un manto que sólo dejaba descubierto su rostro, que me hubiera vuelto loco si lo hubiese visto así.... de sopetón.

Aquella vez la seguí como una hora por la calle del Cabo. Desde ese día, todas las mañanas, á la salida de la iglesia, la esperaba y la

acompañaba de lejos.

Voy á referir á ustedes la verdad escrupulosamente. Aquella mujer, que, según todos los informes, era casada, gastaba una coquetería que hubiera justificado en Francia la ley Naquet, sobre divorcio.

Por supuesto, que yo estaba encantado con esto. Verse correspondido por una mujer interesantísima, y sobre todo por una mujer ajena, aun cuando fuese la de un relojero, bastaba para sacarme de juicio, confirmando mis orgullosas v exageradas pretensiones.

Pronto entramos en correspondencia, y para colmo de felicidad, mi amada me concedió una entrevista que debía tener lugar un sábado, á las dos de la tarde, mientras el buen relojero digería un lunch en Viña del Mar.

Naturalmente, yo daba una serie de promesas y de garantías de una conducta ejemplar-

mente respetuosa.

Á las doce del día va estaba de punta en blanco y me paseaba impacientemente haciendo hora. Quiso mi mala suerte que pasase por la puerta de un bazar de caridad y que me divisase una amiga mía.

-Entre, Juan.

-Dispénseme, que voy ocupado.

-¿Me tomará por lo menos un boleto de rifa?

-Con mucho gusto-le dije hipócritamente, sacando mi portamonedas.

Estaba convencido de que no habría de ganar nada, lo que me sucede ordinariamente en todas las rifas. Esto aumentó más mi sorpresa cuando vi que me daban una caja de música.

Era una cajita verde, con un botón amarillo; bastaba apretarlo para que tocase la única pieza de su repertorio: *Doña Juanita....*, tararián, tararán, tararián, tintín.

Es aquel magnífico trozo en que sale doña Juanita, seguida de cerca por el enamorado alcalde y por el coronel Douglas, el célebre coronel «tuerto del oído derecho y sordo del ojo izquierdo».

La música es alegre, picante y rápida; vibra como un coro de carcajadas, con toda la malignidad de la muchacha que se burla del tardío amor de aquellos viejos. Es una Susana demasiado espiritual para enojarse muy seriamente.

Confieso que tengo cierta debilidad por la música de Doña Juanita, y que materialmente me encantó mi premio de rifa, el único que hasta ahora me haya sacado. Abrí mi reloj, se acercaba la hora, y me despedí precipitadamente.

Al dar las dos en punto doblé al pie del cerro y me detuve ante la última casa de altos. Dí la señal convenida y se asomó al balcón mi Elisa. Porque mi amada se llamaba así.

Trepé de cuatro en cuatro los tramos de una escalera angosta y obscura, hasta penetrar en el vestíbulo. Aquí no está de más advertir que esta pieza dividía los dos cuerpos de la casa. En uno, el comedor y casi todas las habitaciones; en el otro, el saloncito, comunicado por una puerta con el dormitorio.

Penetré temblando de emoción al saloncito y me detuve. Había caído sentado maquinalmente sobre un sofá verde de reps y me encontraba en presencia de los ojos de Elisa, que me contemplaban malignamente. En ese momento debía pronunciar la primera palabra del hermoso discurso que había meditado durante la noche; dí vuelta al sombrero de copa, y dije en tono convencido:

-¡Uf, qué calor!....

Estábamos en el rigor del verano.

Elisa se sonrió.

—He recibido su carta, y como usted me decía en ella que necesitaba hablarme de un asunto..... muy urgente..... y que sólo yo podía conocer, he consentido. Si el hombre es débil, la mujer es frágil.

-¡Ojalá en todo fuera así!

- -Poco á poco....-exclamó Elisa.-Veo que usted no me entiende.
- -No es raro. Siempre que la veo á usted, yo pierdo enteramente la razón.

-; Caballero!....

Al pronunciar esta palabra Elisa se oyó un fuerte campanillazo. Elisa salió, tiró el cordón que abría la puerta y se apareció con el rostro encendido:

-¡Juan, por Dios! Escóndase usted en la

pieza vecina, porque viene mi esposo.

Era que el buen relojero se había encontrado en Viña del Mar con dos cartas de excusa, y viéndose solo, había tomado el tren siguiente de vuelta. El pobre hombre volvía con toda la indignación de una persona que ha almorzado poco para comer mucho, más tarde, y que pierde su tiempo y su dinero, aunque no su apetito, por lo cual había vuelto á casa á paso de lobo.

—¡Escóndase, Juan!—me dijo Elisa con tono suplicante.—Mi marido es capaz de matarnos

á los dos.

Me dirigí á un sillón; pero aun cuando soy pequeño de estatura, todavía soy más grande que ese mueble. El ropero tenía las tablas atravesadas..... Ni aunque fuera sardina. El lecho conyugal joh dicha! era alto, solemne y con grandes cortinajes. Me oculté detrás de uno, junto á una pequeña mesa con una garrafa de agua.

El relojero, que, según pude ver, era hombre formidable, alto, de aspecto feroz; feo, aunque fuerte, como dijo en cierta ocasión alguien que le conocía, arrojó su sombrero y su bastón sobre el lecho, y exclamó echando chispas:

-Yo sólo tengo la culpa de lo que me ha pasado con estos bribones. Porque son unos bribones. Estoy convencido de que Segundo Jiménez le vendió los trescientos fardos de charqui apolillado al Gobierno. Hacerme ir á Viña de Mar.... para eso. Sobre todo, que no he almorzado.

-Hijo, ándate á comer cualquier cosa al restaurant-exclamó Elisa con tono persuasivo. -Anda inmediatamente, no sea que vayas á tener fatiga.

-; Fatiga vo? Por el contrario. Si no salgo es porque tengo tal cólera, que al primero que encuentre en mí camino voy á reventarlo de un puñetazo. Prefiero no salir en todo el día. Que me traigan algo de comer aquí.

Ustedes calcularán cómo estaría yo detrás de la cortina, oyendo un lenguaje tan poco tranquilizador. El relojero tomaba para mí las

proporciones de un ogro.

-Pásame agua-le dijo á Elisa.

Ésta se dirigió al lavatorio, cogió un vaso y el jarro; pero se hallaba tan trémula, que dejó caer el vaso sobre el mármol, haciéndolo trizas.

-No faltaba más-exclamó el verdugo-y se dirigió á la mesita donde estaba la garrafa, precisamente junto á mi escondite. No quedaba más recurso que ocultarme entre el espaldar del catre y la pared. Así lo hice.

De repente, mientras el ogro bebía su jarro

de agua y Elisa tiritaba de miedo, se oyó un sonido metálico y claro.

-Tararán...., tararán...., tararin...., tin.... tin

Involuntariamente había apretado el botón de la cajita de música oculta en mi bolsillo, y ésta, obedeciendo á su mecanismo, tocaba Doña Fuanita.

Fué imposible hacerla callar. El relojero, que olió la cosa, se dirigió á mi escondite, y no tuve más recurso que arrancar, no sin haber recibido antes un soberbio puntapié del marido de Elisa, con lo cual bajé la escalera más que precipitadamente.

EPÍLOGO.

El lector.-Ahora que está de moda sacar su moralidad de los cuentos ó novelas, quiero saber la moraleja del suyo. Usted trata, probablemente, de darme á entender que es malo hacer la corte á ciertas mujeres....

Yo .- ¡Quiá! No, hombre, no. La moralidad de mi cuento es otra..... Que es malo hacer el amor llevando cajas de música en el bolsillo.

Un caballero-que da buenos consejos no pudiendo ya dar malos ejemplos.-¡La virtud, amigo mío, la virtud!

Mayo de 1890.



VIAJE AL CIELO.

(IMITACIÓN DEL FRANCÉS.)

La luna dejaba caer su luz plateada sobre los campanarios, los grandes palacios, las casas humildes y las chozas. El cielo azul, sembrado de estrellas, estaba puro y la noche callada. Uno que otro árbol levantaba su masa oscura por acá y por allá en aquella ciudad dormida en apariencia. Digo en apariencia, porque las pasiones de los hombres velaban y se agitaban en aquella masa informe y sombría.

El que hubiera penetrado al interior de cierta casita de aspecto humilde, habría sentido el alma oprimida de dolor. Una luz, tapada con un libro á guisa de pantalla, iluminaba á medias un vasto dormitorio, dejando en la sombra el catrecito de fierro y el lecho

de una niña. Estaba muy enferma la pobrecita, á pesar de que ningún signo, en su rostro, manifestaba el más leve sufrimiento. El padre se paseaba por la estancia á grandes pasos, con las manos en los bolsillos, profundamente abatido á pesar de su aparente calma, y la madre lloraba silenciosamente junto al lecho y se retorcía los brazos y mordía el pañuelo. La niñita se moría; su rostro, de un blanco transparente, con reflejos azulados, había enflaquecido mucho, y sus ojos negros, sumidos en profundas cavidades, tenían algo etéreo, algo como un reflejo del cielo que la llamaba á sí. De repente sintió una opresión muy grande, y luego se sintió libre de todo peso, feliz, envuelta en un sueño dulce.

La madre lanzó un sollozo desesperado, terrible....

*

Se sintió un ruido leve y menudo como el de un pajarito corriendo. Era una niñita que había llegado y que acababa de detenerse á la puerta del cielo, admirando ese palacio infinito de hielo transparente, que tenía las formas admirables de una catedral gótica. Los rayos de luna, penetrando por las estalactitas y por las masas de hielo, se refractaban y pro-

ducían los más extraños y encantadores efectos de luz. La niñita se dirigió á la gran puerta de oro y golpeó suavemente.

-¿Quién es?-preguntó San Pedro, fasti-

diado, entreabriendo la puerta.

-Soy yo.

El santo asomó la cabeza y no pudo menos de sonreir al divisar una niñita que levantaba con una mano la punta de su camisa, demamasiado larga, y que con la otra apretaba una muñeca contra su pecho.

—¿Cómo te llamas?—preguntó de nuevo el portero del cielo.

-¿Yo? Juanita. ¿Y tú, cuál es tu nombre?

-San Pedro.

- -Entonces..... papá San Pedro, déjame entrar.
- —Con mucho gusto agregó el santo pero.... no entra la muñeca.
- —¡Déjala entrar, San *Pedrito*, es tan buena! Y yo no puedo vivir sin ella.... figúrate que le hice calzoncillos y camisas.

¡Déjala entrar!

Mientras tenía lugar este diálogo, un hombrecillo, de nariz aplastada y ojos bailones, viendo la puerta entreabierta, se pasó de largo.

Era un comerciante que había quebrado siete veces, y que había muerto dejando un millón, cosa muy común en este tiempo.

—¡Alto, amigo!—gritó el portero del cielo, que es un hombre muy listo.—¡Alto! ¿Qué ha hecho de bueno usted en el mundo?

El hombrecillo se rascó la oreja.

-Si he de decir verdad.... nada; aunque sí:

he perfeccionado la partida doble.

—¡Pase!—dijo San Pedro al honrado comerciante, que se escabulló entre la masa de los santos hombres que allí había.

-Papá San Pedro-repitió la niña-déjame entrar la muñeca y te querré mucho.

—Necesito hablar con el Señor —respondió el santo—para saber si la muñeca puede estar en Paraíso. Déjala en la portería y nos dirigiremos á él.

La niñita dejó su muñeca; el santo echó llaves á la puerta del cielo, y ambos se lanzaron gravemente por los divinos espacios en busca del Señor.

El público, en general, tiene idea muy errada de lo que es el cielo. Figúrense ustedes un inmenso prado con jardines preciosos, con árboles de una altura prodigiosa y follaje siempre verde. Por acá y por allá se encuentran arroyos de legítimo champagne de la veuve Clicott, y no del falsificado que tomamos en nuestra tierra. El Chateau Lafitte se halla en tal abundancia, que ya ni los granujas del Paraíso lo beben. Si uno tiene hambre, con dar una patada en el suelo verá salir ejér-

citos, no como los de Pompeyo, sino ejércitos de trufas y pavos asados que vienen volando á presentarse al cuchillo; verá miles de cajas de sardinas, de pàte de foie-gras, de caviar. Cuando uno ha comido, las servilletas lo limpian por sí solas sin necesidad de emplear las manos. Todos los días, á cierta hora, camisas limpias y perfumadas vienen á cubrir nuestro cuerpo, sin que nos demos la menor molestia. Finalmente, y para colmo de dicha, todos los habitantes tienen sueldo fijo, asignado en el presupuesto, sin más trabajo, como algunos empleados de nuestra tierra, que el trabajo de cobrarlo.

Es la única manera que se ha podido encontrar de tener tranquilos á los habitantes del otro mundo.

San Pedro, como decíamos, se dirigió, junto con la niñita, en busca del Señor.

Y siguieron andando. ¡Qué de transformaciones tienen lugar en el cielo. Vieron á Pablo al poético Pablo, con una servilleta al brazo, de mozo de café; Virginia, mientras tanto, fabrica palillos de dientes.

¡Oh poesía! ¡Oh santidad! ¡Oh ideal!

¡Cuántas personas que todos creen en el cielo, están en el infierno, condenadas á beber vino de Santa Teresa; y cuántas otras que

creemos en el reino de Plutón, habitan el Paraíso!

Después de haber andado largo espacio en silencio, San Pedro se inclinó á la niñita y la dijo:

-Juanita, ¿nunca has pecado?

—Nunca, papá San Pedro — respondió la niñita, poniéndose roja como la grana. —Pero mi muñeca sí.

-¿ Ha pecado tu muñeca? ¿ Qué ha hecho?

—La mamá le había dicho que se portara bien en la cama, y ella.... hizo pipí.

-¡Ah bribonaza!-dijo el santo-no fué la

muñeca quien hizo pi.... sino tú.

-¡ No, papá San Pedro!

—Pues bien, cuando lleguemos á presencia del Señor se lo voy á contar todo.

-No lo haga, papacito San Pedro, no diga nada y le regalo mi muñeca.

-Se lo contaré todo.

La niñita abrió desmedidamente los ojos y luego se puso á sonreir.

-Pues, no me importa-dijo....-yo le diré

al Señor....

-¿ Qué le dirás? - preguntó San Pedro curiosamente.

—Le diré que no he sido yo quien hizo pipi en la cama, sino.... tú, papá San Pedro.

Septiembre de 1887.



UN CASAMIENTO Á LA MODA.

Lo mejor de Laurita eran los dientes. No crean ustedes que es ese un detalle sin importancia.

Recuerdo haberle oído á cierto sujeto, de duelo por la muerte de un pariente suyo que le había dejado una herencia cuantiosa: ¡Pobre tío!.... morirse.... cuando acababan de taparle los dientes con oro.

Los dientes era lo que el desolado heredero recordaba con la insistencia más grande.

No necesito probar su utilidad, reconocida por todos los incrédulos, incluso el ateo aquel que dudaba hasta de su duda misma.

Laurita, pues, tenía magníficos dientes, nacarados, parejos, finos. Por eso era de ordinario la imagen perfecta de la alegría; y si hubiera tenido alguna enemiga—por suerte no tenía ninguna — se hubiera llamado la sonrisa eterna.

Fuera de los dientes, lo demás de Laurita no valía nada. Era, como casi todas las niñas de buena sociedad, regularmente elegante, simpática y de buena educación; tocaba un poco el piano, sabía si los sombreros se usaban ese año altos ó chiquitos, y cantaba las melodías de Saint-Säens, en falsete, en medio de los nutridos aplausos de todo el salón.

Se me olvidaba decir que tenía cien mil pesos en la mano, como decía Juan Enrique con entusiasmo profundo.

Por lo demás, la niña no valía gran cosa. Tenía, sí, ese buen corazón legendario en las mujeres chilenas; ese tesoro secreto de abnegación y de ternura que, llegado el momento, las convierte en mártires admirables, esposas ejemplares y madres únicas, si esta palabra fuera bastante extensa para las madres de Chile.

Laurita era bien acogida en sociedad. Los jóvenes llenaban su tarjeta cuando entraba á un salón, y nunca faltaban dos ó tres galanes que se mirasen con mal gesto y se disputaran el baile. La esperaban á la entrada, para verla llegar envuelta en su capita de felpa y encajes, tiritando, seguida de su mamá, una señora de treinta y seis años, admirablemente hermosa y distinguida....; los jóvenes se inclina-

ban á su paso. Su marido no la acompañaba casi nunca, ocupado en otras cosas, de sus faenas de campo, de sus asuntos políticos. Las acompañaba de ordinario un hermano de la señora ó un amigo íntimo de la casa.

El domingo, 13 de Junio, al entrar á su palco en el teatro, produjeron sensación. Los gemelos se fijaron en Laurita, en su madre y en Antonio Guzmán da Silva, hijo único de una señora da Silva, distinguida familia brasileña, y de un caballero Guzmán, del Norte. Era cosa hecha, como dicen; el matrimonio de Laurita con Antonio se había arreglado ese día. Eso lo sabía todo el mundo; de consiguiente, se creían autorizados para mirarlos como animales raros ó como seres bajados de otro planeta.

Algunas de las señoras notaron, desde luego, que Antonio ya no era tan simpático ni tan distinguido como en otro tiempo; ciertos amigos de Laurita se sonrieron maliciosamente al ver su vestido, que no encontraron de buen gusto; uno que otro indiferente no dejó de reparar en que el joven había pasado todo el primer acto en compañía de su suegra, en un sitio apartado, mientras la niña, en el primer asiento atendía sin ganas á la representación.

⁻Parece aburrida....-dijo un joven.

^{—¿}Ya?....—preguntó la señora X.....—Si no se han casado todavía.

Ese ya dió la vuelta por todos los salones, acompañado de comentarios finísimos y de adiciones sabrosas..... para todos menos para los novios.

El hecho es que la noticia de aquel matrimonio inesperado había producido sensación de sorpresa. No faltaba suegra que contase para sus planes militares con Antonio—y esas habían sufrido buen chasco.—Es preciso confesar que no todos los muchachos habían quedado contentos; ni podían estarlo desde que se les escapaba una magnífica pieza de caza, una especie de elefante blanco, tanto más apreciado cuanto menos conocido.

Antes de terminar el tercer acto, el joven ayudó á ponerse la capa á Laurita y á la señora, dió el brazo á la última y salió, cerrando la puerta cuidadosamente.

Tal era la situación de aquella familia en el mundo. Todo esto se definía con dos palabras lacónicas, diciendo: es un matrimonio arreglado; antes del domingo, 13 de Junio, era un matrimonio que se hace.

Lo hemos visto por fuera, ahora veámoslo por dentro.

El carruaje se detuvo ante la puerta de la casa, un verdadero palacio, de la señora N...., el lacayo se apresuró á abrir la portezuela del coche y Antonio se bajó para dar la mano á las señoras. En seguida subieron por la esca-

lera de mármol, lentamente, sin apresurarse, como vencidos por las emociones de aquel día y de aquella noche. Estaban encendidas todas las luces del salón, de un saloncito de estilo severo, con grandes espejos, que se destacaban sobre el papel de color obscuro, con ramajes, imitación de cuero de Córdoba. Antonio se reclinó en un sillón, mientras las señoras volvían de quitarse los abrigos; miró distraidamente un cuadrito de Bonguereau. Dió luego algunos pasos y contempló, de lejos, el efecto que producía un gran canasto de flores naturales sobre la mesa de centro...., mucho más elegante se veía el Ancla pequeña de no me olvides Y viendo que las señoras todavía no llegaban, se acercó á la ventana y encendió un cigarrillo.

Antonio se casaba sin amor, por convencimiento de que en la vida, llegado el hombre á cierta edad, necesita casarse; el matrimonio, como la levita y como el frac, es necesario para alcanzar cierta respetabilidad en el mundo. También es verdad que á los treinta y seis años que él contaba era de todo punto necesario, como dicen los franceses, «hacer el fin».

Mozo de agradable figura, de buena familia, de fortuna considerable, había cultivado el arte del buen vivir, sin preocuparse de otra cosa.

Aristócrata por temperamento, creyente por costumbre, vividor por hábito, había dejado

pasar la vida.... y la había encontrado excelente. Aficionado locamente á las mujeres, cuando muchacho las había pescado con redes; ahora las atraía con anzuelo, muy fino.

Un buen día se encontró, de manos á boca, con Laurita, hija de un amigo de otro tiempo. Le pareció graciosa, simpática, elegante; sabía bailar con brillo un cotillón, y seguía alegremente una broma.

-¡Fíjate en Laurita!-le dijo un amigo al pasar; -es lo mejor del salón,

-¡Hombre! ¿Estás en tu sano juicio?

-Pobre Antuquito, te empeñas en no comprender que ya necesitas el cuartel de inválidos. Eres mayor que yo, y tengo á la fecha treinta y cinco.

-Picaronazo, andas como los chiquillos,

echándote edad.

Media hora más tarde, un caballero gordo, quizá demasiado gordo, se aproximó al joven en la sala del Punch y le cogió del brazo:

- -Mis felicitaciones, Antonio. ¿Conque usted se casa con Laurita?.... Buen gusto, hombre, tiene usted buen gusto.
 - -Señor.... si me la acaban de presentar.
- -Eso no importa....; después de todo, es necesario, como decía Dumas, que algunos se casen para que otros no se casen....

-Gracias, mi señor, evitaré toda ocasión de

contribuir á su dicha.

—Adiós, amigo mío, y..... cásese usted.... le dijo de nuevo el caballero gordo, alejándose con mucha gravedad.

—¿Es verdad que te casas, Antuco?—le interpeló á quemarropa un rubio descolorido. ¿Es verdad que te casas? Y no me habías dicho nada, agregó con enojo. ¡Dios mío! la verdad, la amistad, la sinceridad, se alejan cada día más del mundo.

Antonio bailó dos veces con Laurita y la llevó á la mesa. Á las tres de la mañana salió verdaderamente desesperado y perseguido por las sonrisas misteriosas de todo el mundo.

Algunos días más tarde encontró en el Parque á la niña. Los coches se cruzaron: el joven reparó en que Laurita le saludaba con una sonrisa franca, con verdadero cariño. Notó que experimentaba, dentro de sí mismo, cierto íntimo placer en aquel saludo. Es una niña interesante, meditó para sí; además todo el mundo lo aseguraba.....

Seis meses pasaron desde aquellos días. El matrimonio se arregló.....

Antonio arrojó la colilla del cigarro, cerró la ventana y se dejó caer sobre una causeuse. En ese momento volvían las señoras al salón.

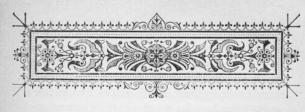
—Dispense usted lo que hemos tardado—exclamó Laurita con su voz plateada, como de niño.

—Los hombres—respondió Antonio – siempre debemos esperar.

En ese momento el reloj sonaba pausadamente las once y tres cuartos. Se abrió la puerta y entró el sirviente con la bandeja del té, al saloncito.

Seis años después exclamaba Laurita: ¡Qué impresión la de aquella noche del compromiso oficial!.... Es inolvidable

1890



EL ARIA DE LUCÍA.

Hace dos años tenía yo amistad íntima con el doctor X., joven inteligente y de ilustración vasta, que, á pesar de su numerosa y buena clientela, ha dejado su profesión. Nos veíamos con frecuencia, y, generalmente, era yo quien iba á visitarle. Su casa, situada en la calle del Cisne, en uno de los rincones más apartados de la ciudad, era una linda casita de dos pisos, en forma de *chalet*, precedida de un jardín y de una reja cubierta de hiedras.

Generalmente, á eso de las cuatro, cuando yo llegaba de visita, le hallaba envuelto en una bata gris, con la cabeza cubierta por un fez rojo. Dábamos juntos dos ó tres paseos por los corredores y luego nos sentábamos en el saloncito y nos poníamos á conversar. Esa ha-

bitación mostraba la originalidad y las extrañas condiciones de mi amigo. La alfombra, Aubuson, de una sola pieza, color sangre de toro, tenía grabada en el centro una palabra árabe; el techo y las paredes eran de este mismo color. Sobre un estante se alzaba un *Ibis* embalsamado; sobre un pedestal de felpa, el busto de un *torero* en *terra-cotta*, y sobre un mueblecito japonés, un ídolo monstruoso, de barro.

-¿Qué hacías?-le dije al verle.

—¿Yo?.... pensaba..... Mi amigo suspiró.

-¿Qué tienes?—le pregunté.

—¡Ay, amigo! Como ha dicho no sé quién, los hombres de corazón aman, han amado y amarán, conjugan todos los tiempos del verbo.

Y su mirada límpida y un tanto triste agregó muchas cosas; sus labios, contrayéndose, dijeron muchas de esas frases mudas que se murmuran en silencio y que es difícil traducir en el papel. En seguida se levantó y se puso al balcón; desde allí se divisaban los huertos de las casas vecinas, cubiertos de verdura, los guindos, los perales y los duraznos que entrelazaban sus ramas. Sin pensarlo miré la esquina opuesta y vi una gran casa, de color café oscuro, que me llamó la atención. Muchas veces la había mirado, pero distraidamente, sin reparar en ese carácter misterioso que tenía á la caída de la tarde. Las puertas

estaban cuidadosamente cerradas, las celosías con aldaba por dentro, los vidrios cubiertos de polvo.

-¿Quién vive en esa casa?-pregunté á mi

amigo.

Se encogió de hombros.

—No sé..... lo ignoro completamente. La casa estuvo desocupada seis meses. Hace poco tiempo la amueblaron de nuevo; vi bajar de las *golondrinas* algunos muebles de lujo y espejos. Se cerró la puerta, y no la abren sino una vez al día.....

Hubo un momento de silencio. Noté que el doctor se hallaba en uno de esos momentos en que no se sabe si se deberá callar ó hablar. Se decidió por fin.

- En la noche del sábado—continuó mi amigo—el cielo estaba claro, apagué las luces y me senté en el corredor á gozar de una hermosa noche de primavera y á tomar café. No recuerdo qué hora sería, supongo que las diez, cuando sentí que cantaban en la casa vecina.....
 - -¿En la casa misteriosa?

-En la casa misteriosa-repuso el doctor en tono grave.

Era el aria de *Lucia*; esa canción del delirio..... el sueño celeste de un alma enamorada. Dicen que la Patti la canta maravillosamente, pero, sin duda, no lo hará mejor que esa mujer..... Las notas caían con sonido cristalino, armonioso, único, en la gran soledad de la noche. Escuché, sin respirar casi, hasta el momento en que termina el aria con un grito desgarrador, infinitamente doloroso, el último suspiro, la última palpitación de un alma ya próxima á estallar. Luego, todo volvió al silencio. Dieron las dos de la mañana los relojes de las iglesias vecinas y yo no pensaba en dormir, embriagado todavía, en el recuerdo de esa voz.

—¿Quién era esa niña, esa diva que cantaba

de un modo tan admirable?

-No lo he podido saber.

—Tendrá visitas.... y amistad con las familias vecinas.

-No se visita con nadie.

-La habrás divisado siquiera cuando sale.

-No sale nunca....

Acababa de pronunciar estas palabras mi amigo cuando el ruido de un coche vino á interrumpirle; era un americano. Se detuvo á pocos pasos de la puerta. Un momento después ésta se abrió, salió por ella un caballero y se volvió á cerrar. Tendría bien cincuenta y seis á cincuenta y ocho años, era alto de cuerpo, delgado, de cabello cano y de aspecto extraordinariamente distinguido; vestía levita negra, corbata clara, guantes rojos. Subió al coche, y pocos momentos después se perdia el ruido entre los mil distintos rumores del caer de la tarde.

Pasé varios días sin hablar con el doctor. El sábado siguiente, extrañando no verle, fuí á su casa. Mi amigo se había transformado; su fisonomía fina tenía la palidez de la nieve; las ojeras y el brillo afiebrado de su rostro revelaban cierto malestar indecible.

—¿Qué tienes? Has visto á la diva? Mi amigo bajó los ojos y guardó silencio. Luego repuso:

- -Lo que tengo es que me voy á morir...., que la he visto.... y que es adorable....
 - -Entonces, ámala.

—Pues bien, la adoro—exclamó el joven con exaltación creciente. Pero es imposible, es loco, es absurdo un cariño de mi parte y si no me muero es porque entonces dejaría de verla.....

Poco á poco se fué calmando mi amigo, y en seguida me contó cómo había conocido á esa mujer.

Algunas noches antes se hallaba profundamente dormido, cuando sintió fuertes golpes á su puerta. Cogió un revólver y salió. Era el caballero vecino que venía á medio vestir con gabán y zapatillas, á cabeza descubierta.

—Mi hija se muere....., sálvela usted doctor, le dijo.

El doctor atravesó la calle, penetró en la casa vecina, á tientas, alumbrado por fósforos, á través de un largo cañón de piezas. En un cuarto de reducidas dimensiones, tapizado de celeste, sobre un lecho y enteramente vestida, se hallaba recostada una joven de blancura nacarada, de perfil griego, boca perfecta, ojos verdes, velados por pestañas largas, pestañas crespas; los tenía abiertos con expresión de asombro mudo..... se hubiera dicho una diosa

pagana que acababa de morir.

Mi amigo se acercó á la niña palpitando de emoción, la tomó el pulso, la examinó detenidamente, y después de prescribir los remedios necesarios fué corriendo á su casa en busca de algunos que tenía. Luego, sumido en la penumbra triste de la pieza, apenas iluminada por una lamparita, pasó aquella noche velando, y, ¿por qué no decirlo?; arrobado en la contemplación de esa mujer suspendida entre la vida y la muerte.

Con la reacción, la niña volvió completamente en sí; á medida que se reanimaba, el doctor comprendió con espanto, sin creerlo

casi, que estaba loca....

Mi amigo interrogó á su padre con avidez, excitándole á que le dijese la verdad por entero, que le refiriese el origen y el desarrollo de la enfermedad, única manera de poderla atender.

—Mi hija Elvira—le dijo el caballero—en realidad, está loca. Ya que es de todo punto necesario, va usted á saber el origen de su mal, comprometiéndose á guardar el más profundo secreto. Mi hija es húngara y de madre española; combina, pues, las cualidades de dos razas: es idealista y soñadora, como las razas del Norte; es ardiente y apasionada, como los pueblos del Mediodía. Estaba de novia con el barón Enrique de Rothan, y lo quería desde niña. Ese amor, que la hacía feliz, era la vida para ella. Antes del matrimonio, Enrique fué á Rusia por asuntos de familia. ¡Cuán largas fueron las horas para Elvira! Debíamos esperarlo en Italia, en un pueblecito, á orillas del lago de Como, adonde fuimos por consejo de los médicos, á quienes tenía preocupados la salud de mi hija. Pasábamos las horas muertas leyendo un poco, ella cantaba...., sobre todo cantaba una pieza que prefería Enrique: el aria de Lucia, ese aria del delirio lleno de sueños, de locas explosiones amorosas, de felicidad soñada, que contrasta con las amarguras de la vida.

Enrique no volvió; luego supimos que se había casado. Esto, junto con la excitación nerviosa, la enfermiza constitución de Elvira y otras causas científicas, produjo un trastorno cerebral. Se ha vuelto loca, de una locura tranquilá, suave, casi risueña. En ciertas épocas, sana completamente, se encuentra enteramente lúcida, y yo me siento feliz; luego vuelve á su melancolía y su locura. Los médicos han aconsejado el cambio de clima, insi-

nuándome que debemos viajar, viajar constantemente. Nos quedaremos seis meses en Chile.

Elvira estaba completamente bien; pero hace algunas noches quiso cantar. Sus médicos se lo han prohibido, y yo me opuse. Insistió tanto y tantas veces, me dijo que era el único agrado de su vida, la vi tan seductora, que no pude resistir y la dí permiso. Después de cantar el aria de *Lucia*, lloró y tuvo una crisis nerviosa. Esta noche ha vuelto á tener el ataque.....

Mi amigo el doctor siguió cuidándola; cuando iba á verlo, seguramente lo hallaba enfrascado en el estudio de enfermedades nerviosas, de las «circunvoluciones y surcos del cerebro humano», de tratados de fisiología. Cada día yo le encontraba más flaco y más desencajado, como dicen que se ponían los alquimistas buscando el arte de hacer el oro. Nunca más hablamos de Elvira; cuando yo le tocaba el punto, se callaba y se ponía triste.

Pasé algún tiempo sin ver al doctor. Una tarde que iba con el propósito de hablarle, me detuve sorprendido ante la casa misteriosa de otro tiempo. Las puertas y las ventanas estaban abiertas de par en par, y un cartel de arriendo se balanceaba, colgado de la luminaria. Habían partido sus huéspedes recientes.

Me detuve ante la puerta de mi amigo y

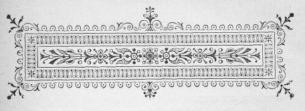
toqué el botón de la campanilla eléctrica. Un viejo sirviente salió á recibirme.

-El doctor ha salido-me dijo.

-¿Volverá pronto?

—¡Dios lo sabe! Creo que será un viaje largo..... muy largo.....

Octubre de 1889.



UN BAILE DE MÁSCARAS.

Hace doce años, yo contaba diez y ocho..... Espero que ustedes me guardarán sigilosamente mi secreto, porque, á imitación de los viejos, me quito la edad; soy la única persona en Chile que llora su cumpleaños. Tenía, pues, diez y ocho, buena salud, mejor estómago y un apetito formidable y digno, más que de un fraile, de toda una comunidad de estos señores.

Ustedes comprenderán, dados estos antecedentes, que cuando mis bolsillos andaban provistos, lo que algunas veces sucedía, me daba yo una vida bien digna de Gargantúa, el héroe de Rabelais.

Aprovechábamos esos días felices para comer entre amigos, para ir al teatro y cenar juntos y para bailar zamacueca en casa de las señoritas Allumette, modistillas francesas, donde se reunía la juventud de rompe y rasga. Nos amanecíamos bailando y cenábamos con champaña á las tres.

Los gritos y el tamboreo en guitarra se extendían á más de dos manzanas de distancia, perdiéndose en la calma de la noche. Los vecinos debieron maldecirnos á menudo..... Pero ¡lo juro!..... ¡Juro que las golondrinas de Becquer pueden volver, pero que no volverán aquellos días ni otros semejantes!

En la noche del 23 de Diciembre, víspera de Pascua, nos habíamos reunido en casa de las señoritas Allumette todos los miembros de la Sociedad del Trueno, un grupo de muchachos de buen humor. Las tres niñas de la casa nos habían preparado una alegre sorpresa; estaban vestidas de fantasía y habían arreglado varios dominós, celestes, rosas y negros, para que fuéramos, en celebración de la Pascua, al baile de máscaras del teatro Lírico. De vuelta del baile debíamos tener una cena con arreglo á derecho, según decía Nicolasito, un buen muchacho, que es ahora juez del crimen en la provincia de A.....

No necesito decir que la idea fué recibida con grandes aplausos. Nos pusimos los dominós, las caretas, y partimos en dos coches, á razón de seis personas en cada uno. Esto no impedía que fuésemos cantando á todo grito la habanera de moda entonces:

«Á la Habana me voy, Te lo vengo á decir....»

Fuimos por las calles, que no eran entonces muy buenas—es verdad, que ahora no son mejores—dando tumbos y cabezazos. Cubiertos con las caretas, ni nosotros mismos nos conocíamos; esto nos daba cierto aire misterioso, como los conjurados de Catilina, ó los más modernos de Mme. Angot.

Así llegamos al teatro Lírico.....

¿Se acuerdan ustedes de él? Para los jóvenes del día no es ni siquiera un recuerdo; se fué á donde van los Imperios, los genios y..... los artistas silbados: al olvido. Casi nadie sabe que ese teatro Lírico, donde pudimos ver tantos meetings y tantas Compañías de opereta, donde fué silbada la Gooz y aplaudido Valero en Luis Onceno y el Músico de la Murga; casi nadie sabe que ese teatro se halla convertido en Imperenta Nacional y..... caballeriza.

Nos bajamos del coche, compramos boletos y nos lanzamos alegremente á la sala del baile.

Todos estaban de fantasía, como nosotros. Había turcos de pantalones flotantes y fez rojo; no faltaban pierrots de traje blanco y cabeza empolvada, ni aldeanos, bayaderas, auroras, oches, polichinelas, arlequines, trajes de todo

colores, máscaras de perro y de asno y simples caretas. Junto con esto, un ruido enorme en los pasillos, carcajadas, carreras, gritos, rumor de disputa y gente que se daba de golpes en un rincón. En la sala de baile, el director de orquesta, de frac y corbata blanca, dirigía uno de esos valses olvidados ahora, el Danubio azul, si mal no recuerdo, inolvidable para mí por los muchos codazos y pisotones que he dado y recibido, al compás de esa música, en aquel océano de cuerpos humanos.

Hacía media hora, á lo sumo, que me hallaba en el baile, cuando vi una mujer que atrajo desde ese momento mi atención. Llevaba un traje de aldeana, pollera corta de seda negra con encajes del mismo color, medias y delantal rojo y zapatitos de charol, negros y brillantes. Llevaba la cara oculta por la careta, y sobre el traje un dominó, que se había desprendido en la apretura. La vi pasar, seguida de otra mujer de dominó semejante al suyo.

Se deslizaron entre la muchedumbre, subieron al segundo orden y se escondieron en un palco de cortinas, desde donde se podía ver el baile sin tomar parte en él. Confieso que al principio quise acercarme á ellas, pero mi timidez natural me lo impidió.

Un momento más tarde la vi de nuevo pasar rápidamente, seguida por un hombre.

-Déjeme usted, señor-le dijo.

-Imposible.... aldeana.... si te adoro....

Sentí hervir toda mi sangre en las venas; nada hay que me irrite más que la degradación de la naturaleza humana en el abuso de la fuerza. Dí un empujón al individuo y le dije á mi aldeana:

-- Escápese usted.

Ella bajó rápidamente la escalera, mientras yo luchaba á brazo partido con aquel sujeto.

Llevaba yo la peor parte, y no hubiera salido muy bien librado sin la intervención de mi amigo Antuco, que era ya en aquel tiempo un famoso boxeador.

La pelea tomaba cuerpo; se habían agregado á ella varios individuos más. Aumentaba el tumulto, seguían los gritos, crecían los golpes, los empujones, las bofetadas, los juramentos, formando una bataola verdaderamente infernal.

En cuanto pude, me safé y bajé por la escalera excusada. Era imposible salir; habían cerrado la puerta. En el hueco vi llorando á la mujer que poco antes había socorrido.

—Gracias, señor, gracias—me dijo;—no olvidaré nunca el servicio que usted me ha prestado. Ayúdeme á salir; se lo pido por Dios.

Subí de nuevo la escalera, hablé con el administrador, que era un buen amigo mío, y momentos después atravesábamos el patiecito contiguo que conduce á la pieza de la Administración. La aldeana se dejó caer sobre un sofá; se sentía con fatiga.....

-Un poco de agua.....

Mientras preparaba el agua con cognac, la observé. Comprendíase que era una señora.

De estatura mediana, se reclinaba en el sofá con cierto abandono y con esa distinción, con ese imperio suave de las personas destinadas á mandar. Sus ojos, dos grandes ojos negros, de mirar tranquilo, revelaban por ciertos resplandores su energía y su resolución. El dominó, abierto completamente, permitía ver en toda su magnificencia la morbidez de sus líneas y la plenitud de un cuerpo admirable. Los encajes negros caían sobre su media, de un granate obscuro, que apretaba una pierna elegantísima.

Al mirarla, mi corazón palpitaba fuertemente. Debo añadir, para descargo de mi conciencia, que era esa mi primera aventura de amor. Ninguna de las mujeres que me había sido dado encontrar en mi camino era tan distinguida, tan interesante como esa. En un momento soñé todo un drama; me vi estrechado entre sus brazos; mis labios se quemaron con sus besos, y fuí feliz.... en sueños.

—Señora—la dije con el más profundo respeto al entregarle el vaso—quítese usted la máscara para beber, y fíese de mí..... No quiero saber su nombre..... Me volví de espaldas; después de un momento, al recibir el vaso, me dirigió una de esas miradas que no se olvidan, llena de agradecimiento y de ternura.

-Gracias...., Pepito-me dijo. -Señora..... ¿Usted me conoce?

—Sí..... de lejos; conozco también á su familia..... ¿Usted extraña que yo me encuentre aquí? Buscaba una persona..... Necesitaba saber algo..... Ahora sé lo que debo pensar. Vámonos.

Salimos del teatro por la puerta excusada, sin que nadie nos viese, y nos dirigimos de frente hacia el Palacio de Moneda. Al principio guardábamos silencio. Yo adivinaba que esa mujer tan interesante, tan joven, y señora indudablemente, sólo podía ir á un baile de máscaras en un momento de celos, para buscar un hombre. Admiraba la audacia de aquella mujer; comprendía la energía desesperada de su pasión.

Con el frío de la noche parecía reanimarse; se sentía libre, feliz, contenta. Habló luego, con esa confianza íntima de las personas que comprenden un servicio y que devuelven al momento una vieja amistad; charlaba con la animación febril de las personas nerviosas en horas de reacción. Hablamos no sé cómo, de Francillón, aquella pieza dramática en que la mujer engañada devuelve á su marido el «diente por diente, y ojo por ojo».

—Esa pieza es imposible—me dijo;—ese escritor, con todo su talento, no conoce la vida.

-¿Por qué?....

—Porque una mujer, cuando es honrada, cuando ama, al cerciorarse de que su marido ha faltado á un juramento, á la fe del hogar, sentirá que se le parte el corazón....., y abrumada, no pensará siquiera en el desquite. Además.... una mujer honrada no puede..... ni sabrá fingir que no lo es.

Hablábamos muy bajo, y á pesar de eso, noté cierto estremecimiento involuntario en el acento de su voz. Seguimos juntos hasta la calle de Teatinos. Allí nos separamos, después de haberle dado mi palabra de guardar la más profunda reserva.

Cuatro años después vi pasar junto á mí, en un baile, una mujer elegante, hermosísima, con porte de reina y gracia de hada. Vestía de negro, hermoso collar de perlas, en la cabeza un penacho de brillantes, en los ojos una sombra de tristeza, en la boca una sonrisa, en todo, ese algo que no se borra en el recuerdo. Llevaba tras de sí una corte, la más distinguida, la más elegante, la que siempre sigue á las mujeres de tono y de moda.

Nos había vuelto locos. Acercábanse á ella

jóvenes y viejos, y á todos respondía una misma cosa: «Lo siento, no tengo baile.»

Me hice presentar á ella por cortesía más que por otra cosa. Al verme detuvo su mirada un solo instante, se puso de pie, cogió mi brazo y saludó á la compañía en torno suyo. Aquella mujer me enloquecía: su blancura, su perfume, su mirada, la presión de su cuerpo me subían á la cabeza en oleadas de Champagne. Cruzábamos la Serre, nos detuvimos bajo unos plátanos, cerca de un grupo de bambús.

—Pepito—me dijo á media voz—¿recuerdas aquella noche?.....

Me detuve sorprendido..... el mirar, la familiaridad, la frase..... luego, como un relámpago, vino la visión radiante de la *aldeana* á mi memoria.....

Después de un instante de silencio, agregó: —¡Cómo recuerdo aquellos tiempos en que sufría y era feliz!..... ¡Cuánto envidio aquellas horas en que lloraba!.....

Diciembre de 1889.



UN DISCURSO FÚNEBRE.

Había gran excitación en el patio: Miguel Angel Canalejas acababa de morir.

Por cierto que no quedará muy adelantado el lector para quien el nombre de nuestro amigo y condiscípulo es, poco más ó menos, un pseudónimo. Miguel Angel Canalejas era de estatura mediana, grueso, fornido, de mala figura. No se distinguía en las clases, á las cuales jamás llevaba aprendida su lección, ni habría tampoco inventado la pólvora; sólo se hizo notar en la mesa, donde manifestaba un apetito inverosímil, y por sus formidables bofetadas en ciertos momentos.

Angelito, como le decíamos nosotros, á pesar de sus veintidós años bien contados, no justificaba su nombre: era un grandísimo bellaco. Para él todavía duraba la clásica edad

de oro, en que no había esa diferencia de tuyo y de mío; cuando sus zapatos estaban rotos, solía escoger entre los de sus condiscípulos. Naturalmente, los legítimos dueños no volvían á juntarse con sus prendas. En las ocasiones en que los alumnos del Instituto nos dábamos de golpes con los pacos—lo que no era raro—Canalejas se portaba con tal valor y daba sopapos con tal entusiasmo, que llegó á hacerse acreedor á nuestro mayor respeto y gratitud. Además, lo poco que podía conseguir y el escaso dinero de su bolsillo estaba á la disposición de todo el mundo. Por eso, á fin de cuentas, aunque no pasaba de ser un gran pillastre, todos le profesábamos cariño.

Así se explica por qué la muerte de Miguel Angel Canalejas hubiera producido sen-

sación.

—¡Pido la palabra!—dijo un muchacho de escasos pelos en la barba, con el cuello de la chaquetilla levantado, una mano metida en un bolsillo, mientras con la otra apretaba una colilla de cigarro que casi le quemaba los dedos.

Todos los que estábamos reunidos en aquel rincón del corredor, unos quince muchachos, más ó menos, levantamos la cabeza.

—¡Pido la palabra!—repitió el sujeto, y después de algunos instantes, agregó:—¡Pido que alguien hable sobre el asunto!

Después de aquel esfuerzo de elocuencia, hecho por el *matamoscas*, como llamábamos al personaje en cuestión, todos nos miramos las caras y soltamos la risa. El *matamoscas* había tenido una idea razonable en el fondo, pero hay ciertos individuos que aun cuando hablen con más sabiduría que Salomón no por eso dejan de provocar invenciblemente á risa.

-Tiene razón-agregué yo; -hablemos so-

bre el asunto.

-¡Que hable Verdejo!-gritó uno.

-Sí, sí-agregaron los demás.

—¡Es necesario hablar!—agregó el matamoscas, satisfecho con su triunfo.

—¡Compañeros!—dije entonces yo, tomando la palabra.—Uno de nuestros condiscípulos más queridos, una poderosa inteligencia y un inmenso corazón, acaban de perecer. Naturalmente, espero que todos nosotros vayamos á acompañarle mañana al cementerio.

—¡Bravo!—gritaron en medio de una tempestad de aplausos. No merecía, en verdad, todo eso el gran bribón que felizmente se acababa de morir, pero todos acogieron entusiasmados la idea de un día de salida.

—Además—agregué yo—es necesario que alguien haga uso de la palabra en la tumba de Miguel Angel Canalejas, á nombre de sus amigos del Instituto Nacional.

^{-¡}Que se hable!-gritó matamoscas.

—¡Que pronuncie el discurso Antuco Verdejo Quintanilla!—dijo alguien. Mis demás condiscípulos acogieron la idea con alegría y me designaron unánimemente para el discurso fúnebre. Confieso con ingenuidad, que en aquel instante me palpitaba el corazón, y que sentía júbilo y terror á un mismo tiempo.

—No, muchas gracias—exclamé con modestia;—si yo no sirvo para eso. Tenía en el fondo un miedo terrible de que fueran á nombrar á otro. Felizmente, á pesar de todas mis negativas, me obligaron á aceptar el cargo de orador

fúnebre.

Inesperadamente se me ocurrió una objeción tremenda: ¿ Era posible pronunciar un discurso ante un auditorio respetable sin ir vestido de levita?

Todos los oradores que había oído y divisado en mi no muy larga existencia, llevaban ese traje de etiqueta. Además, la levita da cierta majestad, nos separa de lo común, da cierta respetabilidad y á ella deben muchos individuos el no estar en presidio.

-; No tengo levita!-exclamé con desalien-

to .- ¡ No puedo hablar!

-¿Y la de Carlos?—observó uno de los compañeros.

—Es verdad—pero la levita de Carlos, la *única* del patio grande en el internado..... era de color café. —¡No importa!—exclamé yo resueltamente y lleno de inmensa alegría, que trataba en vano de ocultar.—¡No importa! Me pondré la levita aunque sea café. ¿Acaso todos están obligados á vestirse con el lujo de la corte de Rusia? Cada cual se pone lo que tiene; yo me pongo la levita..... de Carlos.

El raciocinio no era muy lógico; pero, en fin, subimos al dormitorio, y con el corazón palpitante de ansiedad me puse por vez primera una levita. Por desgracia, Carlos era delgado, bajo, fino, y yo todo lo contrario, grueso, fornido, alto. La levita me entraba, es cierto, pero las mangas se quedaban en la mitad del camino, los faldones se abrían violentamente, y al tratar de abrocharla, todas las costuras crujieron: el propietario dió pruebas de inmensa inquietud. Era necesario renunciar á esa levita.

Pero ya la idea fatal había penetrado en mi cerebro; yo necesitaba á toda costa una levita. Conseguí del Rector un día de licencia para buscarme el traje de rigor y preparar al mismo tiempo mi discurso.

Creo inútil observar que consulté mi libro de literatura, leí inútilmente un poco de Cicerón y me tomé dos tazas de café cargado.

Las musas, dando muestras de la más negra ingratitud, no acudían en mi socorro. Al fin y al cabo, después de muchos paseos por la pieza, y medio atado de cigarrillos que me fumé, salió el discurso. Para ser franco, debo confesar que después de releerlo quedé lleno de satisfacción y de orgullo. ¡Pobre Cicerón!

A las diez y cuarto de la mañana siguiente llegábamos al cementerio. Cuando hubimos depositado el cajón junto á la huesa, un indiduo muy conocido, porque estudiaba por quinta vez el segundo año de Medicina, declamó una elegía—antes de matar á recetas quería matar con versos. ¡Feliz Miguel Angel Canalejas! ¡Cómo te envidiábamos en ese instante! ¡Feliz tú que ya no podías oir aquellas estrofas!

De repente; alguien me dió un empujón y me encontré solo, sobre una grada de mármol. Todavía recuerdo el traje que llevaba en aquel instante, el más solemne de mi vida. Una levita negra de mi papá, con dos alforzas interiores para ajustarla á mi cuerpo y un par de guantes negros, un poco viejos, del mismo dueño, me daban la respetabilidad indispensable al orador. Una de las alforzas se había descosido con el movimiento y yo nadaba dentro de la levita como un senador romano en su toga ó como un pez en su elemento.

Primero sentí un sudor frío, y después de dar una mirada al auditorio, compuesto de una inmensa cantidad de muchachos, estuve á punto de exclamar, á guisa de exordio:

¡Cuánta gente!

Pero me supe contener en tiempo debido.

No recuerdo lo que dije. Sólo sé que hablaba de una «inmensa esperanza apagada al nacer como las flores»..... Hablé de las fuerzas sobrehumanas de Canalejas, y lo comparé con Hércules, «á quien habría imitado si hubiera vivido». Recuerdo que terminaba de este modo: «¡Descansa en paz, hombre puro y sereno como un lago cristalino que se dilata á uno y otro lado.»

Los parientes del difunto me apretaron la mano, mis amigos estuvieron á punto de aplaudirme, y un *reporter* me tiró de la manga para pedirme el discurso. Confieso que á la salida estaba completamente satisfecho de mi persona, y recibí todos los parabienes de un modo severo, pero digno.

-¡Si habla mejor que Isidoro Errázuriz!-

decía un chico de la primera.

Mi discurso fué publicado en *El Ferrocarril*, y desde ese momento quedó sentada mi fama de orador. Nunca más volví á publicar cosa alguna, pero cuando entraba al colegio algún novicio, los *viejos* me señalaban con el dedo: «Ese es Verdejo Quintanilla, aquel que pronunció un discurso en la tumba de Canalejas. ¡Estuvo muy bien! Los parientes del difunto estaban que se mordían por aplaudir.»

Han pasado muchos años desde aquel triun-

fo oratorio y todavía conservo en mi poder *El Ferrocarril*, amarillo y gastado, que me procuró tanta gloria en aquel tiempo. ¡Y pensar que hay muchos grandes hombres como yo!





—Gertrudis se casó poco después de mi muerte.....

—Permítame usted que lo interrumpa—le dije á Ricardo — pero necesito allanar una duda..... ¿ Usted ha muerto alguna vez?

—Sí, señor—respondió mi amigo arrojando una bocanada de humo;—he sido asesinado de una manera atroz, por un rival que, no contento con derribarme herido de una estocada en el corazón, me hundió una costilla, me maltrató una pierna y casi me rompe la cabeza.....

—Me alegro mucho de hablar con un difunto—le dije.—¿ Y dónde le mataron á usted?

—Delante de cincuenta personas que contemplaron el lance con entera tranquilidad de espíritu. Al oir esto, fijé en Ricardo una mirada de intensa curiosidad, y confieso que si no le hubiera conocido como el hombre más bromista de la tierra, le hubiera tomado por un loco. Para él no hay nada que no sea motivo de burla.

-Usted es un loco-le dije.

—Amigo, nada de raro tendría que lo fuera; algo de malo ha de haber en este pícaro y defectuoso mundo—tan defectuoso como cosa hecha en siete días—según la frase de un conocido escritor.

Sin embargo, para que vea que todo cuanto le digo es serio, escuche usted la historia de mi muerte:

Durante el año de 1882 fuí á pasar los meses de vacaciones á San Bernardo. No puede figurarse cuánto nos divertíamos allí; paseos á caballo, fiestas en los alrededores, bailes de fantasía improvisados en veinticuatro horas, en fin, nos divertíamos de mil maneras. Casi todas las noches teníamos bailoteo en casa del señor X....., donde se juntaban una docena de niñas y dos de jóvenes.

Yo tenía diez y seis años en aquel entonces y el corazón lleno de aspiraciones y de sueños. Era un niño con pretensiones de hombre, enamorado, por supuesto, de cuantas mujeres veía, lo que era perfectamente natural desde que no amaba una mujer, sino el amor. El señor X....., persona de fortuna y de envidiable posición social y política, tenía varias hijas, la mayor de las cuales se llamaba Gertrudis. Su nombre despierta los recuerdos más gratos y también los más dolorosos de mi vida. Tendría veintidós años, seis más que yo, de contornos admirables, boca pequeña y labios un poco gruesos, ojos negros, cejas dibujadas como con tinta china, pies chiquititos y mano deliciosa. No se necesitaba de tanto para que yo me volviese loco por ella. Todavía, al recordarla, pienso que era encantadora, una hechicera, una hada vestida á la última moda de París.

Ahora viene la parte verdaderamente trágica del cuento, porque es necesario que en el mundo lo bueno esté cerca de lo malo, lo bello junto á lo horrible, lo ideal tocando lo real. Un rival mío, enamorado, como yo, locamente de Gertrudis, le hacía la corte con grandes probabilidades de éxito, al parecer.

Al parecer, únicamente, porque la niña me había asegurado muchas veces lo contrario, cuando yo la daba quejas, en frases poco gramaticales, pero muy sentidas. Es imposible que yo pueda querer á ese hombre, me decía, mírelo usted.

En efecto, mi rival, que respondía al nombre extravagante de Absalón, era un ente ridículo; bajo de estatura, gordo como una empanada de la plaza, chiquito, pero feo. En cambio tenía seis mil pesos de renta propia y era médico-cirujano.

Debo confesar que desde el principio miré á este señor con marcada antipatía, que él, por su parte, se creyó obligado á devolver aumentada. En vano me juraba Gertrudis que no podía ver ni pintado al doctor. Bien veía que mi amiga trataba al médico de la misma manera que ciertos herejes al confesor; cuando se ven apurados lo mandan llamar. Si no se hubiera presentado más rival que yo, la plaza se habría rendido al médico. Por el momento, como sucede á menudo, la plaza estaba á disposición del primer ocupante.

Los celos me tenían desesperado, y en ciertos momentos me hubiera dado la muerte, á tener dinero para revólver. No sabía que un individuo se había suicidado gratis, con pistola, en cierta Casa de Préstamos.

En vano la niña me juraba un amor infinito, eterno, sincero; yo temía siempre que le dijera otro tanto al matasanos.

Por fin, se resolvió la cuestión. Debía representarse una comedia á beneficio de los pobres de San Bernardo, y se organizó un concierto que puso en movimiento á todo el mundo. La pieza, que constituía su principal atractivo, se titulaba, si mal no recuerdo, *Una Tragedia de amor*.

Era algo muy sencillo: doña Mencía, dama española del siglo xv, está enamorada de Manrico y es correspondida; cuando se encuentran á punto de casarse, D. Julián, el rival desgraciado, lo desafía y lo mata.

Gertrudis aceptó el papel de doña Mencía; los demás actores permanecieron mudos. El doctor cambiaba miradas espantosas conmigo. La cuestión era grave: pronto habría de saberse quién era el pretendiente que doña Mencía prefería. Gertrudis se dirigió á mí:

-Ricardo, que tiene aspecto de galán joven,

puede hacer de Manrico.

El doctor, obligado á representar el papel de Julián, me dirigió una mirada que si hubiera correspondido á la intención, me habría reventado.

En la noche del 12 de Febrero, pocos días después del ensayo, se representó el drama de amor en casa del señor X..... El patio, que servía de teatro estaba de bote en bote: no había donde colocar un alfiler, como de ordinario se dice,

Naturalmente, los actores fuimos aplaudidos con entusiasmo y llamados varias veces á la escena. ¡Oh noche deliciosa! El público entero pudo comprender que yo era el rival preferido por Gertrudis. No puedo concebir nada más agradable..... para mí..... que los diálogos de amor entre doña Mencía y

Manrico. Su frente se apoyaba suavemente en mi hombro, y yo la recitaba mis versos con voz entusiasmada, mientras D. Julián, ó sea el médico, se mordía los labios entre bastidores. Al pronunciar yo unos versos muy malos, que principiaban así:

«¡Oh virgen de amor, sueño bendito!»

entra mi rival, y después de una escena terrible me desafía á un duelo á muerte. Se cruzan las espadas de madera envueltas en papel plateado, me defiendo con heroísmo, recibo una estocada en el corazón, y dando un grito caigo muerto á los pies de D. Julián.

Apenas hube caído al suelo se bajó el telón, pero lo terrible del caso fué que mi rival, muerto de celos, y furioso, comenzó á darme una paliza de veras. Se levantó de nuevo el telón, y mi rival, sin descansar un segundo, continuó su paliza, aprovechando que yo estaba en el suelo muerto.

El entusiasmo del público subía de punto: redoblaban mis gritos y los aplausos.

—¡Qué bien lo hace Manrico! ¡Si parece que lo estuviera matando de veras! —exclamó una niña.

Me sacaron del escenario medio muerto. Dos semanas después le mandé mis padrinos al doctor, que se rió en mi cara.

Al llegar á este punto, Ricardo se detuvo

un instante. Ahora comprenderá usted—me dijo—que ese momento fué una época en la historia de mi vida,

-¿Y Gertrudis?

—Se casó con el doctor quince días después de *mi muerte*. Todo anda al revés en este pícaro mundo, tan defectuoso como cosa hecha en seis días.



ÁNGELA.

HISTORIA DE AMOR.

Hernán dividió el naipe en partes iguales, y levantando ligeramente las puntas lo barajó de un golpe, á la inglesa. Dió una carta á cada persona de las ocho que estábamos junto á la mesa.

-¡Ponerse!....

Yo, que había recibido un as de copas, apunté veinte centavos, el máximum, con la esperanza de hacer veintiuna real.

Un viejecito, sentado junto á mí, que tiene fama de millonario, apuntó un cinco, el mínimum. Los demás colocaron su apunte delante de la carta.

El banquero dió rápidamente una segunda, que todos recibieron con ansiedad, porque habían dado las once y media y el interés subía de punto. Ángela no pudo reprimir un movimiento de júbilo.

—¡Veintiuna real!—exclamó, poniéndose colorada.

Miré al banquero y noté en su manera de mirar algo que revelaba una satisfacción oculta. Ángela hacía su veintiuna por tercera vez, y, cosa extraña, siempre con el as de oros.

El vejete dió un tosido, y dirigiéndose á mí, exclamó por lo bajo: ¿Se ha fijado usted en que esa niña siempre se va al as.... de oros? El señor ese volvió á toser y luego se puso á reir. En ese momento entró el sirviente con la bandeja del té y todos nos paramos. Hernán estaba más alegre y más espiritual que nunca.

Los demás jugadores, unas cuantas señoras ya viejas, dos niñas y tres hombres, revelaban en su fisonomía las emociones y el cansancio del juego. Ángela meditaba..... quizá en la coincidencia del as de oros....

Era una niña delgada, fina, de ojos azules, cuerpo delicado y gracioso; una de esas mujeres que parecen soñar y que hacen soñar. Su voz, llena y sonora, tenía un algo de acento de niño, y muchas de esas inflexiones suaves, veladas, penetrantes, que hacen de la voz humana el instrumento de armonía única.

Hernán se sentó junto á ella y conversó por algunos instantes en voz baja.

Después de un momento se puso de pie y nos despedimos.

Al llegar á nuestro cuarto, Hernán abrió la ventana de par en par y apagó las luces.

Ante todo debo advertir que nos encontrábamos en la estación balnearia de X., en el segundo patio del hotel de A...., en una hermosa y clara noche de Enero.

Mi amigo se envolvió en su bata, prendió su cigarro de la Habana y se recostó en un sillón.

- —¿No has notado nada en la noche?—me dijo.
 - -Sí.
 - -¿Qué cosa?
- —Que Ángela hizo tres veces veintiuna con el as de oros..... lo que es una casualidad.....
 - —Ó una habilidad.....—agregó Hernán.

Lo miré curiosamente.

- —Sí, amigo mío—exclamó.—Lo que hice fué darle una carta *forzada*, como se dice. Te confieso que he hecho una locura, pero no la que tú crees. Acabo de hacer una declaración amorosa, la primera y la única de mi vida.
 - -¡Cómo!
- —De un modo muy natural. Conversaba con Ángela.

Yo sólo he querido una vez—la dije pero es un amor que lleva encerrados treinta años de existencia, treinta años de corazón.— «¿Á quién?» me preguntó ella, bajando involuntariamente los ojos.

Yo habría podido responderla en aquel instante: es á usted, sólo á usted puedo amar en la vida. Es la mujer única, es la mujer soñada, es el ser que palpita con todo mi ser y cuya imagen ideal no se aparta de mí. Ángela, todo eso y mucho más es usted.

Hubo una pausa de algunos segundos.

Estuve á punto de repetirle todo cuanto me has oído—agregó Hernán.—Pero, ¡oh sorpresa! yo, el viejo calavera que ha corrido tanto mundo, que se ha bañado en champagne, por primera vez en mi vida he tenido miedo..... á una mujer. Adoro, la dije. «¿Á quién?» No podrías comprender toda la malicia diabólica de Ángela al hacerme esta pregunta.....

Yo no la puedo responder, eso sería demasiado vulgar; cualquier tenorcillo canta, en Rui Blas ó en Traviata un Yo te amo.

Vamos á jugar veintiuna, la dije, y la persona que saque en tres ocasiones el as de oros en veintiuna real.... esa es la que yo amo.»

Confieso que en cualquiera persona, lo que acababa de oir, me habría parecido extravagante; en mi amigo era la cosa más natural del mundo. Todo, en su persona y en su vida, tenía un carácter propio. Era enteramente original por naturaleza, sin afectación alguna,

dentro de las reglas más irreprochables del buen tono. Siendo muy niño todavía, vió morir á su madre y recibió de ella una herencia cuantiosa. Apenas salió del colegio se fué á Europa y pasó algunos años quemando la vida, como se dice en el boulevard. Asistió á las primeras representaciones, tuvo sus entradas en el gran mundo y en el mundo que se divierte. Vivió la vida alegre y asistió á Niza, Baden y Monte-Carlo, á las grandes estaciones de baños y de juegos. Salió siendo lo que debía ser, un famoso truhán, muy elegante, amable, irreprochable en un salón, sin igual para una cena de aquellas tan bien pintadas por Dumas en el primer acto de La Dama de las Camelias. Había adquirido todos estos conocimientos mediante les setenta y cinco mil pesos legados por su madre.

Continuó esa misma vida, en mucho menor escala, de vuelta á Santiago, y su padre, que llevaba existencia de club, se contentaba con enojarse un poco y con pagar sus deudas cuando

estaba en apuros.

Hace un año nos habíamos encontrado en el Sur y reanudado las antiguas amistades del

colegio.

Hernán estaba enfermo y un poco atrasado de fortuna. El escepticismo lo invadía: dudaba de los hombres y las cosas..... En esos momentos de amargura negra, no tenía nada que lo pudiera consolar. Comenzaba la parte lúgubre de su existencia....., arrastraba la vida.

Este año nos volvimos á encontrar en los baños de..... Hernán se había mejorado un poco y pasaba la vida de un príncipe. Pocos días después de nuestra llegada conocimos á una niña que acompañaba al señor y á la señora X....., dos personas entradas en años. Era Angela X, su sobrina. Hernán se enamoró de ella.

En la vida, una de las cosas que más ha despertado mi atención es ver á Fausto corriendo eternamente detrás de Margarita; al hombre mundano y gastado corriendo tras de la niña inexperta que siente las primeras emociones. Los corazones ya viejos buscan en las almas jóvenes algo como una nueva primavera; quieren convencerse de que otros tienen fe, y sentir en el espíritu enfriado el reflejo cálido de un alma naciente.

Hernán se echó atrás en el sillón y brilló el cigarro en la penumbra.

Era una de esas noches de Enero que convidan á soñar. Las mariposas vagaban por el aire silenciosamente. La tranquilidad, turbada á intervalos por ruidos nocturnos, tenía algo de grave y de solemne. En ese instante yo sentía una emoción que no podía expresar; oía, por decirlo así, palpitar el corazón de mi amigo

con uno de estos amores que consumen. No hay nada como la adoración ideal, ardiente, absoluta. Es ese amor que hizo única á Santa Teresa de Jesús, porque supo amar hasta el éxtasis.

Todas las noches, al acostarme, veía á mi pobre amigo largas horas contemplando el cielo, con la mirada perdida. Me refería todas sus emociones con los menores detalles, el traje que llevaba la niña y lo que habían conversado. Llevaba un vestido lila pálido, casi blanco, estaba muy linda..... Hiciste mal en no ir al salón. Ángela tiene un pie maravilloso, largo, muy delgado, admirablemente calzado y fino. Perdona esos detalles.... pero todo en ella es adorable, porque es la única mujer perfecta, me decía, y soñaba.

Un día tuvimos un paseo á una quebrada próxima, junto con la niña, una amiga suya, las familias de ambas y varios caballeros.

Mientras preparaban el *lunch*, fuimos los jóvenes á ver el torrente cercano. Á medida que avanzábamos lo sentíamos más y más lejos. Por último, dimos con el camino; seguimos por él hasta un punto en que se bifurcaba. Cada uno tomó por donde pudo; yo trepé derecho hasta llegar á un matorral, donde era imposible seguir adelante. Cerca de mí había una roca inmensa, formando una gruta. Ángela llegó la primera y dió un grito de alegría

al verse bajo los muros de piedra tapizados de musgo y helechos admirables; por el lado opuesto caía el torrente.

Miraba caer esa gran masa blanca y espumosa, cuando sentí un grito horrible y vi resbalarse á la niña; quedé helado. Una mano vigorosa la salvó y la empujó violentamente al interior de la gruta..... Me palpitaba el corazón y mis ojos involuntariamente se habían clavado en la gruta, allá en el fondo. Hernán la sostenía por el talle, y ella, apoyada suavemente en su hombro, palpitaba como una paloma. Vi que se abrazaban y sentí un rumor apagado de besos, algo como un aleteo, algo celeste, infinito..... allá en la obscuridad.

Aquella noche, á la hora de costumbre, mi amigo me dijo con mucho misterio: Tengo que decirte un secreto....., pero no se lo digas á nadie....., me caso con Ángela. Luego, Hernán me echó los brazos al cuello y me dijo llorando, él que por nada se inmutaba: ¡Soy muy feliz....., amigo mío......, soy muy feliz!.....

Estaba tan nervioso, tan emocionado, que no me atreví á hacerle ninguna pregunta. Veía difícil aquel matrimonio. Hernán tenía una reputación de calavera desenfrenado.

¿Consentiría la familia de la niña en el casa-

miento?

-¿Ella te quiere?

-Me vuelvo loco de alegría al poder decirte

que sí...., que sí...., me lo ha jurado ahora...., me ha dado el medallón de oro que recibió de su madre cuando comulgaba por primera vez..... Te confieso que abrigaba algún temor, porque todo el mundo en Santiago afirma que se casa con Ernesto X.....; ella me ha jurado todo lo contrario. No ha querido á nadie sino á mí.

Hernán ocultó su rostro entre sus manos y lloró...., se sentía feliz. Los seres nerviosos, únicamente, gozan y sufren de aquella manera.

Quince días después nos volvimos á Santiago. La salud de mi amigo se empeoró tan considerablemente que los médicos le ordenaron que saliera. Se fué á San Bernardo, lugar propio para las enfermedades de ese género, y situado á las puertas de la capital. Ángela se dirigió á Valparaíso, donde debía pasar el resto de las vacaciones en compañía de su familia.

¿Diré que mi amigo cumplió estrictamente las órdenes del médico? ¡Ah, no! Á los pocos días se fué al puerto y tuvo una recaída que lo mantuvo en cama largo tiempo. Casi todos los días lo visité, y cuando por algún accidente no podía verlo, recibía carta suya, necesitaba hablar de ella, y sólo podía hacerlo conmigo. Su cuarto, un caprichoso cuarto de soltero, lleno de quitasoles y abanicos japoneses, de

acuarelas, de cuadros y de aguas fuertes, parecía el santuario de un amor.

Encima de las mesas, en marcos, sobre abanicos, donde se ponía la vista se hallaba con seguridad algún retrato de Ángela.

Esta separación forzada era terrible para mi pobre amigo. Lo peor es que sus fuerzas decaían visiblemente.

—¡Ah, qué ser tan absurdo es el hombre! —me decía Hernán. Antes, cuando era pobre y escéptico, me sonreía la vida; ahora, que soy amado y que amo...., voy á morir.

Y en efecto, su vida se extinguía. Como esas lámparas que dan de un golpe toda su luz antes de apagarse, él amaba con todo su ser, rejuvenecía en su primavera de amor. Vivía toda su existencia en aquel sueño: el primero y el último.

La barba negra de Hernán acusaba todavía más la flacura de su rostro amarillo y macilento, la demacración de sus mejillas; sus ojos se envolvían en un círculo azul y tenía manchas amoratadas muy cerca de las sienes. Hubo junta de médicos, y después del examen declararon que no había remedio.

La última vez que lo vi estaba su pieza casi á obscuras, corridas las cortinas de seda celeste y desplegadas las *portières*. Hernán me entregó su larga mano descarnada y tibia.

-Por fin viniste..... Ahora si que me voy.....

No puedes figurarte cuánto te envidio..... á ti..... que has de ver á Ángela..... Dile que su amor consumió el último soplo de mi vida ya gastada. Yo no era digno de ella. Entrégale este libro—agregó, pasándome un ejemplar de Pablo y Virginia, admirable edición elzeviriana....—ojalá que ella se acuerde de mí alguna vez.....

Me separé de él ya caída la noche, hondamente impresionado por ese grande y único amor. En la calle, á lo lejos, se amontonaban las luces del gas; los chiquillos pregonaban con voz monótona el diario de la tarde, recién salido. Compré uno y me lo guardé maquinalmente. Luego, al llegar á casa, mientras me traían la comida, lo desdoblé. Veamos la crónica:

«Matrimonio.—En la mañana de hoy tuvo lugar en la capilla de los RR. PP. Franceses, el matrimonio de la señorita Ángela X.... con el Sr. Ernesto.... La iglesia estaba espléndidamente adornada; la ceremonia fué regia.....»

Algunas horas más tarde murió Hernán creyendo en su amor y pensando en ella..... la ideal....., la pura....., la única. ¿Y el mundo? Considera todo eso como detalle insignificante en el doloroso poema de la vida.



LA PALOMA.

El agua caía de taza en taza, gota á gota, con un sonido lento, cristalino y musical. La gran pila de bronce color verde obscuro se alzaba en medio de un círculo de naranjos, cerca de un pino de California, por el cual trepaban caprichosamente las enredaderas. En un cuadro de flores, en medio de la tierra movida hacía poco, crecía una mata de jazmín del Cabo, en otro cuadro un diamelo, en otro una mata de camelias, y por todas partes rosas, pensamientos, reseda, no me olvides.

El jardín se despertaba de sus sueños invernales; parecía que los árboles cobraban vida nueva y nuevos retoños y nuevas hojas. Era toda la primavera en una mañana de Octubre. Por entre los árboles, junto á las matitas verdes que servían de linderos al jardín, apareció una niña vestida con traje claro de mañana; regaba las matas de fresas con una regaderita verde, y las mil gotas caían sobre las hojas con cierto ruido parecido á lluvia.

Pero no regaba únicamente, habría sido demasiada ociosidad, también cantaba. Ponga-

mos el oído.....

Si á tu ventana llega una paloma..... Trátala con cariño que es mi persona. Cuéntale tus amores, ¡bien de mi vida! Corónala de flores ¡ay!.... que es cosa mía.

Su voz cristalina, melodiosa y pura, prolongaba ese ¡ay! dándole un no sé qué graciosamente triste, poniendo elegancia en el dolor oculto que estallaba en esa nota. Únicamente las mujeres saben el secreto de los gladiadores antiguos, sólo ellas pueden morir con gracia.

Se llama Laura y es pequeña, delgada, flexible; parece uno de esos vasos de Sèvres que tememos tocarlos por miedo á que se rompan. Si la hubiera visto un poeta alemán quizá la habría llamado ondina

Laura siguió lentamente con su regadera y su canto, y al dar vuelta un sendero tras del magnolio se oyó por última vez el canto.....

.... que es cosa mía.

En la semana anterior había tenido lugar una procesión hermosísima, una de esas procesiones que hasta á los viejos les gustan, y Laura había visto la fiesta desde el balcón de sus primas. Una de sus amigas coqueteaba un poco y miraba, también un poco, á un jovencito parado en la esquina.

-Mira-le dijo á Laura-¿le ves? ¿Qué te parece?

-No es feo.

—¡Bah! pero si es el joven más buen mozo de Santiago.

El joven tenía diez y ocho años, bigotito rubio, ojos verdes y vestía bien.

—¿Y tú, tienes algún..... pololo?—añadió la amiga.

Laura bajó los ojos y contestó con cierta tristeza:

-Ninguno....

—Consuélate — agregó la otra — dentro de algunos años los tendrás.

La niña se sintió herida en el alma por esa frase..... algunos años....., se puso de color de guinda y tuvo una idea maquiavélica. ¿Por qué no había de tener el pololo de su amiga?

Y como quien no quiere la cosa, con el candor de una virgen, Laura dejó caer una mi-

rada, y otra después.

El joven, por supuesto, no se hizo de rogar. Y continuó aquella guerra muda hasta que hubo pasado la procesión. Sólo al caer de la tarde se despidieron las amigas, y entonces Laura preguntó á la suya con cierta sonrisa picante?

-¿Cómo se llama?

-Bernardo.

¡Qué horror! Á quién se le ocurre llamarse Bernardo. Si yo fuera madre ó padre de familia, sobre todo madre, por nada de este mundo pondría á mi vástago un nombre tan triste, tan prosaico, tan frío. Mis hijos se llamarían Romeo, Pablo, Virginia, Julieta, Haroldo, Julio, hasta lo llamaría Demófilo, pero nunca Bernardo.

Con todo, el cariño naciente de Laura y su locura y su alegría de tener un galán, hicieron que lo conservase á pesar de su nombre. Al día siguiente le vió pasar bajo sus ventanas, y en la noche se durmió con sueños de color de rosa, se sintió querida y se sintió feliz.

Cinco años después, en una hermosa mañana de primavera, Laura estaba triste. Apoyaba su piececito en un cojín, su codo en la ventana y su barba en el codo. Sus grandes ojos negros, fijos en el fondo del jardín, contemplaban la verdura y el sol como si no los vieran y su mirada se perdía en horizontes le-

janos, muy lejanos.

-¿Qué tienes, Laurita? -preguntó una señora de cabellos blancos que había penetrado sin que la sintiera. -¿Qué tienes?

—Nada....—respondió la niña con acento que afirmaba lo contrario—nada, abuelita.

La señora se acercó lentamente, dirigiendo una de esas miradas investigadoras que no es posible resistir. Y después de mirarla, se sonrió.

- -¡Ah! ¿Todavía se ama?-la dijo.
- —¡ Lo que es yo, sí, abuelita, pero otros..... quién sabe!
- —Háblame con franqueza, niña; mira que yo soy vieja y puedo servirte. ¿Lo has tratado bien?
 - -Sí, abuelita.
- —Entonces..... tú tienes la culpa si no te quiere. A los hombres hay que llevarlos siempre de una oreja. Debemos tratarlos mal, no lo olvides.

La señora la dió un beso en la frente y salió en seguida.

El jueves anterior había tocado teatro, y Laura, que esperaba encontrarle, se vistió de prisa para ir. Su mamá se demoró mucho, y además, los anteojos, esos malditos anteojos, se perdieron. Cuando abrieron la puerta de su palco estaba el segundo acto por concluir. La

niña se sentó un poco más atrás que de costumbre, y vió....., sólo de pensarlo lloraba....., que *el* coqueteaba descaradamente con su prima. Nunca lo habría creído, nunca.

Haberse puesto por vez primera un traje rose fanée, recién llegado de Europa, y en la cabeza un lazo de cintas rosa pálido, arreglo de última moda, únicamente para él..... y verle coqueteando de una manera tan descarada.....

Mi prima la pagará.

Si no mienten las apariencias, debía llamarse Bernardo para portarse así. En vano el pobre muchacho trató de enmendar su conducta, mandándola con una amiga un ramo, que no recibió, y mirándola con una constancia absurda. Fué implacable.

Pero estaba triste ahora.

Al día siguiente, recordaba Laura, tuve un desquite completo. Mi prima estaba en las tiendas con los ojos hinchados, bastante fea, con un traje verde, ridículo: parecía viuda de un gringo pobre. Él también se encontraba allí, pero lo traté mal..... demasiado mal.

Ha transcurrido un año y estamos en un día de primavera precioso.

El día anterior había llovido y la tierra per-

manecía un tanto húmeda, pero las hojas de los árboles se hallaban limpias y brillaban y el cielo estaba puro. Las sombras se proyectaban fuertemente en medio de la tierra bañada por el sol; sentíase cierta frescura agradable; se oía el ruido argentino del agua de la pila cayendo de taza en taza.

En medio de la calma de aquella mañana de primavera vibró una voz melodiosa y pura, que entonaba una canción..... la misma de otros años, esa vieja canción de *La Paloma*, que á mí me agrada tanto.

Cuéntale tus amores ¡bien de mi vida!

Aquella voz encantadora, suave y frágil, parte de un cuerpecito más frágil todavía.

Laura viste de blanco; su pelo recogido en forma de moño japonés, sus grandes ojos negros y su cuerpecito fino, le dan cierto aire de pajarito. Cualquiera diría que era paloma. Está muy contenta. Ya se han arreglado los asuntos, y, según parece, pronto se casará. ¿Siempre quiere al mismo?

Eso, mejor que yo, lo saben mis lectoras.

—¡Pobre jazmín! se me había olvidado regarlo. Las mujeres somos así, en la felicidad olvidamos á los amigos viejos. Ahora es permitido olvidar á la pobre planta..... quiero tanto á Juan..... Como es pobre, seré muy económica; sólo tendré un cupé y dos parejas de caballos.

Además.... si quiere llevarme al teatro, ¿cómo resistir?

Es un hecho. Laura se casa el próximo viernes, ¿los han invitado á ustedes al matrimonio?

1888



HISTORIA INVEROSÍMIL.

Durante mi residencia en París en 187..... fuí testigo de un suceso de los más singulares. Era entonces un niño, aunque tenía todas las pretensiones de un hombre y acompañaba á mi madre en todas sus visitas.

Un martes, día de recepción en casa de la señora C....., americana, algo avanzada de edad, asistieron á casa de ésta mayor número de personas que otras veces.

En una confidente junto al piano, vi sentada una lindísima niña que había conocido en reuniones anteriores. Su hermano y su padre, caballero de elevada estatura y de buena presencia, de nariz aguileña y de un torno de cara que parecía haber legado á su hija, conversaban con la dueña de casa. Algunas seño-

ras de edad, un sacerdote y un marino, completaban la reunión, que no tenía, por cierto, carácter ni muy mundano ni muy alegre.

He dejado intencionalmente para el último la persona que más vivamente despertó mi curiosidad en esa noche.

Apenas habíamos entrado, se agitó la cortina y vimos avanzar un caballero, que nos saludó ceremoniosamente y besó la mano á las señoras, según la costumbre antigua. Era el barón Reynald, antiguo visitante de la casa, que había estado ausente de París. Su estatura pasaba de lo común y parecía todavía más alto, gracias á lo delgado de su cuerpo, seco y huesudo. Tendría sesenta años, grandes arrugas en la frente y otras más finas y más numerosas en las sienes; su nariz encorvada y su frente calva le daban un aspecto de ave de rapiña, y sus ojos grises brillaban como si tuviera fiebre.

—¿ Usted ha pasado algún tiempo lejos de París, señor Reynald?—preguntó la dueña de la casa.

—Señora—respondió el Barón—he permanecido seis meses, lo que era poco para mis asuntos, y demasiado cuando recordaba á mis amigos, en especial á usted.

Al oir las frases amables del señor Reynald y al ver sus maneras, de una distinción bien rara en el día, recordé involuntariamente una frase que pronunciaba la señora C...., hablan do de él: «Es imposible hallar una persona de más mérito que el señor Reynald; no tiene sino dos defectos—desgraciados de los hombres que no tienen ninguno:—es legitimista y magnetizador; cree en el Conde de Chambord y en las mesas que giran.... cosas igualmente probables.»

Luego me distraje y me ocupé de otra cosa. Cuando se está junto á una persona tan interesante como Sara X....., la niña de que hablaba al principiar, no es raro que uno se olvide de cuanto le rodea, aunque sea muy curioso.

Sara se sentó al piano y cantó con voz de ángel una melodía de Rubenstein. Pocas veces me ha impresionado más el canto que esa noche. No sé si debo atribuirlo á la voz admirable, á la maestría con que cantaba ó á la belleza de la niña. Sus ojos celestes contemplaban un objeto invisible, muy lejano quizá; su cabello, de un rubio rojizo, formaba ondas rizadas, que daban á su cabeza una gracia indescriptible. La blancura mate de su tez resaltaba con su vestido azul marino, de pollera tableada, que permitía ver sus zapatitos de charol apoyados sobre el pedal del piano.

—¡ Muy bien, Sarita!—exclamó uno de los caballeros cuando la niña hubo terminado el canto.

^{-¡}Admirablemente!

—Señorita, le agradezco este momento exclamó el señor Reynald, con ese tono efusivo que nos hace agradable cualquier cosa.

—Pues yo no se lo agradezco—insinuó una de las personas.....—Sara no ha cantado para nosotros sino para un *ausente*.

La niña se cubrió de rubor y tocó inmediatamente un vals brillante. Tenía motivos para ruborizarse, porque la broma no carecía de fundamento. Se había comprometido hacía poco, y hasta se había determinado la fecha del matrimonio. La historia era vulgar, como la de casi todas las bodas que se hacen en el mundo. Un joven que la conoció en un baile se había enamorado de ella; el amor viajó en tren expreso y el casamiento quedó arreglado prontamente. Como nada puede ser perfecto aquí en la vida, hubo un contratiempo insignificante, es verdad, pero que era un contratiempo. El novio debía permanecer ausente tres meses, pasados los cuales volvería.

A las diez y media nos sirvieron un té exquisito, que había recibido la señora C..... con grandes recomendaciones. Mientras lo tomábamos, la conversación recayó sobre magnetismo, y el barón Reynald aprovechó la ocasión para exponernos sus teorías. He hecho un descubrimiento, nos dijo, que se relaciona con el hipnotismo y demás ciencias magnéticas.

Ustedes se ríen, como se han reído muchos otros que ahora tienen fe ciega en la verdad. El magnetismo, la influencia de cierto fluido animal existente en el hombre, no es discutido por nadie á la fecha. Puede ser que algunos duden de que por medio del magnetismo sepamos los acontecimientos futuros y de que nos pongamos en comunicación con los espíritus; pero lo que es indiscutible y ha quedado demostrado por la ciencia, es la existencia de un fluido que se comunica de una persona á otra, haciendo que la más débil ceda á los impulsos del más fuerte. Mi teoría parte del hecho, reconocido por la ciencia, de un fluido nervioso.

Cuando varias personas se reunen, pueden, uniendo firmemente sus voluntades y concentrando su espíritu en un propósito común, claro y fijado de antemano, pueden, como decía, producir una corriente nerviosa capaz de dominar por completo á otra persona.

La voluntad del hombre, en su estado ordinario, es indiferente y podría ser representada por una fuerza igual á dos. En su estado de viva excitación, esa voluntad puede alcanzar á diez. De manera, que las doce personas que nos encontramos reunidas aquí podríamos, uniendo nuestros esfuerzos, reunir una fuerza equivalente á ciento veinte. Si nosotros dirigiésemos nuestra voluntad común sobre cual-

quiera voluntad aislada de una persona, que en su estado normal sería de dos, tendríamos tal superioridad que podríamos obligarla á cumplir nuestros deseos. De esta manera, y formando una cadena invisible de fluidos hipnóticos, podemos ponernos en comunicación con cualquiera parte del mundo y saber lo que en ella sucede á esta hora. Debo advertir que sólo podemos conocer lo presente, pues lo futuro se escapará siempre á nuestra conciencia.....

Al llegar á esta frase, el barón Reynald se detuvo; gruesas gotas de sudor empapaban su frente y parecía en extremo fatigado. Algunas de las personas que lo escuchaban no podían ocultar cierta sonrisa de duda. Sara, por el contrario, escuchaba con la mayor atención.

- —De manera que si nosotros quisiéramos comunicarnos con la India, ¿podríamos hacerlo en este mismo instante?—preguntó la niña.
- —Sin duda—respondió el señor Reynald—podríamos hacerlo con toda facilidad.

-¿ De qué manera?

—Todas las personas presentes, uniéndonos de la mano y concentrando toda nuestra voluntad con ese fin, ejerceríamos presión sobre el empleado de turno en el telégrafo central. La voluntad de éste cedería á la nuestra, y unida á ella dominaría la del empleado correspondiente en el telégrafo más próximo, y una vez establecido nuestro telégrafo moral, nos comunicaríamos con Lyon, Jénova, Roma, Suez, Aden y la ciudad de la India que ustedes quisieran.

—¿ Y quién nos dirá lo que sucede en esta ciudad de la India?

—La persona más nerviosa y más débil de las que se encuentran reunidas. ¿Quieren ustedes hacer la experiencia?

Los concurrentes no pudieron reprimir un movimiento de sorpresa y de curiosidad. No sabían qué pensar sobre las curiosas ideas que el Barón había sostenido. Por fin, la curiosidad nos sobrecogió de tal manera, que nos reunimos formando un círculo, y nos tomamos de la mano formando cadena.

- —¿Con qué ciudad quieren ustedes comunicarse?
- —Con Singapour—respondió Sara resueltamente.
- —Está bien. La señorita nos servirá de medium. Ahora.... ¡en comunicación con la oficina central!

Hubo un instante de silencio, en que se oía hasta el volar de las moscas.

--.... Ya está-respondió Sara.--Continue-mos.....

-.... Besançon.... Lyon.... Aix.... Géno-

va..... Roma..... Corinto..... Suez..... Bagdad..... Moscate..... Singapore.....

—Hemos llegado—exclamó el Barón, después de algunos momentos, en tono muy bajo.

El corazón nos latía fuertemente; todos estábamos pálidos y sentíamos una extraña excitación nerviosa. Sara se había puesto lívida.

—¿Quieren ustedes conocer la ciudad de Singapore, en la India? Que nuestro corresponsal involuntario nos diga lo que ve en este momento.....

—Van pasando por la calle tres equipajes, especies de literas, arrastrados por hombres. La atmósfera está saturada de olor á opio y almizcle; el calor es sofocante.....

Al decir estas palabras, Sara se puso encendida como si en realidad experimentara un gran calor.

—..... Por todos lados veo correr hombres con trajes largos, de cutis amarillo y con una cabellera que cuelga en forma de cola. En algunas puertas queman incienso. ¡Qué mundo de gente! Veo parsis, malabares, málagos, ingleses con cascos de corcho atados con largas bandas blancas de tul, y chinos por todas partes.... Estoy en un santuario. Es una gran casa de torres doradas, en cuyo fondo se alzan dioses deformes y horribles. Á sus pies han arrojado los servidores del templo una gran cantidad de jazmines, que despiden olor penetrante.

El dios tiene seis brazos, nariz aplastada, ojos de vidrio; es espantoso. Huyamos de aquí.

Estamos en pleno campo y nos rodean árboles magnificos, flores de aroma penetrante.

Hay toda especie de palmeras: unas en forma de abanico, palmeras majestuosas, palmeras como palos rectos que llevan en su extremo un manojo como de plumas. La luz del mediodía se difunde sobre esta naturaleza exuberante dándole color muy peculiar, mientras los hombres, por el contrario, parecen aletargados. En este instante pasan coches á todo escape y sin hacer el menor ruido; van tirados por hombres..... ¡Qué olor á opio!

La niña se detuvo como si no tuviera fuerzas para continuar. Nuestra emoción aumentaba por momentos. Uno de los presentes, que era marino, exclamó sin poderse contener:

-Eso es Singapore.... no me cabe duda....

Me parece que lo vuelvo á ver.

—¿Conoce usted á alguna persona?—preguntó con cierta sonrisa el barón Reynald.

Sara palideció más aún, y respondió con

cierta dificultad.

—¡Ah! sí..... Veo varios marinos del Victoria. Entre ellos está Alberto, mi novio. Se oye un gran ruido, gritos de ¡Socorro! ¡Socorro! Es un marinero que ha muerto en una reyerta á un chino, y la multitud se avalanza sobre él. Los oficiales corren en su auxilio y le salvan.

La multitud aumenta y arroja piedras sobre los marinos.... Es una poblada inmensa.

Los oficiales pelean heroicamente..... Pero.....

¡ay, ay!.....

La niña dió un grito y cayó de espaldas. Al instante se rompió la cadena y todos nos levantamos en desorden. En vano tratamos de convencer á Sara de que todo no pasaba de una simple excitación nerviosa, una pesadilla que debíamos atribuir á lo cargado del té. Como sucede cuando se ha experimentado una fuerte emoción, todos hablábamos á un mismo tiempo, sin lograr entendernos.

Cuando se hubo pasado un tanto la excitación del momento, y después de muchos co-

mentarios, nos despedimos.

Todos á una voz habíamos tratado de visionario, de extravagante, al barón Reynald, y censurábamos que hubiera expuesto á aquella pobre niña á una alucinación tan cruel.

No dimos grande importancia al experi-

mento de esa noche.

Pasaron tres días. Á la hora de almorzar se presentó en casa la señora C....., que venía horriblemente pálida.

-¿Qué pasa?-le preguntó mi mamá.

-Lee-le dijo la señora C.... pasándole un diario.

Era un cablegrama de Madrás. «En este instante, decía, nos comunican de Singapour

que el día 2 hubo una lucha entre una parte de la tripulación del *Victoria* y el populacho. Hay varios heridos y algunos muertos, entre otros, el teniente Alberto X.....»

Después de esa lectura, quedamos casi mudos de estupor.

—¡Pobre niña!—exclamamos á un tiempo recordando á Sara.

¿Cómo pudo adivinar lo que estaba sucediendo? ¿Es verdadera la teoría del barón Reynald, ó existe en el corazón de las mujeres que aman un instinto milagroso? No sabría decidir, pero recuerdo que el muerto me causaba envidia al recordarle.



REALIDADES.

Hace algún tiempo, no mucho, disertaba con una linda amiga mía sobre el tema, siempre fecundo para las solteras, del matrimonio.

-¿Y usted no piensa casarse? -me dijo.

- —¡Ah, Julia! Me faltan para eso muchas cualidades necesarias, y poseo algunas otras que están de más.
 - -No sea pesimista.
 - -Como usted lo oye.
 - -¿Entonces piensa en ser un buey suelto?
 - -Buey, no; suelto, sí.
 - -Como en Doña Panchita.
- —Pero, vámonos poco á poco. ¿Qué entiende usted por matrimonio?—la dije yo, puntuando mi pregunta con una de esas miradas que parecen candorosas á los incautos, diabólicas á los libertinos y simplemente curiosas al

resto de la gente.—¿Qué entiende usted por matrimonio?

Al hacerla esta pregunta, yo creía que iría á responderme Julia una de esas vaguedades sentimentales tan comunes ahora: el matrimonio es la unión de dos corazones que se aman, es la realización de un sueño, es un ángel de alas doradas que nos murmura cosas dulces y desconocidas al oído. El matrimonio es la sanción legal del amor. El amor es la unión de dos cuerpos en un alma; un hombre y una mujer que se confunden en un ángel, etc., etc.

Pero Julia bajó los ojos al suelo, miró la punta reluciente de sus zapatitos de charol, levantó la mirada al techo y en seguida me dijo, con ese modo socarrón que sólo ella

posee:

—Juan, me ha hecho usted una pregunta bien difícil.....

-Eso quiere decir que confío en su talento.

—Gracias..... ¿Pero usted insiste en saber lo que es el.....

-Por supuesto; deseo instruirme....

—Pues bien—exclamó Julia con tono triunfal.—El matrimonio consiste en tener un hombre que haga todo lo que una quiere.

—Lo que da lo mismo—repuse yo—que nombrar un violinista para que guarde la música y un general para que lleve las cartas al correo..... —¡Silencio en la barra! Son prohibidas las interrupciones—agregó mi linda amiga, poniendo uno de sus deditos de nácar sobre su boca en actitud de adorable imperio.

Julia abrió su abanico y lo agitó por algunos instantes.

- —El matrimonio—dijo—es una grande institución, que tiene como base, como piedra angular, y como teatro del suceso, una linda casita.
- —¡Bravo!.... Bis.... bis.... exclamé yo aplaudiendo con ambas manos, de modo que mis guantes casi se rompieron, lo que me hizo moderar mi entusiasmo un poco.—Veamos la casa.

Julia cerró el abanico y tomó un aire de solemnidad cómica.

-Principiemos por el principio....

- —¿Por la pieza del portero? No, gracias, que tiene de seguro un olor desagradable; principiemos por el fin.
- —Es usted un mal educado—observó mi amiga;—bien se conoce que no es una persona de salón.
 - -Comience por eso, y hagamos las paces.
- —El saloncito mío será de tamaño regular, ni tan grande que se pierda la gente en él, ni tan pequeño que sea necesario dejar los abrigos en el vestíbulo. Las paredes y el techo serán pintados al óleo, de color rosa pálido en

el fondo, con ancha guarda color de rubí. Me gustan las lámparas turcas, de filigrana de plata, con un vaso de cristal rojizo en el fondo, donde se encuentra la luz. Naturalmente, el suelo será de parquet, con un tapiz de Esmirna que cubra el centro. En uno de los rincones una palmita, y en el otro una zica de ramaje fino y eternamente verde. En las paredes habrá espejos que reflejen y multipliquen las luces y nuestras imágenes, de manera que seamos muchos y al mismo tiempo sólo dos.

-¿Y si viene su suegra?

—Solamente los hombres entienden de suegra.....

—Tiene usted razón—exclamé lleno de resignación profunda y anticipada, porque aun no me he casado definitivamente.

—Buscaré sofacitos bajos, muebles, sillas entrelazadas y poufs de color de rubí, como las guardas y las portières; compraré de esos sofás en que uno se hunde, adormecida, durante las noches de invierno, por la atmósfera tibia y suave. En esos momentos agrada reducir toda la vida á su propio salón, á las luces reflejadas en los altos espejos, al libro abierto á medias que se lee lentamente, soñando; se mira desdeñosamente la estatuíta en terra-cotta, los jarrones del Japón, pintados de figuras raras, y á veces.....

-¿A su propio marido?

—Murmurador—me dijo la niña.—¿Cree que pienso casarme con usted?

—No creo que tenga tan buen gusto, Julia..... Pero siga.

-Ahora paso al comedor.

—Hace usted mal, amiga mía, porque en el siglo diez y nueve se principia por ahí.

No recuerdo el resto de la conversación que tuve aquella tarde con Julia, y extraño saber lo referido, porque con cierta clase de mujeres, pasados algunos días, sólo se acuerda uno de sus ojos. Sólo puedo asegurar que había transcurrido un mes sin que nos viéramos, cuando recibí el parte de matrimonio que me enviaba Julia. Se había casado en Valparaíso.

Anteayer fuí al puerto para negocios urgentes, y tuve la humorada de pasar á verla. Me hicieron esperar.

Mientras llegaba dí un vistazo al salón y no pude reprimir una sonrisa al verlo tan distinto de lo que ella soñaba.

-¿Cómo está, Julia?-dije al verla entrar.

-¿Mucho me ha esperado usted?

—¡Ah, no! He ocupado mi tiempo contemplando las terras-cottas y las portières, y los espejos, y la pintura color de rosa.

Nada de eso había en el salón.

—¡Ja, ja! Tiene razón Vd.—exclamó la niña riendo francamente.—No tengo nada de eso porque cuesta caro y no somos ricos. El pa-

pel de esta pieza es azul, porque es mucho más barato; á un peso el rollo. En cuanto á los espejos y á los vasos del Japón.....

—¡Cuánto va de lo real á lo soñado!

—Esa es la vida—agregó Julia.—Pero con todo, cuando se ama, es bien dulce—me dijo sonriendo.

Mayo de 1889.



LOS ZAPATOS VERDES.

I

Se habían juntado, por una rara casualidad, tres muchachas, tres tipos completamente diversos—de esas que parecen destinadas á no entenderse y que se comprenden á las mil maravillas. Blanca era una niña morena, alta, de facciones muy finas y de ojos endemoniados; era la pasión misma con el hervor, el brillo y la viveza de una copa de Champagne. Laura era una rubia, pálida, de ojos azules, de estatura regular y de aire romántico en apariencia, y algo triste, bajo el cual se ocultaba un temperamento frío, espiritual y burlón, que andaba constantemente á la caza de debilidades ajenas—lo que es la manera más segura de hacer olvidar las propias. Si Laura y Blanca eran mucha-

chas bonitas, Irene, ó *Nene*, como le decían sus primas, no pasaba de regular; pero tenía un no sé qué de atrayente, cierta originalidad exquisita, una elegancia refinada en su manera de vestir y tocaba el piano, no como un ángel, porque según entiendo en el cielo no hay píanos, sino como la música en persona.

Las dos primeras estaban de manto; Nene tenía el suyo doblado todavía; vestía un traje negro con chaquetilla de seda celeste pálido, de encajes del mismo color y se reía á gritos, balanceándose en su silla de mimbres. Lo sárboles, sacudidos por las brisas otoñales, habían cubierto el jardín de hojas secas y retorcidas que el jardinero aun no había tenido tiempo de barrer.

-¿Es decir que te gusta Julio?

—No digo que sí, pero tampoco digo que no—respondió Laura.

—¿Quieres que te hable con franqueza?....
pues yo no le puedo aguantar. Lo único bueno
que tiene son las patillas inglesas, pero las de
José Luis, el cochero de casa, son mucho mejores.

Irene se mordió los labios y en seguida se sonrió, vacilando entre enojarse y reirse.

—Blanca no nos ha dicho lo que piensa de Ramiro—exclamó casi inmediatamente.

-¿Me guardarán ustedes el secreto?

-Con toda seguridad.

—Pues bien..... siempre que hablo con Ramiro, su conversación me hace recordar los diálogos del *Método para aprender inglés en seis meses:* «¿Tiene usted calor ó frío? — No, señor, no tengo ni calor ni frío, pero tengo los zapatos de su abuela de usted.»

Las amigas se miraron y soltaron la risa; el

juicio era exacto.

-Pero es un excelente joven.

-Y muy būen mozo.

- —Y ha tenido en su vida una idea espiritual, la de hacerme la corte.....
- —¡Qué diferente de su primo Rafael, que casualmente anda siempre enamorado de las niñas con buena dote!.....
 - -¿Enamorado?.....
 - -De las niñas no.... de las dotes sí.....
- —Pero ahora sí que ha errado el tiro, porque la Manolita no le hace caso y la cosa anda verde. Además tú conoces á don Pancho.....
 - -Ese hombre está resuelto á ser inmortal.....

La conversación continuó más ó menos en el mismo tono y se rieron bastante del traje de una amiga íntima y de cierto viejo verde que tiene la doble debilidad de usar zapatos apretados y de hacer la corte á niñas jóvenes.

—¡Vaya! si todos los hombres son lo mismo.... andan siempre enamorados de la for-

tuna.

^{-¡}Oh! no

-; Y por qué entonces, en los bailes, las niñas más elegantes son siempre las más atendidas?

-Voy á decirte la razón. Á los hombres en general les gusta el lujo, y por eso se dirigen á las niñas que lo gastan. Pero hay muchas excepciones.

-Yo sostengo-exclamó Laura-que todos los hombres aman la elegancia y que todos prefieren á una mujer de traje bonito. Los unos, y éstos son los mejores, prefieren las mujeres lujosas porque los atrae el brillo, porque de ordinario un traje elegante oculta muchos defectos. En cuanto á los demás, les agrada el lujo porque son aficionados á la Economia Politica....

-¿Oué es eso?

-La ciencia que trata de la creación y circulación de las riquezas.....

-Entiendo. De la circulación se ocupan los

jóvenes y de la creación los papás.

-Y como, en buen castellano, les gusta el dinero, creen que para vestirse elegante es necesario, por lo menos, pagar á la modista, lo que no ha podido hacerse hasta hoy solamente con buenas palabras.... De consiguiente, sea por una ó por otra razón, todos los jóvenes del día buscan niñas elegantes.

-Tienes bien pobre idea de nosotras si crees que nos quieren por el traje-repuso Nene con calor.-Yo conozco algunos hombres que no se

fijan en eso.

- —¿Alberto? ¡Ja!.... ¡Ja!....
- -¿Crees que te quiere?
- —Jamás lo he dudado. ¿Quieres que apostemos?
- —Ya que me desafías, acepto respondió Laura — y hoy mismo podremos ver cuál de nosotras tiene razón.
 - —¿Cómo?
- —De una manera muy sencilla. Esta noche, como todos los viernes, reciben en tu casa. Nosotras vendremos con lo mejor del repertorio y tu estarás con el peinado de hace cuatro años, traje anticuado y..... con zapatos verdes.
 - -¿Nada más?
 - -Basta con eso, para que veas.
- -Es necesario que ante todo te comprometas á no cambiar de toilette en toda la înoche.
- —Convenido—exclamó Nene con aire resuelto—pero en el fondo no sin su cierto recelo. ¿Habrá en Santiago zapatos de ese color tan absurdo?
- —Los habrá. Vámonos luego á las tiendas repuso Blanca.
 - -Allons enfants de la patrie.
 - -¡En busca de zapatos verdes.

Á las nueve y media se detuvo un carruaje americano delante de la casa de Irene. Los caballos de media sangre, con capas de invierno, se agitaron un poco, movieron un tanto el carruaje y se sosegaron en seguida.

Bajaron dos niñas y una señora. Laura cerró la portezuela con un golpe seco y se quedó mirando con ojo distraído el brillo del coche, de los vidrios y de los arneses al reflejar la luz de un farol cercano. Blanca, ocultando sus labios en el nudo de la boa y tiritando bajo el paletó de pieles fué á tocar el botón de la campanilla.

Irene salió á recibirlas al vestíbulo, las abrazó y las hizo entrar. La atmósfera de la antesala era tibia y agradable; sobre los sofás, encima de los sillones, había algunas capas de señoras y abrigos de niñas.

-Y al fin, ¿qué hubo?-preguntó Blanca.

Por única respuesta Irene les mostró su peinado extravagante, en forma de tortilla, y sacando la punta del pie les mostró los famosos zapatos verdes, que provocaron un nuevo acceso de hilaridad.

—No creí jamás que fueras capaz de esoobservó Laura—porque la prueba es peligrosa.

-Veremos.

Al pronunciar esta palabra, Irene manifes-

taba una confianza que en realidad no tenía; hasta el último instante había vacilado, temiendo ponerse en ridículo y también que Alberto..... ¡Ah! En realidad la niña lo quería con todo su corazón, con uno de esos amores que comienzan en la niñez y que parece que sólo se acaban en la tumba. Desde que tenía trece años, Alberto la seguía por todas partes, iba á misa los domingos para verla salir, se había abonado á la misma letra en el teatro y la perseguía por todos los salones. Á fuerza de verlo en todas partes, de oirlo nombrar siempre, de ver las sonrisas de sus amigas que le preguntaban por él se habían enamorado sin sentirlo.

-¿Y Alberto? ¿Siempre?....

-Siempre....

No era precisamente un joven buen mozo, pero se vestía bien, bailaba con elegancia una cuadrilla, daba una vuelta de vals, estaba al corriente de todas las noticias, especialmente de los casamientos por hacer y de las rupturas, y sobre todo—éste era su mayor mérito—imitaba maravillosamente al gato y al perro en los juegos de prendas.

¿Es posible enamorarse de un hombre así? Por supuesto. Casi todos los jóvenes de salón pertenecen á ese molde, y al fin y al cabo las mujeres han de casarse.

Para Nene era Alberto el nec plus ultra, lo

admiraba y lo adoraba con todas las fuerzas de su corazoncito algo mundano, pero sincero y puro. Le suponía mil cualidades que no tenía y le quitaba muchos defectos que tenía en realidad. La mamá se opuso al principio; manifestó á su hija los defectos del joven, tratando inútilmente de ponerlo en ridículo y, por último, cedió. El que ama, siempre tiene ó cree tener razón en lo que hace.

Irene habría deseado morir antes que ponerse en ridículo delante de Alberto; pero, ¿y la vanidad? Sus primas, en un arranque juvenil, le habían dado á entender de un modo claro, que el joven solamente la seguía por su lujo; que ella en sí no valía nada. La apuesta significaba: tú sólo vales por tu traje; y la niña necesitaba probarles lo contrario. Por otra parte, Alberto, que le había manifestado su cariño durante cinco largos años, con una fidelidad que nadie había tenido por sus primas, Alberto, ¿habría de abandonarla por un simple detalle de toilette? Eso era insultante. ¿Y si sucediera eso? ¡Oh!.... Nene se puso y se quitó el traje y los zapatos tres veces aquella noche. Acababa de volvérselos á poner cuando llegaron sus primas.

Esa noche los salones estuvieron más concurridos que los otros viernes. Estaba completo el petit comitè, como decía Julia; ocho niñas y catorce jóvenes. Algunos fumaban en la sala

del ponche; otros se paseaban.

Julia cantó Le pigeon, con esa voz cristalina, pura, frágil como un lindo cristal de Bohemia. Nene tocó magistralmente en el piano los aires españoles de Sarasate y las melodías de Rubinstein.

¿Y Alberto? Más enamorado que nunca. Estuvo largo tiempo junto á su amada; la llevó al piano y le guardó el abanico y el pañuelo. ¿Y los zapatos verdes? Nene, con ese maquiavelismo tan propio de las mujeres, halló manera de desafiar á sus primas sin peligro, poniéndose un largo vestido que le ocultaba el pie.

Laura, sonriendo desde un rincón, lo adivinó todo y se acercó al piano resueltamente.—Dé-

jenme tocar y valsen ustedes.

Irene se dejó arrastrar por la melodía y recogiendo un poco su vestido dió las vueltas len-

tas, suaves y elegantes del Boston.

Cuando la niña se dejó caer en un sillón notó Alberto los zapatos verdes por primera vez. Aquello le produjo la misma impresión que si hubiera visto á la niña volviendo del mercado con un canasto, la sensación que deja una comedianta que vuelve al camarín.

Quiso olvidar esa impresión y dió vuelta la cara; al mirar de nuevo á Irene, observó que tenía un peinado absurdo, de modistilla.

Ella creía haber triunfado y se dirigió al jóven con ese tono ligeramente imperioso de las mujeres que se creen amadas y que gozan al verse atendidas ciegamente. Alberto dirigió una mirada en torno suyo, dijo una frase trivial á la niña y se dirigió al asiento de Blanca.

-Parece usted triste hoy.

-¿Yo? no. Estoy como de costumbre.

-No lo niegue. Eso no es raro en una per-

sona que quiere y es querida.

—Usted alude á..... eso..... si es historia antigua. A mí nadie me ha querido verdaderamente.

-¿Le parece?

—¡Ah! estoy segura—exclamó Blanca, dirigiendo al joven una mirada candorosa, impremeditada en apariencia, pero profunda.

Alberto observó por primera vez que era bonita y que tenía *algo* que no tenían las demás mujeres, y no se separó de ella en el resto de la noche.

Se fueron todas las visitas; sólo quedaba un pequeño grupo, en que estaban las tres primas.

-¿Cuándo volverá usted, Alberto?—le preguntó Irene.—Venga el sábado.

-No puedo; tengo tertulia en casa de Anita.

-¿Y el domingo?

—Tengo comida, que acabará probablemente algo tarde. Vendré el jueves.

-Lo siento mucho, pero vamos al teatro ese día.

Y se separaron cortesmente.

Al despedirse de sus primas, Nene las abrazó

y les dió un beso. Luego miró á Blanca, y sus miradas se cruzaron frías, implacables, sangrientas.

—Tienes razón. Ese hombre sólo ama las apariencias y el brillo..... has triunfado; es

digno de ti.

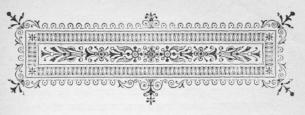
Momentos después quedaron solas. En aquellos grandes salones, todavía calientes, llenos de ruido y de animación algunos momentos antes, brillantemente iluminados, pero vacíos ahora, no había más que dos mujeres y.... el pañuelo blanco, saturado de esencia de Atckinson-bouquet, abandonado por alguna niña en un sillón de fantasía color nutria.

Irene se arrojó sollozando en brazos de su madre.

-¿Qué tienes, Nene?

—Mamá, soy muy desgraciada..... sólo creo en ti.

Abril de 1889.



LAS ROSAS

(FRAGMENTO)

II.

UNA LUCHA.

Algunos meses después tuvo lugar el casamiento del coronel Guzmán. Nunca había creído, según afirmaba, que se pudiera ser tan feliz sobre la tierra. Amaba con ese ardor con que aman las personas que por primera vez

en su vida, en edad ya madura, sienten una

pasión.

Su cariño se manifestaba de todas las maneras posibles, con flores, con regalos de escasa importancia en sí, pero que revelaban el deseo de agradar. Todos los instantes del día los ocupaba una sola imagen, y cuando al caer de la tarde volvía de sus trabajos de oficina, se sentía feliz y joven al besar la frente pura y tersa de Marta, al oprimir con sus labios los rizos de cabello negro y suave como seda.

Una tarde, al volver de su oficina, penetró

al escritorio, donde ella lo esperaba.

La pieza era elevada y de una elegancia severa, como el viejo militar. En una de las paredes estaba colgada una panoplia de armas, que destacaban sus hojas de acero, limpias y brillantes, sobre el fondo rojo oscuro, con di-

bujos dorados, del papel.

En las otras paredes había grabados: en uno de los rincones, un busto de Napoleón, de mármol blanco, reproducción de Canova, y en el rincón opuesto una colección de rifles de distintos sistemas. Todo ese arreglo, aunque artístico, aunque revelaba buen gusto, manifestaba en el fondo cierta sequedad de espíritu, ese amor al orden y esa terquedad militar, tan propia del soldado.

Marta se había sentado en un sillón de marroquí junto al escritorio. Su mirada, perdida en el jardín, se alejaba involuntariamente de ese cuarto; sus ojos, medio cerrados, manifestaban ese cansancio que nos invade á ciertas horas, cuando nos asedia una idea. No era feliz. Se había casado con un hombre de edad, sin amor, para buscar una vida independiente. Hasta ese instante había vivido con sus tíos, únicas personas que le quedaban en el mundo, en una ciudad de provincia. De repente se hallaba sola en Santiago, sin amigas, casi completamente aislada. Es verdad que su marido la había presentado á las personas de su familia, entre las cuales las había de mucha distinción: pero eso mismo establecía cierto alejamiento natural. No estaba acostumbrada á las maneras de ese mundo, y toda su ciencia se reducía á las novelas que había leído hasta entonces. En sociedad se hablaba muy poco ó casi nada de novelas, y esa ciencia social, ese conocimiento de las familias y del lenguaje del mundo no se adquiere en un instante. Por eso Marta, sin saber cómo, vino á encontrarse aislada por su propia voluntad.

Si hubiera amado á su marido con el amor que leía en las novelas, habría sido feliz á pesar de esto; pero no podía amarle. Se veía atada por lazos cuya fuerza sólo conocía ahora; y su horizonte único era el de aquella pieza, rígida, militar, severa, sin las alegrías ni las expansiones de la juventud y del verdadero amor.

Cuando vió llegar al Coronel sonriendo, desbordando felicidad, sintió cierta alegría á su turno al pensar que ella era la causa de la felicidad de ese hombre.

- -Pareces triste, Marta.
- -; Ah, no! Estaba pensando en usted.
- --¿En usted? Ya sabes la convención que hemos hecho; debemos tratarnos de tu.
 - -Eres un impertinente....-dijo la niña.

Y el Coronel se puso á reir con esa risa bonachona, sin causa visible, de ciertas personas de edad.

- —Luego vas á tener quien te haga compañía—agregó después de un momento de silencio.—Alberto llegará esta misma tarde, en el tren de las cinco; acabo de recibir un telegrama.
- —¿ Le quieres mucho?—preguntó la niña con cierto interés.
- —¡Cómo no lo había de querer! Su padre era íntimo amigo mío, y su familia me trató con tanto cariño, que llegamos á ser verdaderos hermanos. Cierto día tuve ocasión de prestarle un pequeño servicio, que él me agradeció en extremo y que estrechó más aún nuestra amistad. Al morir me dejó de tutor de Alberto, que administra desde hace dos años un fundo mío.
- —¿ Qué servicio le prestaste á su padre? preguntó Marta con graciosa familiaridad, para no enojarlo con la indiscreción de su pregunta.

—Casi nada.... debía una fuerte suma de dinero, y yo se la presté.

El militar dijo estas palabras como la cosa más natural del mundo. La amistad, para él, significaba el sacrificio completo de su persona y de su fortuna á los intereses de su amigo. Y lo hacía sencillamente como quien cumple sus deberes, sin hallar el más leve mérito en su acción.

Marta comprendió toda la nobleza de su marido, toda la hidalguía que encerraban esas frases tan vulgares en apariencia, y estrechó su mano con gesto mudo y tierno.

—No hay para qué conmoverse—agregó el Coronel;—eso era natural. Además, me pagó casi toda la deuda, y Alberto me ha dado el resto. Ha pagado las deudas de su padre, y para hacerlo ha sacrificado lo mejor de su vida. ¿No te lo decía? Es un corazón de oro.

Marta fijó la vista en su marido. Los rayos del sol que se ponía formaban una gran cinta de luz extendida desde la ventana hasta el rincón de la pieza, y envolvían el resto en cierta penumbra luminosa. Al recibir esa luz el rostro del Coronel, tomó cierto color de pergamino que puso en relieve sus arrugas, de ordinario muy bien disimuladas, dándole cierto aire de vejez, de acabamiento. Esto la puso pensativa.

En ese instante se hizo oir el ruido de un coche que se detenía á la puerta. El militar se dirigió apresuradamente al encuentro de su amigo. Marta quiso hacer otro tanto, y estuvo á punto de pararse; pero se detuvo: una reflexión rápida le hizo comprender que no debía hacerlo; se reprochaba á sí misma el interés que sentía por el joven.

—¡ Al fin llegaste!—le dijo el Coronel abrazándolo.—Sólo engañándote he podido traerte aquí, porque de seguro que si no te hubiera dicho que era para negocios urgentes, no ha-

brías venido; ¿ no es verdad?

-No, no. Si pensaba venir.....

En seguida, empujándolo cariñosamente, lo llevó á su cuarto; inspeccionó si todo estaba en su lugar; fué al jarro de agua, levantó la jabonera y salió á buscar paño de manos.

Alberto se vistió para la comida.

Aquella noche se acostó bien tarde, y, á pesar del cansancio natural del viaje, tardó mucho en dormirse. Tuvo las mismas ideas y las mismas visiones de siempre; continuó esa lucha que mantenía consigo mismo desde la noche en que había conocido á Marta. El destino le había tratado cruelmente. En su vida no había tenido más que un solo cariño verdadero, y esa mujer que él amaba, y á la cual estaba ligado por un vínculo de oculta simpatía, era la novia del coronel Guzmán, del hombre á quien más debía en este mundo. Por eso, desde que cruzó con ella la primera palabra, había tratado de

ser vulgar, de parecer insignificante, nulo y frío ante la mujer que amaba. A la nobleza del sacrificio se mezclaba también el egoísmo natural del hombre.—Nadie sabrá este sacrificio—se decía Alberto.—¡Y tener que mantenerlo oculto..... hasta para ella!

Pasaron varios días desde la llegada del joven, y durante ese tiempo apenas estuvo un instante en casa á la hora de almorzar; generalmente comía fuera. No podía darse una persona más correcta, más política, más fría en apariencia.

—Tu Alberto es un oso—decía Marta al Coronel;—no hay un hombre más raro en el mundo.

—Se ha puesto raro, en efecto—agregaba el Coronel.—Debe de estar enamorado. He observado desde hace tiempo que los hombres que aman se ponen siempre así.

Alberto ocultaba, en efecto, bajo el hielo aparente, su amor, que crecía por instantes. Todo en ella le encantaba; aspiraba con delicia el perfume de rosa musgosa que usaba ella; se quedaba extasiado contemplando su pie, sin que nadie lo notara; besaba como un loco los guantes que ella había olvidado en el salón. Andaba leguas y leguas para cansarse, para contener la imaginación con el agotamiento físico, y esa imagen le perseguía constantemente; esa imagen de mujer elegante, admira-

blemente vestida, impregnada en una gracia especial, que se manifestaba hasta en la manera como caían los brazos junto al cuerpo, en la armonía de su sonrisa y de sus ojos, en ese no sé qué. Era única, era ella. Por eso gozaba infinitamente al verla pasar á lo lejos como una visión encantadora y soñada; por eso se sentía feliz al verla deslizarse por el jardín en la mañana, al escuchar su voz, hasta cuando adivinaba su presencia.

Marta había rechazado muchas veces aquella figura que atravesaba por su alma, que aparecía adornada con todos los encantos de la nobleza moral y de la simpatía física. Aunque no quisiera, veía unos ojos verdes y ardientes clavados en los suyos; sentía una sonrisa que revelaba la juventud, el amor, la gracia, todas esas cosas que no había sentido hasta ahora y que deseaba ardientemente.

Su marido, sin saberlo, le había revelado un corazón noble y sincero en el pecho de ese hombre que ella creía vulgar. Y sin darse cuenta de lo que hacía los comparó, los analizó y encontró al joven distinguido, interesante, agradable, y dió al viejo militar los defectos que realmente poseía, y lo hizo responsable de los vacíos que ella sentía en el fondo del alma.

Cierto día la comida fué más alegre que de costumbre, se habían quedado á comer Alberto y su amigo Carlos. Los buenos vinos y una comida exquisita habían producido en los jóvenes ese estado de excitación especial en que es indispensable hablar y hablar mucho. Alberto no pudo mantenerse dentro de los límites de reserva que se imponía de costumbre, y estuvo expansivo. Sentía ese placer indecible que experimenta un hombre de ingenio, al desplegar ese ingenio en presencia de la mujer amada; se había transformado, era otro hombre.

¿Y Marta? Había notado con sorpresa un hombre nuevo, un hombre inteligente y superior al que antes conocía en él. Entonces pasaron por su imaginación, en un instante, muchísimas ideas; comprendió el sacrificio que Alberto había hecho en el palco aquella noche en que la había conocido; imaginó el suplicio del hombre que aparecía voluntariamente como un mudo ante la mujer amada en cumplimiento de un deber. En un instante lo vió crecer y tomar una estatura gigantesca y lo admiró.

Acababan de servir el café cuando llegó un muchacho trayendo un telegrama para el Coronel. Este le abrió y se levantó inmediatamente:—¡Que traigan en el acto un coche!—dijo.

-¿Qué hay?

-Un amigo mío esta muy enfermo, y voy á acompañarle en sus últimos instantes. Quizá no vuelva; no me esperen esta noche..... Carlos se ofreció para acompañarle. Encontraba peligroso dejarle ir solo á un fundo en los alrededores de Santiago á esa hora, y á pesar de la resistencia que le hicieron, persistió en su empeño.

Los sirvientes se habían retirado, y pocos momentos después, Alberto y Marta quedaron solos en el comedor, sentados el uno junto al otro: ella en la cabecera de la mesa, él en el primer asiento. Durante algunos segundos reinó un silencio profundo. Alberto sentía que su corazón latía dentro del pecho con fuerza no sentida hasta entonces, que el perfume de las flores de un gran vaso de la China subía á su cerebro, que su sangre ardía. Palideció horriblemente, y su fisonomía tomó una expresión seria que contrastaba con su alegría de pocos momentos antes.

—¿ Usted sufre, Alberto? — le preguntó la niña con voz que temblaba, y colocó su mano impremeditamente sobre la mano del joven. Alberto sintió una impresión suave y quemante, divina y terrible; no pudo contenerse y estalló.....

—¡Ah, Marta!—la dijo.—Usted no puede saber, es imposible que usted sepa todo lo que he sufrido, lo que amo.

El infierno que llevo dentro del corazón es demasiado grande..... Amo á una mujer imposible..... Todo esto lo dijo con voz ronca, entrecortada, con una fuerza que subyugaba y que conmovía. Y cuando hubo pronunciado esas palabras; después del primer estallido, tuvo un segundo de reacción, durante el cual vió todo un mundo; sintió que traicionaba al hombre que más le quería, al salvador de su padre, al hombre á quien debía la honra, y comprendió su infamia.

Todo esto pasaba como un relámpago.

Un esfuerzo inmenso le puso de pie y desapareció como un ciego, como un sordo, como un loco.

III.

LAS ROSAS

Uno de aquellos días circuló por Santiago la noticia de una próxima guerra, y el coronel llegó á su casa en estado de extrema agitación Dentro de dos días me voy al Norte, dijo á su mujer.

—¡Cómo! ¡Vas á la guerra tú, la persona

más débil y enfermiza del mundo!

—Voy á servir en la medida de mis fuerzas á la organización de nuestro ejército; no podría emprender una campaña, pero podría contribuir á prepararla. -¿Querrías quedarte sola en Santiago?

-¡Ah! no, iré contigo.

—Eso es imposible. Por otra parte, mi ausencia será corta; luego volveré á esta ciudad donde podré prestar servicios tan útiles como en campaña. Durante ese tiempo deberás ir al campo, estás débil, algo pálida, y te vendría bien el aire puro.

Marta guardó silencio y reflexionó. Su marido tenía razón, le convenía el aire puro, pero ¿no habría un peligro en la compañía de ese joven? No podía decir esto al Coronel, y además ella era bastante fuerte para resistir la tentación, para igualar si era preciso el sacrificio, el noble engaño de Alberto.

Podía quererle con amor puro, noble, desprendido de la escoria terrenal, inspirada únicamente en el ideal de la mujer cristiana y en el respeto de sí misma. Era necesario acostumbrarse á vencer en una lucha que, por otra parte, debía repetirse á cada paso.

El coronel Guzmán se fué al Norte, y su esposa á la hacienda. Las casas no estaban preparadas para recibirla, y Alberto se dirigió á Concepción en busca de las cosas que faltaban. Cada día tenía el joven nuevas ocurrencias y todo le parecía poco para ella.

Así el saloncito fué llenándose de cosas elegantes, de libros, de flores, de estatuítas y lindos objetos de sobremesa. Pero al fin terminaron los arreglos y los viajes, y comenzaron esas largas noches de campo, esas noches estrelladas, calurosas, llenas de perfumes, en que sin saberlo se desborda el corazón. La confianza se desarrolla en un momento y entonces vienen las confidencias, las conversaciones interminables en que nada se dice, las espansiones íntimas.

Miraron en el fondo de su vida y encontraron que los dos se hallaban huérfanos y solos en el mundo. Ella había tenido la juventud opaca de la niña sin fortuna; él desde muy niño no tuvo padres que velasen por su vida.

Hablaron de todo menos de una cosa; de lo que sentían con más fuerza, de lo que constituía el fondo mismo de su existencia, de lo único suyo, de su amor. Y evitaban esa palabra, la proscribían de sus conversaciones, la temían como si fuera un reptil, y tal vez por eso mismo estaba constantemente viva en medio de ellos.

Cierto día de atmósfera pesada, de calor sofocante, en que no se movían las hojas de los árboles y nada turbaba el profundo silencio, Marta conversaba con Alberto. La cortina transparente y la cortina de seda azul, apenas dejaban penetrar la luz en el salón, convirtiéndola en penumbra suave. La niña sentada en un diván, con esa languidez que le imprimía la acción enervadora de la atmósfera, apoyaba la cabeza en la mano y tenía medio cerrados sus ojos negros que parecían infinitos. Su brazo, admirablemente modelado, estaba medio desnudo, con las mangas cortas, que comenzaban á nsarse, y su talle mórbido tenía líneas que embriagaban.

Sus miradas parecían evitarse. Alberto, sin decir una palabra, con la rapidez de un impulso repentino é irresistible, se arrodilló á sus pies y la besó en las manos, la besó en la frente con la suavidad con que se besa á un niño. Y ella que se creía segura de sí misma, que se había propuesto helarlo con una sola mirada si le tocaba la mano siquiera, quedó muda y cerró los ojos y bajó la cabeza. Alberto se sentó junto á ella y la abrazó como si quisiera destrozarla. Entonces hubo un gran silencio y palpitó con fuerza el corazón de Marta oprimido contra el pecho de él, sus labios se buscaron y se unieron en un beso mudo....

Y después vino la noche y Alberto sintió lo que había hecho; midió la extensión de su crimen y se detuvo horrorizado; sintió que un muro de hielo lo separaba de la niña. ¡Oh! ya nunca más volvería á caer.....

Al día siguiente fué ella quien lo sentó á su lado, quien lo abrazó, quien lo enloqueció á besos. Y esta escena se repitió de nuevo, y Alberto cerró los ojos y siguió adelante.

Los días se sucedían unos á otros rápidos y

felices; eran demasiado cortos. Muchas veces se levantaban con el alba y se dirigían á un cerro cubierto de bosques, próximo á las casas. Entonces almorzaban bajo un árbol, cualquiera cosa, gozando tranquilos de esas mañanas frescas. La niña se entretenía en arreglarle y desarreglarle el nudo de la corbata, marchaba fuertemente apoyada en su hombro, haciendo como una especie de ostentación infantil del dominio que poseía sobre Alberto. Y cuando volvían, después de un rápido galope, se ponía rápidamente un trajecito crema, con encajes del mismo color, y se ataba al cuello una cinta deliciosa, crema también como el vestido, Alberto cogía una rosa en el jardín y ella inclinaba la cabeza con un gesto graciosísimo para que él la adornara.

Ahora, el joven volvía temprano del trabajo. Marta percibía desde lejos el galope del caballo, y lo habría conocido entre mil; de tal manera se había acostumbrado á esperarlo. Alberto entregaba su manta blanca á un sirviente y se quitaba los guantes. No había placer más grande para ella que verlo llegar, con su chaqueta azul marino, bien ceñida al cuerpo, de pantalón claro y de botas. Lo encontraba así más hombre, le hallaba un aire adorable de mando y de dominio.

Los jóvenes se sorprendieron al saber que iban á hacer dos meses de la llegada de Marta.

Todas las semanas recibía cartas del Coronel, cada vez más afectuoso y cada día más preocupado de ella. «Sólo pienso en tí—le decía—y
temo que te encuentres fastidiada de estar sola
por allá. Pero ¿cómo podrías aburrirte en compañía de Alberto que me quiere tanto, que es
casi mi hijo? Te tratará seguramente con cariño. Ustedes dos son las personas que más
quiero en el mundo y muchas veces he pensado que si me muriera, ¿sabes que favor te pediría? que te casaras con él; sólo en él creo.»
La niña abandonaba las cartas sin concluirlas.
El joven encontró una de ellas de señal en un
libro, se encerró en su cuarto, la leyó y lloró.

Quince días después de esta escena recibió Marta la noticia de que el Coronel volvía en la semana próxima, y pasó el mensaje en silencio á su amigo. El joven palideció y reclinó

la frente.

Algo frío, triste, cruel le agarraba; neblinas de invierno invadían su espíritu. Pensaba en que las dulzuras exquisitas de esas horas habían de acabar; la confianza íntima, el abandono de todos los segundos concluían para siempre. Y cuando sus almas suspirasen, y la sangre, encendida en ardores afiebrados de besos, subiese al corazón, ella sufriría las caricias de otro, y él asistiría de cerca, testigo mudo y fatal de aquel suplicio y su víctima á un tiempo.

^{-¿}Qué hacer? morir.....

Marta se estremeció y no dijo una palabra.

-Tu mismo silencio ha contestado-respondió el joven.-Yo.... hice lo que humanamente podía hacer..... Y cuando vuelva el coronel Guzmán, no podría batirme con él ni decirle cosa alguna. Tendría que verte suya en silencio. Ir lejos, dirigirme á países extranjeros, sería inútil: partiría llena el alma con una sola idea que volvería á traerme. Entonces.... la traición, la infamia..... la asechanza continua..... engañar á ese hombre.....

Alberto no dijo una sola palabra más y no volvieron á tocar el asunto. Cinco días después recibieron un telegrama en que el Coronel anunciaba su llegada para el día siguiente. El joven estuvo preocupado y triste. Al caer de la tarde, Marta le besó en la frente y le dijo muy bajo.

-Déjame morir contigo, sería tan dulce la muerte.....

-Es imposible - respondió Alberto esforzando la sonrisa...., tú debes ser feliz y hacerte perdonar.....

-No insistas, Alberto, Escúchame: moriremos envenenados casualmente al parecer, por una equivocación mía....

Alberto la clavó la vista v vió en sus ojos una energía tal que tuvo miedo.

-Mira-agregó la niña-llenaremos el sa-

lón de flores y el ácido carbónico nos asfixiará..... sin sentirlo.....

El salón se llenó de flores, se cubrieron las mesas, se llenaron las esquinas, se cubrió el

piano y se tapizó el suelo.

—Mira—dijo Alberto al mayordomo que lo escuchaba demudado. Cuando nosotros hayamos muerto, nos sacarás del salón y nos llevarás tú mismo á nuestros cuartos. Cuando el Coronel llegue dirás que nos hemos envenenado sin saberlo, y mostrarás el frasco. Agrega que todos los remedios han sido inútiles. Entonces llevarás á Çarlos esta carta que solo él debe leer, y te dará en cambio dos mil pesos.....

-No lo haré nunca, señor-dijo el mayor-

domo.

—Anda, hombre—agregó Alberto sonriendo con ironía—estoy seguro de que lo harás.

Al día siguiente, cuando el mayordomo pudo entrar al saloncito, lleno de jazmines, madreselvas, rosas, muchas rosas, magnolias, muchas magnolias y otras flores, vió á la luz pálida del alba que todas estaban marchitas. Sobre el canapé, el joven estrechaba entre sus manos las manos de Marta, acostada junto á él. Todavía vagaba entre sus labios la embriaguez del beso último.

Agosto de 1889.



RÁFAGAS DE IDILIO.

I.

PRELUDIO.

—Las mujeres—agregó el joven, volviendo á su idea primitiva—son demonios en ciertos instantes de la vida y ángeles en otros; tal es nuestra opinión. Nada más falso, sin embargo. Así como ciertas finas plantas exóticas, son sutiles, frágiles, delicadas, y necesitan una atmósfera especial para vivir. Muchas veces no las comprendemos, y no sabemos amarlas; ellas se ofenden: ¿con qué motivo nos quejamos? Toda mujer tiene un instante en que se transforma y se revela, en que se hace adorable y en que adora. Hay que admirarla entonces:

madre, es casi divina; esposa amante, mártir, casi toca á lo ideal. No las conoces, no las has comprendido, no tienes derecho de quejarte.

-¿Y tú?

-Yo-respondió Antonio-he amado una vez.....

Los acentos del joven se apagaron lentamente. Por momentos se oía la música de una banda militar que tocaba en la plaza de X..... Los farolillos de colores colgados de los árboles en el gran patio del hotel, y las carcajadas y las conversaciones de los que comían en diferentes mesas al aire libre, y el movimiento inusitado, daban idea de una fiesta. Celebrábase, en efecto, el diez y ocho de Septiembre de 1864.

Los jóvenes comían en un cenador, en el fondo del jardín, y la tristeza que comenzaba á invadirlos contrastaba con la alegría que los

rodeaba.

—Y también he sufrido.....—agregó Antonio, envolviendo á Aníbal en una sonrisa dolorosamente irónica.

-¿ Puedes contarnos?

El joven inclinó la cabeza afirmativamente. Hubo un instante de silencio; en seguida se oyó un trozo de *Norma* y el ruido del viento que hacía chocar las hojas de los naranjos y de las acacias.

II.

DE CÓMO SE PERDIÓ UN PAÑUELO.

«Á consecuencia de los disturbios políticos del año 59 nos vimos obligados á salir de Chile. Varios jóvenes, entre los cuales Pepe Sánchez, nos dirigimos á la capital del Perú.

»A pesar de que no éramos en nuestra mayor parte muy ricos, fuimos recibidos admirablemente por la sociedad limeña; bastaban para atraernos simpatía los recuerdos de nuestra desgracia reciente.

»Pasamos de fiesta en fiesta, de baile en baile, de comida en comida y nuestras penas casi, casi se ahogaron en champagne. Lima se encontraba entonces en su período más brillante de lujo, de riqueza, de esplendor; era verdaderamente la reina del Rimac, y nosotros fuimos acogidos como príncipes. Sobre todo Pepe Sánchez, de quien hablaba hace un momento, fué recibido como una especie de Mesías. También es cierto que podía justificar ese papel: era alto de estatura, de bigote negro, de tez pálida, aire distinguido, un verdadero tipo de la raza de Borbón. Á los hombres se los conquistaba con su generosidad, con su valor á toda prueba, sus calaveradas ruidosas y su buen humor cons-

tante. Las mujeres quedaban encantadas con su figura, sus modales distinguidos, no sé qué de escepticismo elegante, cierto cansancio de la vida que dejaba adivinar sin ostentarlo. Naturalmente, sus conquistas fueron infinitas y nada resistió á la voluntad del nuevo César.

»Me había hecho muy amigo con él durante el viaje. En aquellas largas noches en el mar, solían reunirse algunas personas alrededor de una mesa de juego; era de admirar entonces aquella audacia de Pepe que sólo justificaba su fortuna. Tenía una sangre fría imperturbable y frases..... y cuentos..... Sobre todo cierta falta de orden, cierta espontaneidad que atraía.

»Una tarde en que nos paseábamos por la Alameda de los Descalzos, en Lima, me dijo con cierto aire serio que no le había visto nunca:

--»Tengo que decirte algo.... Estoy enamorado de Elisa del Valle. Sé que mi pasión es un absurdo; pero...., ¿acaso el amor reflexiona?

-»La locura tampoco-interrumpí.

—»Esta noche—continuó Pepe sin hacerme caso—iremos al baile que da la señora Barreda, conocerás á Elisa y me darás tu opinión sobre este asunto.

»Poco después nos separamos.

»A la noche fuí al baile. Atravesé un vestíbulo de mármol, de paredes tapizadas de hiedra, con palmeras y plantas tropicales y cubiertas de flores y verdura. Entregué mi abrigo á un sirviente, y cruzando grupos de jóvenes muy elegantes casi todos, que charlaban con esa excitación nerviosa y momentánea de los bailes, penetré en el primer salón. Había gran movimiento y los acordes de la orquesta llegaban muy apagados; sólo se oía por intervalos el sonido de la flauta predominando sobre el violín. Después de saludar á la señora, recorrí los diversos salones repartiendo ligeros apretones de mano y frases á mis amigas y apuntando bailes en mi tarjeta. Hacía media hora que había llegado, cuando sentí una mano que me tocaba el brazo:

—»Antonio—me dijo Pepe—voy á presensentarte una amiga..... la señorita Elisa del Valle..... El señor..... La pedí un baile.

—»No puedo negárselo—respondió Elisa sonriendo.—Sólo..... tengo dados hasta los extras; sin embargo, le daré uno.

»La hice un saludo y nos separamos en seguida.

»Recorrí de nuevo los salones y hasta creo que bailé dos valses—en aquella época yo estaba firmemente convencido de que se iba á los bailes á bailar.

»Cuando tocaron los quintos lanceros me encontraba frente á Elisa; maquinalmente me había colocado cerca de ella. La pedí mi baile. —» Usted dispensará — dijo á su compañero—y soltándose de su brazo se tomó del mío.

»Yo era en ese instante el hombre más afortunado del salón. Una simpatía inexplicable me atraía hacia ella; ¿provenía acaso de mis conversaciones con Pepe, de ese atractivo misterioso que envuelve á las mujeres que sabemos amadas, ó de un sentimiento secreto é ignorado hasta de mí? Yo no amaba á esa mujer, sin embargo, me sentía encadenado á ella.

-- »¿Baila usted?

-»Según....-le respondí.

-»Sentémonos.

»Penetramos en el saloncito celeste, tapizado de raso del mismo color, con sofás bajos y muy blandos. En el centro una causeuse redonda, del matiz de los muebles y de las cortinas, ocultaba una parte del salón á la otra mitad. Los jarrones de bronce antiguo de los rincones, los espejos y los cuadros, uno de Delille y otro de Corot, los platos de Sèvres colgados de las murallas y aquella infinita cantidad de flores, nos sumían en una atmósfera de elegancia, de abandono, de lujo. Había tres parejas en el saloncito; nos sentamos lejos de ellas, en un sofá del fondo. Me parece verla todavía, apoyada

en un cojín, de una manera tan natural y tan graciosa. Vestía un traje de rosa pálido, de escote muy subido y mangas que le bajaban hasta el codo; los guantes que ceñían sus manos finas y pequeñas subían tanto que apenas permitían vislumbrar, á través de los encajes en que concluían las mangas, el cutis delicado y transparente. Su cabello era negro y sus ojos color de castaña ó negros, según se contraía ó se dilataba la pupila. Las líneas firmes y suaves de su rostro—como de medalla antigua;—su aire, su sonrisa, su frente, manifestaban un carácter apasionado y enérgico, una mezcla de madona italiana y de Venus griega.

»Elisa era una mujer fascinadora, adorable,

voluptuosamente casta.

»¡Pobre de San Antonio si la hubiera conocido!

»No recuerdo de qué hablamos; pero debió ser algo de agradable, algo íntimo, á pesar de que recién nos conocíamos. Su franqueza me encantó. Tengo por costumbre no descubrir mi corazón, no mostrar el fondo de mi alma sino á las personas que me pueden comprender, que no se ríen de los recuerdos, en apariencia candorosos, de los primeros amores de la vida. Elisa me escuchaba con interés, hacía suyas mis emociones, ¿podía acaso pedirle más? Cuando tocaron otro baile y vino á buscarla su nuevo compañero, me dió una mirada

como diciéndome: usted comprende, me voy, pero no es mi gusto.

»Pronto se perdió en medio de las parejas, de aquella multitud de trajes claros, de encajes y de flores. Yo quedé afirmado en el marco de una puerta, mirando pasar maquinalmente esos grupos que no me atraían, esas bellezas que no me entusiasmaban. Sin saber cómo volví al asiento que había abandonado y encontré, con agradable sorpresa, un pañuelo en el asiento de Elisa.

»Era un lindísimo pañuelito de batista de ancha guarda de encaje de Inglaterra. Al tomarlo sentí escaparse un doble perfume; de heliotropo, muy suave, era uno; era el otro ese perfume oculto, ese algo encantador é indefinible que tienen ciertas cosas de mujer. Estaba algo arrugado; las mujeres se complacen en ciertas ocasiones en romper lo que tienen más cerca, un pañuelo, un corazón, un abanico.

»¿Había sido intencionalmente abandonado ese pañuelo de Elisa, ó era un simple olvido? No podía saberlo; inútilmente la busqué por los salones y por la sala del té.

»En la semana había asistido á otras fiestas, y como estaba cansado me retiré temprano aquella noche.

»Cuando me acostaba, las escenas del baile acudieron en tropel á mi memoria. Vi de nuevo á Elisa y me pregunté si estaba enamorado; probablemente no. Era una amistad especial, una simpatía muy fuerte, algo no sentido hasta entonces, pero diverso de lo que llama amor el mundo.

»Al día siguiente Pepe me habló largamente de mi nueva amiga.

-»Elisa te encuentra muy amable-me dijo.

»Amable, según la definición de un Marqués de la Regencia, es una persona junto á la cual nos encontramos en peligro.

-»¿Encontraste un pañuelo?-agregó.

-»Sí.

- —»Ese pañuelo ha sido olvidado expresamente. En la familia de Elisa todos me miran muy mal y me hacen la oposición más violenta. Gracias á este pañuelo, que devolverás hoy mismo, irás á la casa de embajador secreto. Espero ese gran favor de ti, querido Antonio.
- —»No puedo y lo siento mucho. Antes de conocerla quizás hubiera consentido, pero ahora no. Tú no debes pensar en ella desde que no puedes casarte.

-»Pero es un amor tan puro..... ¡no me comprendes!

-»Ni te quiero comprender.

»Luego me separé de mi amigo y me puse á meditar. Ese abandono del pañuelo era la mejor prueba de cariño que Elisa podía dar á mi amigo, y aquel amor era imposible, sin embargo. Había entre los dos una historia que más tarde contaré, una amarga historia.

»Aquella misma tarde envolví el pañuelito y lo até con una cinta de seda. No pude contener un suspiro. El pañuelo perdido significaba una ilusión perdida también. Quizá ella me hubiera amado.....

III.

SE ENCUENTRA LO PERDIDO.

»El invierno fué excepcionalmente alegre en Lima. Los bailes, siguieron de prisa á los bailes. Fuí convidado á casi todos ellos y tuve, de consiguiente, más de una ocasión de ver á Elisa. La intimidad, como dije hace un momento, nació naturalmente entre nosotros, y desde ese día fuimos tan íntimos como si tuviéramos largos años de amistad. Recibí todas sus confidencias y supe hasta los menores detalles de sus amores con Pepe. Más de una vez me sentí conmovido al escuchar su acento apasionado, sus frases llenas de sentimiento profundo que parecían decirme: ¡todavía hay amor y hay mujeres todavía!

»En vano la disuadí; le dije inútilmente que graves obstáculos hacían imposible aquel amor.

—»¡Pero si lo quiero tanto!.....¡tanto!..... me decía Elisa.—Usted no puede figurarse, Antonio, lo que he sufrido y lo que he llorado por él.

» Esas frases me pintaban con elocuencia poderosa lo que ella sentía. En esas palabras, lo que he sufrido, se reflejaba el fondo mismo de su amor nacido entre los enojos y la oposición de su familia, en el callado silencio de la noche, al recordar las miradas palpitantes y las palabras fugitivas de ese joven.

»Después, yo caí enfermo y estuve hasta dos meses sin salir. El médico atribuyó mi enfermedad á la vida afiebrada y al exceso de

fatigas del último tiempo.

—»Sólo el campo y una vida tranquila pueden sanarlo—me dijo.

»Inmediatamente hice los preparativos de partida y resolví dirigirme al puerto de X..... Carlos García puso á mi disposición una lindísima quinta situada en ese lugar; un rancho, según el lenguaje de esa tierra.

»Al caer de una tarde llegué á él, y en medio del camino polvoroso, situada sobre una colina próxima al mar, divisé la quinta de mi amigo. Sus murallas eran de cal y ladrillo y estaban cubiertas con el manto verde de las enredaderas que trepaban hasta lo alto y la envolvían en caprichosos arabescos. En el jardín, un lindísimo jardín, había varias magnolias y castaños de la India, plátanos de grandes hojas verdes, suaves y flexibles, rosas de Parma y rosas té, jazmines del Cabo y muchísimas flores que ahora no recuerdo. Mi amigo se había rodeado del lujo exquisito de un artista millonario.

»La casa, situada en medio del jardín, tenía á sus espaldas un extenso huerto que terminaba en un parque inglés, el más famoso de toda la comarca.

»Las fatigas del viaje habían agotado mis fuerzas y me dormí profundamente.

»En las primeras horas de la siguiente mañana tomé un libro, atravesé el huerto y me dirigí al parque. Me proponía leer bajo los árboles; pero me fué imposible. Todo un mundo se levantaba ante mí bajo aquella sombra deliciosa de los castaños inmensos, rodeados de hierba verde y fina, empapada en rocío matinal. Por acá y por allá, sobre el manto de verdura, se asomaban helechos de hojas microscópicas y plantas y florecillas silvestres. Arriba, algunas hojas heridas por furtivos rayos de sol tomaban un color transparente y luminoso; las demás conservaban su color obscuro. Frente á esos horizontes dilatados, bajo esos árboles enormes, sentía crecer mi espíritu; admiraba la armonía completa entre las grandes manchas obscuras y los tonos de un verde claro, entre las hierbecillas finas y las ramas y los tallos que se entrelazaban y las hojas que recibían los rayos del sol produciendo las más extrañas combinaciones de luz; el canto de los pájaros y el rumor leve de la brisa completaban aquel cuadro en que se mezclaban de una manera inexplicable la pintura, la escultura, la música, todas las artes y todas las armonías. Yo pensaba en la manera de reproducir aquello que veía y me detuve desalentado. De repente, no sé cómo, me vino la idea de que allí faltaba lo más importante, que el paisaje era mudo desde que no tenía una mujer.-¡Oh! si me hubiera querido,-pensé, y una figura cruzó rápidamente por mi espíritu.

»Al levantarme noté que mi libro había rodado suavemente hasta esconderse entre unas plantas próximas. Fuí á buscarlo y vi junto á

él un objeto blanco: era un pañuelo.

»¡Era un pañuelo! Por una extraña coincidencia se asemejaba en todo al pañuelo perdido aquella noche en que conocí á Elisa, sólo que la guarda de encajes de Inglaterra estaba más ajada y el pañuelo había envejecido mucho.

»Lo examiné cuidadosamente y me convencí de que sólo podía ser el pañuelo de Elisa. Pero, ¿cómo se encontraba allí? ¿Por qué serie de circunstancias había ido á parar tan lejos de la hacienda ó ingenio donde residía su familia en el verano? Según me dijo el jardinero, á quien interrogué en el acto, habían visitado el parque en el día anterior un caballero y una joven.

-»¿Te fijaste en la señorita?-pregunté.

-»Sí, señor. Era de regular estatura, de ojos negros..... jy tan suaves! jtan suaves!

-»Está bien-le dije.

»Aquella misma tarde me dirigí á la casita donde me dijeron vivía la recién llegada. En el fondo, cerca de un cenador, se paseaba una mujer. Era Elisa.

-»¡Ah! ¿cómo sabía que yo estaba aquí?

-»Por el pañuelo.....

»Manifestó una alegría íntima al verme.

—»Usted no sabe—me dijo—qué necesidad tenía de hablar con un amigo, con un amigo verdadero sobre todo, dada la situación difícil en que me encuentro ahora. Estoy sola, casi sola en el mundo. Mi familia no permitía que hablara con Pepe Sánchez, y en cambio nos escribíamos ocultamente. No puede figurarse en qué situación espantosa me encontraba: agitada, nerviosa, inquieta, pensando únicamente en él, indignada de aquella oposición inexplicable é infundada de mi familia. He pasado tres meses de este modo, hasta que, aprovechando nuestra venida al campo, resolví casarme á pesar de ella. Pepe me esperaba en

el pueblo en que debíamos pasar la noche. Al amanecer escapé en compañía de una sirvienta antigua, que me quiere mucho y me vine con él..... Hemos tenido un contratiempo; el cura de este pueblo no quiere casarnos porque, según dice, faltan los requisitos indispensables. Pepe ha ido en busca de un sacerdote que vive cerca.....

»¡Qué locura! dirá usted. Sí, es una locura, lo confieso, pero ¿qué hacer? Si usted supiera..... ¡Me quiere tanto! Sólo piensa en mí, sólo vive para mí..... Sobre todo..... ¡Lo quiero tanto!..... ¡tanto!

»Elisa me hablaba con todo el fuego de su alma joven y pura. Su voz clara y metálica vibraba como el sonido de una música, y repetía / Tanto/ con sus gestos de niña mimada y regalona.

»Habría dado no sé qué por hacerla feliz eternamente y eternamente amada. Pero había llegado el momento de decírselo todo. Me reprochaba interiormente como un crimen el haber callado. No tenía la culpa, en el fondo, desde que nunca imaginé que fuera á parar en aquel desenlace de novela.

—»Elisa—le dije—creo llegado el instante de decirle por qué constantemente, aun á trueque de serle fastidioso, traté de ahogar el germen de aquel cariño que usted siente por Pepe. Le había dado mi palabra de honor de guardar el secreto y voy á faltar á esa palabra. Su casamiento es imposible.

-»¿Por qué?

-»Porque Luis se casó en Santa Fe, secretamente hace algunos años.

—»¡Eso no es cierto!.... Sería demasiado infame.... No lo creo.

»Después de un instante de silencio agregó:

->¿Usted lo jura?

-»¡Lo juro!.....

-»¡Ah!

»Ni un solo músculo de su fisonomía se movió; no tuvo una lágrima; lo único que hizo fué bajar los ojos.

»Continuamos maquinalmente paseándonos por el jardín en medio de los nísperos cuyas hojas verdes brillaban heridas por el sol, ya cerca del ocaso. Á derecha y á izquierda los plátanos, tan comunes en aquella zona, movían sus grandes hojas verdes de curvas elegantes. Seguimos en silencio; no había palabras para aquel dolor.

»Al despedirse me estrechó la mano afectuosamente:

-»Gracias.....

»Entonces, sólo entonces vi una lágrima rodar por su mejilla.



»Al día siguiente, Elisa se trasladó á la casaquinta que yo habitaba y le dí las mejores piezas. Después de una larga conferencia, resolvimos que yo iría al Callao en el próximo navío que llegase al puerto de X..... Una vez en Lima debía hablar francamente con su padre y decirle que la hija pródiga esperaba su perdón.

»Elisa, que yo había conocido tan alegre, tan viva, se había transformado por completo: ya no reía como antes. Una sonrisa triste velaba su rostro; sus ojos negros tenían la fijeza que da una idea golpeando incesantemente en el cerebro. Una tarde, en el instante en que nos dirigíamos á nuestro paseo de costumbre, á los alrededores, se sintió mal y se acostó inmediatamente. La acosaba una fiebre intensa que, según dijo el médico, era el resultado de emociones violentas y seguidas. Tres días duró la enfermedad, y durante esos tres días estuve constantemente á la cabecera del lecho en compañía de una vieja sirviente, preparando medicinas, dándole bebidas cuando tenía sed. En esos instantes es indispensable la mano de una

madre ó de una hermana que procura suavemente lo que el enfermo necesita; un hombre es siempre rudo, su naturaleza se aviene mal con las susceptibilidades de un enfermo. Escribí á su familia y no tuve contestación.

»Felizmente al cuarto día pudo la niña levantarse, y después de una convalecencia relativamente corta pudo pasear por el jardín. Elisa había cambiado tanto en ese corto espacio que casi parecía otra mujer. Su mirada había perdido el brillo, sus mejillas se habían hundido y un círculo azulado rodeaba sus ojos. Su espíritu, por el contrario, parecía mejor.

-»¡Ahl cuán feliz me siento—dijo—esta enfermedad me ha producido mucho bien.

»Era que el cansancio físico había borrado de su mente aquella idea matadora. Al caer las ilusiones se habían llevado consigo su amor—lo que ella creía su amor.

»Quedaba, sin embargo, otra preocupación tenaz: ¿qué diría su famlia de aquella gran locura que había cometido? Y ahora sí que tenían razón sus padres, ahora comprendía ese instinto profundo con que se habían opuesto.

»Traté de distraerla, de hacerla creer que todo se olvidaría fácilmente. Y cuando la esperanza hubo penetrado en su corazón, inventé diversiones para ella; almorzamos alegremente en el fondo de una quebrada próxima, en medio de la frescura del bosque, bajo la espesura y cerca de una cascada. Durante esos largos paseos conversábamos con esa misma expansión alegre de otro tiempo.

-»¿Se acuerda de aquella noche en que nos

conocimos, Antonio?

-»Esas cosas no las olvido jamás.

»Y luego insensiblemente me hablaba de Chile y me preguntaba las causas de mi destierro. Era tocarme la cuerda más íntima:

»Poco á poco, insensiblemente, íbamos descubriendo nuevos puntos de contacto y de armonía nueva en nuestra manera de pensar, en nuestras alegrías y en las amarguras pasadas. ¡Qué felices momentos! En compañía suya veía pasar las horas sin notarlo. Me ligaba á Elisa un sentimiento nuevo, un cariño suave y profundo, sin la fuerza y sin los vaivenes de la pasión.

»Todas las tardes, como dije al principio, emprendíamos un paseo por los alrededores y á menudo llegábamos al mar, al mar que extendía su gran manto azulado y triste, á la caída de la tarde, cuando los últimos arreboles se perdían en el cielo. Todos los días llegábamos hasta el mar, esperando divisar en el horizonte alguna vela, porque en ese buque yo debía partir para el Callao y conmigo sus esperanzas también. Al principio mirábamos ansiosamente y sólo veíamos las olas meciéndose á pérdida de vista; mientras más pronto lle-

gase el buque, más pronto concluiría ese episodio amargo. Quince días después, cuando llegábamos á la ribera, yo miraba casi con miedo el horizonte....

»Llegó ese día, por fin. Acabábamos de subir al cerro y contemplábamos ese contraste irónico de la naturaleza que había colocado el valle verde, alegre, risueño, en medio de los arenales que se perdían de vista y frente al mar, eternamente solo. ¡Ah! no; aquella tarde se veía una vela blanca, una linda gaviota en medio del mar azul, y á medida que la vela fué creciendo, apareció el casco negro y fino de un bergantín.

»Nuestra comida fué triste y silenciosa; en vano traté de distraer su ánimo y de hacerla sonreir. Me era imposible imprimir un giro alegre á nuestra conversación, y en aquel instante, ya próximos á separarnos, se palpaban todo el hielo y todas las tristezas de la ausencia. Las miradas de Elisa se fijaban obstinadamente en los rincones obscuros de ese comedor iluminado á medias; tenían la persistencia de la idea fija. Entonces me pregunté yo por qué hallaba tan triste mi partida. ¿Temía acaso algún contratiempo? ¿Qué su padre recibiese mal las súplicas que yo le debía transmitir? Eso no era posible; ella sabía muy bien que los padres siempre perdonan á los hijos que sufren. Y si no sufría por eso, ¿qué meditaba con tanta

persistencia? ¿Era el simple afecto de un amigo que abandona á otro amigo? ¡Ah! no.

»Tomamos el café en el saloncito, una de las piezas más lindas de mi amigo Carlos, Una lámpara con pantalla de seda celeste y encajes, sobre una mesa de tallado esquisito, arrojaba su luz sobre un florero de porcelana de Sèvres y sobre una copa de topacio quemado montada en pie de filigrana de plata. El resto del cuarto se hallaba sumido en suave penumbra. Dos portières de un rojo oscuro, bordadas de arabescos, cerraban las puertas. En las paredes había mosaicos, bosquejos y cuadros distribuídos de un modo ligero, sin recargo, sin fatigar la vista. La sombra que se dilataba en los rincones daba un movimiento y una apariencia admirable de vida á la Venus de terra-cotta que se alzaba en un mueble antiguo, sobre una tela de fantasía india. Elisa, con la cabeza reclinada sobre el respaldo del sillón, en medio de aquella atmósfera lujosa y exquisita, de aquellos objetos de arte y de gusto, parecía una gran dama de otro tiempo. Sus ojos negros, con las ojeras que los agrandaban, tenían una expresión de sentimiento profundo y contenido; sus manos, de una blancura de alabastro, con reflejos azulados, transparentes, caían sobre los brazos del sillón; su cabello negro contrastaba con la blancura de su rostro. En ese instante estaba ideal esa mujer. Y yo la amaba; sentía que no podía haber en el mundo otra que se le pareciera, que era la única. Yo, que la había visto durante los bailes, y que era solamente su amigo mientras la veía feliz, sonriendo, adorada; ahora, que la desgracia la azotaba sin piedad alguna, ahora la quería profundamente. No era un amor como los que tuve en otras ocasiones: la materia que atrae á la materia, una mirada de fuego que besa el rostro, una mano que quema á otra mano; era un sentimiento de amistad casi infinito; la conciencia de que ella me admiraba con toda su alma, de que mi imagen estaba grabada en su corazón como la suya en el mío; el convencimiento de que mis ideas eran sus ideas, mis sentimientos los suyos, unas mismas nuestras locuras y nuestros sueños. Por eso nunca habíamos pronunciado la palabra amor.

»Elisa, sumida siempre en su tristeza, movió maquinalmente las hojas de un libro.

-»Mañana me voy-la dije.

-»¿Mañana?

—»Sí. Esta será, probablemente, la última vez que conversemos..... Una vez en Lima, quizá.... se olvidará de mí.

-»¡Ah, no!—me dijo.—¿Usted lo cree, sinceramente, Antonio?.....

—»¿Quién puede hablar del porvenir? Usted me olvidará.

»Elisa no respondió una palabra, y salió. La

seguí casi inmediatamente; se había dejado caer sobre un banco en el corredor, y lloraba. ¡Cuán feliz me hicieron sus lágrimas!;Cuán feliz! Era la frase más sentida que pudiera expresar su corazón.

»Al sentarme junto á ella, sobre el banco, sentí un temblor convulsivo que nunca había experimentado, y mi voz, cuando hablé, salió apagada, débil, embargada por el sentimiento.

-»Perdóneme, Elisa.... aunque no.... Jamás he dudado de su cariño, pero no puedo imaginar que sea tan profundo como este otro, el que siento acá, en mi pecho. El amor es una verdadera fiebre, que nos acomete en ciertas ocasiones de la vida; pero llega un momento en que esa fiebre no puede aumentar, en que llega á su grado más intenso, que es único. Ese es el grande amor, el verdadero amor, el que yo siento ahora por usted, y que, según creo, será el último. Hasta este momento he debido callar, un sentimiento que me ahogaba y que es mi vida. Si se lo hubiese confesado antes, quizá hubiera usted atribuído mi conducta al interés ¿lo duda?..... Hay en el fondo de nuestra alma un instinto que nos hace suponer lo malo, sobre todo cuando hemos experimentado decepciones, y no habría creído en mi amor.

»Pero ¿es amor la comunidad de sentimientos; esa vista interior que muestra un mismo horizonte á dos espíritus; esa necesidad mutua y constante que une á dos almas entre sí?.... Sus lágrimas han apagado mis últimas dudas.

»Vamos á separarnos, Elisa, y si llego á sufrir mucho, si la vida es amarga para mí, sus lágrimas serán luz..... y consuelo.

»Tomé su mano; estaba tibia, y tenía la suavidad deliciosa de la seda. Era la primera vez

que la tomaba, y la besé. Entonces.....

»Apareció la luna suavemente por encima de las tapias cubiertas de zarzamora. Un grande y viejo eucaliptus, que crecía corpulento y lozano en un rincón del jardín, sobresalía entre los árboles, y nos presentaba su parte obscura, no alumbrada por la luna: era una gran mancha de tinta china sobre un cielo azul claro, casi verdoso. Dos estrellas titilaban muy cerca del árbol. Un poco diseminadas por acá y por allá se alzaban las formas caprichosas de limoneros y magnolios, de jacarandás y lúcumus y jazmines del Cabo; en medio de los cuadros de plantas, los plátanos de hojas inmensas. La luz de la luna que penetraba en el jardín lo sembraba de manchas luminosas, mezcladas con sombras de contornos extraños.

»¿De qué conversamos? No recuerdo; sólo guardo grabada en la memoria la impresión de aquella noche, la última, en que, sin saber cómo, deposité sobre sus cabellos un beso, el único; un beso apagado, que no resonó en la noche, y que nadie, ni ella misma, conoció.

»¿ Por qué no cedí á los ardientes impulsos que sentía de abrazarla, de besarla en la frente, en las mejillas, de destrozarla á besos? Porque estaba lejos de los suyos, abandonada, sin más apoyo que el mío: yo era padre y amante á la vez.

»Y luego nos separamos. Aunque traté de conseguirlo, no pude dormir aquella noche. Para calmarme, bajé de nuevo al jardín, de puntillas, sin hacer ruido. Me senté en el mismo banco, tratando de recordar las impresiones pasadas, y me sumí en profunda meditación. ¡Quién sabe cuántas horas pasé de esa manera, hasta que el ruido de una persiana que se abría me vino á despertar! Era la ventana de Elisa, y yo me repetí con alegría íntima y suprema:

—»Elisa me ama; soy feliz..... soy feliz.....

V.

EL HOMBRE PROPONE

»Algunos días después me dirigí á Lima y desempeñé mi difícil comisión con la mayor felicidad. Los amantes perdonan únicamente; los padres perdonan y olvidan. Elisa volvió, y todo fué mantenido en tanto secreto, que nadie supo la aventura. En su casa me recibieron con cariño y me colmaron de atenciones; pero, en cambio, ya no pude tener con ella esas conversaciones íntimas, esos instantes de emoción suprema en que el silencio habla. Todo se redujo á conversaciones superficiales en común, y por instantes muy breves.

»¡Cuán rápido y cuán feliz pasó aquel tiempo! Todas las noches recibía yo cartas suyas y le daba las mías; todas las noches nos repetíamos esas mil trivialides encantadoras que no podíamos decir en público y que considerába-

mos tan importantes.

»Otra carta vino á interrumpir mi dicha; mi padre estaba muy enfermo y quería verme antes de morir. Volví á Chile inmediatamente, con el alma llena de presentimientos dolorosos que felizmente no se realizaron. Al cabo de tres meses de una enfermedad bastante grave, se declaró la mejoría y pudo levantarse al fin. Durante ese tiempo, que me parecía interminable, mantuve correspondencia seguida con Elisa. Entonces vine á comprender que el amor no se manifiesta en toda su perfección, sino lejos de la mujer que se ama.

»El padre de Elisa fué nombrado ministro del Perú en los Estados Unidos. Pero esto sirvió únicamente para redoblar mi actividad en esa lucha que acababa de emprender en busca de la fortuna. Cuando yo tuviera una posición, ya nada nos separaría.

»Así pasaron tres años. Todos mis sueños, toda mi vida, todo mi ser, durante ese espacio interminable, estuvo cifrado en ella. Si veía mujeres en los bailes, las encontraba menos lindas, menos graciosas que ella, y esto me hacía gozar. Únicamente Elisa era perfecta. Y si algunos amigos me preguntaban con extrañeza la causa de ese hielo aparente ó si alguien me decía:

«Usted es de nieve, no quiere á nadie», yo contestaba con una sonrisa:

«Al contrario.... demasiado.»

»Un día cesó toda correspondencia. No encontraba yo cómo explicarme ese silencio, al parecer, incomprensible. ¿Que me hubiera olvidado? ¿que hubiera muerto?..... Eso no podía ser. Y eltiempo continuaba rodando, rodando.....

»Julio, que es todo un amigo, me escribió desde Lima una carta en que me daba las noticias más extrañas.

»Hallegado una muchacha encantadora—me decía—y me he vuelto loco por ella. De broma, se entiende, porque se casará próximamente con un joven americano que viaja en su compañía. Es un hombre de gran fortuna..... Es muy linda Elisa del Valle. ¡Hombre, si la vieras!»

»Casi me volví loco pensando en que se casaba..... con un hombre «de gran fortuna».....

»Durante dos años viví retirado del mundo. Había pedido que me mandaran á un juzgado de provincia, y aproveché la ocasión para ocultar mi tristeza: la desgracia también tiene su pudor. Poco á poco se fué secando mi alma, rompiéndose las últimas y más divinas fibras que me hacían creer en lo santo de la vida, y caí en una especie de escepticismo, de indiferencia, de frialdad; en ese terreno medio entre la pasión y el olvido.

»Algún tiempo después tuve que ir á Santiago para asuntos personales y aproveché la ocasión de ver á mi amigo el administrador del hospital..... y de ver su establecimiento.

»La mañana estaba lindísima cuando atravesé la puerta. El sol dorando á trechos el jardín, convirtiendo en láminas de oro las hojas de los naranjos, daba á los inmensos patios un aire de alegría que contrastaba con la tristeza de las salas rígidas, llenas de amargura y de enfermos. Sobre los bancos de los corredores se hallaban tres pobres soldados con el capotón puesto, y tiritando á pesar del calor.

»El administrador, mi amigo, almorzaba tranquilamente en su saloncito, junto á la

botica.

»Conversamos largo espacio.

—»¿ Aquélla?.... es la botica. Aguarda.... voy á mostrarte la mujer más admirable que es posible contemplar.... Es una historia romántica de esas que sólo se ven en las novelas. Figúrate que su padre quiso casarla con un joven de gran fortuna, y ella, que estaba enamorada de otro, se entró de monja.

—»¿Quieres verla?—agregó, dirigiéndose á la puerta de comunicación y alzando la cortina.

»Movido por la curiosidad le seguí. Dos monjas preparaban una medicina. A la luz de alta ventana vi un rostro muy blanco, bajo la toca blanca, transparente, como la Santa Cecilia de Rafael..... y unos ojos infinitamente tristes.

»Un temblor nervioso me agitó.





SENSACIONES DE BATALLA.

Dedicado á mi querido jefe, el Coronel D. Vicente Palacios, hidalgo en la vida y heroico en la pelea.

Recibimos la orden de alto en lo más encumbrado de un cerro, sobre una meseta ligeramente ondulada. Rendidos por el peso de una marcha excepcionalmente penosa, con las espaldas gastadas por el peso del saco de campaña, y los pies en estado verdaderamente desastroso, nos dejamos caer. Habría sido imposible dar un paso más allá, después de aquel andar incesante de catorce horas.

Los soldados armaron pabellones y se dispersaron, una vez nombradas las centinelas, avanzadas y patrullas. Fueron algunos en busca de leña, fácilmente sacada de una cerca vecina. Ya todos dábamos diente con diente cuando se encendieron las fogatas, con sus luces alegres, con sus manchas rojizas en relieve sobre el fondo de intensa oscuridad que nos rodeaba.

Bien habíamos menester de aquel fuego, de aquella luz. Durante la marcha, al sentir que el peso del saco de campaña nos quemaba, nos destrozaba, nos volvía locos, habíamos ido aligerándonos poco á poco de su peso. Los unos arrojaban las mantas, otros la ropa absolutamente indispensable, y hasta los sacos de provisiones. Ahora, el frío de la noche de invierno se hacía sentir en toda su crudeza. ¡Bien hayan las fogatas que calientan!

Todos sentados en el suelo, con las piernas extendidas hacia el fuego, las caras encendidas por la llama, veíamos calentarse el café en los platillos de lata de las caramayolas, mientras las galletas, duras como de mármol, se reblandecían con el rescoldo. Esto, con poco de carne conservada, constituía una comida deliciosa.

Yo no tenía qué comer, habiéndose extraviado mi asistente en el camino con el saco de provisiones.—¿ Voy á morirme de hambre?..... ¿ Quién me favorece?

—«No se le dé naa.... mi ayudante González—gritó una voz ronca, no muy lejana. — Aquí está lo gueno.....»

Vi una fisonomía atezada é iluminada vivamente, y un brazo que me alargaba un pocillo con café. A él me dirigí, dando saltos sobre las piernas y los cuerpos de aquella infinidad de hombres concentrados en torno de las fogatas. Y bebí el café con delicia.....

Sentíame verdaderamente reconfortado, y una vez que hube comido un poco de carne en conserva, me pareció que ya no cabía mejor festín. El cuerpo estaba contento, el descanso venía de perlas, el fuego volvía á la vida..... Diríase ahora que andábamos en una partida de placer — cinco minutos antes deseábamos morir; tan tremendas eran las angustias y las fatigas de aquellas marchas de catorce horas.

Los soldados embromaban y reían, contentos con el descanso, la comida y la esperanza de batalla próxima á empeñarse. Me acerqué á los unos y á los otros, les hablé de sus familias, traté de inspirarles confianza. Dábame profunda y secreta pena la idea de pensar que muchos de ellos quedarían luego en el campo tendidos para no levantarse nunca. Esta idea me inspiraba un sentimiento extraño, un cariño, una indecible ternura que me acercaba á los soldados nacidos de las últimas capas del pueblo, y me hacía quererlos de todo corazón. Luego, las miserias pasadas en común, las marchas, la sed, el hambre, el fuego, todo nos acercaba y nos unía. Ellos debían comprender también lo que pasaba por mí en aquel instante, porque nunca, en mis largos meses de

cuartel, en el resto de mi vida me he sentido tan cerca del pueblo, más en medio del pueblo, más rodeado de simpatías, más dueño de aquella gente. Al ver las maneras francas y sencillas, la familiaridad y el respeto, aquel inmenso candor y ese desdén, esa ignorancia del porvenir, me olvidaba de sus pasiones, de sus vicios, lujurias, rapiñas y borracheras, para ver solamente unos niños que miran con ojos abiertos y candorosos las trágicas oscuridades del futuro.

De momento en momento se oía el galope de algún oficial de Estado Mayor que transmitía órdenes, ó de fuerzas de caballería des-

tacadas en distintas direcciones.

Luego se sintieron disparos—un tiroteo de cinco minutos;—luego profundo silencio. Y nos llegó la orden de apagar las luces. Aquella cantidad de fogatas, de otros tantos regimientos, que veíamos brillar alegremente á nuestros flancos, á vanguardia, á retaguardia, entre las sombras de la noche, desaparecieron como por encanto. Los rumores se apagaron uno á uno, y los soldados, envueltos en sus mantas y capotes, estrechados, amontonados para calentarse mutuamente, parecían cadáveres sin sepultura, amontonados al borde de la fosa común.

Fué necesario recorrer el campo. Ciento cincuenta metros más allá destacábase una mancha negra, pequeña comparada con la de nuestro campamento. Producía el efecto de un matorral, de un grupo de cardos; — era medio batallón destacado en avanzada..... Todavía más lejos, se movían los cordones dobles de centinelas, y de cuando en cuando resonaba en el silencio un ruido seco de palmadas, como el que se escucha en nuestras iglesias en noches de Viernes Santo: eran alertas.

El cielo nunca se había mostrado más hermoso, tachonado de estrellas, con palpitaciones de faro, muy pequeñitas y muy brillantes sobre el fondo de tinta de la noche;-era verdaderamente un cielo primaveral en una noche de invierno. A nuestros costados, no muy lejos, se alzaban colinas cubiertas de bosques, grandes manchas negras, misteriosas, preñadas de amenazas, de peligros, de la emboscada, de la posible sorpresa, del no sé qué inquietante y extraño de lo desconocido en las horas graves. En el silencio triste de la noche estallaba de repente un tiroteo rápido, repercutido por los cerros, que terminaba momentos después..... Y la naturaleza continuaba impasible, inmutables las grandes sombras y la noche llena de encantos primaverales, indiferente por completo á las fatigas, á las luchas, á las tremendas pasiones desencadenadas como una tempestad moral en medio de la impasibilidad y de la indiferencia de la naturaleza, palpitante de vida como nunca.

Ya de vuelta, me arrojé sobre el suelo húmedo, me envolví en mi capote de campaña, reconfortándome con la blandura de la hierba. El frío me impedía conciliar el sueño, y cuando empezaba mi cuerpo á sentir el calor, la imaginación, excitada por los primeros desvelos, me impedía dormir ¡Qué noche tan pura!.... ¡Cuánta estrella, cuánta estrella arriba!.... Y pensar que muchos de estos hombres que ahora duermen felices, mañana estarán pálidos, ensangrentados, rígidos, sin vida, como grandes maniquíes tiesos.... Pensar que yo también puedo hallarme entre esos muertos jah! no.... no.... todos ellos pueden morir, pero yo no..... ¿Por qué?..... Porque no, porque no puede ser.... Sin embargo.....

Experimento una sensación rara, extraña, indefinible, que no es el dolor de mí mismo, sino otra cosa..... Otra cosa..... Veo que me hunden una bayoneta en el cuerpo varias veces, y mi madre, vestida de luto, que llora. ¡Pobre señora, pobre!.....

En medio de aquel sopor, que no es sueño y que no es vigilia, me acuerdo de una mujer con insistencia..... ¿Por qué la recuerdo, si no me importa nada, absolutamente nada, si nunca la he querido? ¿Si apenas la conozco y sólo hemos hablado una vez, hace dos años? Pienso en que habría podido casarme con ella, y en tal caso, claro está, habría quedado viuda; pero no hu-

biera sentido mi muerte, así como yo no habría sentido la suya..... ¡Qué de tonterías! ¡Qué de tonterías! ¡Qué de tonterías! Si yo no puedo morir..... Luego pienso, con cierta vanidad, en que he pasado algunas horas agradables..... Al fin no he perdido del todo mi vida—y pienso en otra mujer..... La idea se corta por una sensación amarga y desagradable en la boca..... ¿Será efecto del cigarro que fumé—un mal cigarro dado por un amigo—ó será efecto de mala digestión y de mala comida? Es una sensación intolerable.....

Y cuando menos pienso me siento invadido por el sueño, poco á poco..... Luego nada.....

De repente despierto sobresaltado, siento fuerte sensación de frío en la cabeza. Me parece que he dormido mucho, por largas horas. La noche hermosísima, el cielo tachonado de luces, las ondulaciones de colinas que se mueven formando una serie caprichosa de rayas negras, hasta perderse en las obscuridades de bosques y cerros, todo me trae al alma una sensación feliz. A lo lejcs se oye rumor sordo..... ¿Será un torrente que baja de la montaña?.... No..... Es un escuadrón de caballería que cruza á lo lejos. En vano trato de conciliar el sueño, no puedo. Mis ojos continúan clavados en las estrellas innumerables del cielo y el tiempo sigue su marcha lenta..... lenta..... lenta.....

Óyese el galope de un caballo que se acerca, el ruido aumenta, y cesa, por fin, de súbito. El jinete se apea en silencio y busca un punto que no encuentra; por fin, se detiene y habla en voz baja. Dos sombras se mueven en la sombra—dos manchitas imperceptibles—luego cuatro, doce, cuarenta, cien que hormiguean, vienen y van, rumores de ramas y arbustos rotos para el fuego, de conversaciones que aumentan en crescendo y las llamaradas vivas de las hogueras vienen á iluminar de golpe las sombras que se agrupan.

Después de tomado el café, y aprestados los rollos, la tropa se forma en silencio, y luego, á la orden de marcha, la masa se agita y se desprende la cabeza con esa elasticidad peculiar á las primeras horas. Delante de nosotros vemos ondular una rayita blanquecina que termina unos cuantos pasos más allá, al parecer, es el camino. El regimiento, al volver una de esas ondulaciones, parece una cinta negra que se desenrolla lentamente á través de la calma de la noche. Rumor como de tropel turba de manera insólita esa gran placidez de los campos, y se diría la marcha de un enorme piño de animales al bebedero, si no fuese por el rumor metálico y prolongado de las caramayolas que chocan sobre las bayonetas en el movimiento de marcha, produciendo un ruido acerado, seco, fúnebre, que continúa sin interrupción como una grande armonía en sordina.

Es el alba: una claridad llega por grados á

iluminar los paisajes anémicos. Ahora vemos agitarse á corta distancia otra cinta negra paralela á la nuestra, pronto distinguimos los uniformes, es otro regimiento que marcha en columna, y otro, y otro más allá. Después de bajar á una hondonada v de trepar nueva colina vemos una, y otra, y otra línea que se mueven con regularidad perfecta. Experimento una sensación de alivio y de satisfacción imponderable al sentirme rodeado de tanta, de tan innumerable gente que se ha de batir junto conmigo, es algo como la sensación del niño que se siente protegido por un hombre. Ahora una gran luz ilumina los campos, brillan las gotas de rocío en la hierba, la verdura de los grandes árboles se destaca en manchas de magnífico verde oscuro', y los pájaros cantan, cantan, cantan, mientras nosotros marchamos al combate, quizás á la muerte.

Hemos cruzado una colina y bajado á un barranco para trepar en seguida, y bajar luego, sin que lleguemos nunca, sin que el enemigo se muestre. Cada vez se hace más pesada la marcha interminable por cuestas agrias, por caminos cubiertos de pedruscos que destrozan las plantas de los pies. Algunos soldados van quedando atrás, otros se sientan á orillas del camino, y la columna sigue su marcha—parece, ahora, un hilito de azogue mezclado con brillantes: es el resplandor ópaco de los rifles que

brillan al sol y de las caramayolas que relucen como plata recién acuñada.

De súbito un cañonazo rompe el silencio, luego otro, luego muchísimos, un trueno continuado que retumba en los cerros, y se oye un galope rápido.

Son oficiales de Estado Mayor que cruzan

con órdenes.

Un oficial de caballería que vuelve á la cabeza de su tropa, se detiene junto al Coronel:

-¿Ya estamos?

—«Empezó la danza..... La derecha entra al fuego en este momento..... Ya empezaron estos hijos de..... No hay más que fregarlos.....»

-¡Hasta luego!

Y el oficial picó espuelas y corrió á dar alcance á su tropa,

A poco se acerca un jinete á galope:

-¡Que se apuren!

Y los soldados, rendidos con cuatro horas de marcha incesante, se movían rápidamente, ordenaban las filas, como galvanizadas por aquel sordo rumor de batalla que venía de lejos.

Tomamos á un lado del camino para ceder el paso á los regimientos de artillería de nuestra brigada que iban á tomar posiciones.

Algunos oficiales eran amigos:

-¡Adiós!

-¡Adiós! ¡Buena suerte! Y que libren ustedes el pellejo. -¡Otro tanto! ¡Adiós!....

Las voces cruzaban alegres, sonoras, llenas del entusiasmo de aquel momento ansiado con tanto ardor.

La artillería continuaba pasando, á cada momento nuevos cañones y nuevas cajas de proyectiles..... A lo lejos se perdía la columna de mulas. Mientras tanto continuaba el cañoneo sordo á la derecha, mezclado ahora con un rumor agudo é intermitente como el chisporroteo de la leña verde que no prende bien, pero muy claro, muy claro.....

-¡Adelante!..... Se está batiendo la derecha.....

Y pensar que allá, oculta á nuestra vista, había otra columna todavía más numerosa que aquella de que formábamos parte, y á nuestra izquierda otra columna igual á la nuestra.

Toda esa máquina complicada, inmensa, gigantesca, se movía en un enorme tablero, sin que supiéramos cómo, ni por donde. Sentíase la sensación de lo enorme, de lo desmedido, de lo extraño, junto con la propia pequeñez. Uno, allí, es fracción infinitesimal, hormiga, diente imperceptible de una rueda que se une á otras mil ruedas iguales ó mayores que ella, para producir un concierto extraño, para llegar á un punto desconocido señalado por manos invisibles.

Se hizo necesario tomar por el atajo para

continuar la marcha, ya que era imposible seguir por el camino, enteramente obstruído por la artillería. Nos lanzamos por senderos extraviados que era preciso cruzar con el cuerpo encorvado y arrastrándonos á veces; otras rodábamos por despeñaderos para trepar en seguida por sendas de cabras. Las malezas entrelazaban sus guías y los árboles sus ramas; por todas partes verdura, cantos de pájaros, hilos de agua esparcidos como trozos de cristal en fragmentos. Hubiérase dicho una alegre partida de campo, á no ser por aquel ruido continuado y ronco, amenazador é inquietante que llegaba de lejos.

Desembocamos en el camino carretero, se organizaron las filas y continuamos la marcha con paso de camino. Seguíamos algunos en silencio; los soldados estrechaban las filas, algunos con la vista baja y aire meditabundo, pesada la marcha y torpe al andar, otros con la cara alegre, riéndose y embromando con esa malicia picaresca de nuestro pueblo que va más en la fisonomía que en la frase. En ninguno se notaba ni asomo de odios, de cóleras, de venganzas; veíase más bien un aire apocado, modesto, la inconciencia del niño, y por encima el sentido de una fatalidad que lo domina todo como divinidad omnipotente y tremenda: «¡está escrito!»

Al llegar á la última planicie del cerro, ha-

cemos alto por breves instantes. Una pequeña llanura se extiende á nuestra vista en la cumbre del cerro, más allá, la quebrada violenta, la hoya del río que corre á nuestros pies. A lo lejos se divisa el mar azulado y brillante á trechos como un espejo, encima de nosotros un cielo azul magnífico, un sol risueño que derrama la vida; al frente una inmensa quebrada por donde pasa el río, luego una llanura y colinas y quebradas que manchan de verde las amarillas laderas del cerro que domina el valle, al frente. A lo lejos, muy lejos, vemos unas manchas negras pequeñas que se mueven: son regimientos enemigos Y otras manchitas se agitan por el fondo con resplandores acerados, es caballería enemiga. El cañoneo, á nuestra derecha, disminuye, no parece tan intenso como en un principio.

Luego vemos, con anteojos, un gran movimiento á lo lejos, una gran línea negra que se agita y luego se detiene; son regimientos enemigos que ponen sus cañones en batería. Nos desplegamos rápidamente, ya hemos sido vistos por los contrarios.

 caer tan lejos experimento un impulso de alegría inconsciente; diríase que los artilleros son malos, sí, muy malos, y que todas las balas caerán lejos. Luego se oye un segundo tiro, y luego un tercero y un cuarto..... sh..... krac..... sh..... krac.....

Una granada estalla en medio de nosotros, mata un caballo y destroza un espino que cae con estrépito de hojas y ramas. Los proyectiles llueven en medio del regimiento inmóvil, entre las filas de soldados tendidos en el suelo. Todos están pálidos, muchos verdes, lívidos, conteniendo el aliento como si de esa manera evitasen el peligro. Las granadas continúan estallando con precisión matemática, tremenda, insostenible. Experimento una conmoción profunda en todo mi ser, algo violento, espantoso, como si me viera en la necesidad de permanecer acostado sobre los rieles de una vía férrea, contemplando á pie firme trenes que vinieran sobre mí y que pasasen el uno tras del otro. El estómago arde, quema, y la boca está seca, es horrible. Un soldado no puede contenerse y se deja rodar por la hondonada. El regimiento continúa inmóvil, sin poder avanzar, porque el frente se halla cortado á pico; sin poder retroceder, porque esas son las posiciones que nos han sido señaladas, ¡Y las granadas continúan cayendo!....

¿Cuanto tiempo ha transcurrido? No lo sé.

Miro al cielo que me parecía tan hermoso, tan azul, iluminado brillantemente por el sol, y el paisaje reverberante, y todo lo encuentro fúnebre..... sh..... krac.....

A la derecha hay un ligero movimiento: se llevan un herido á la ambulancia....

Y luego, sin saber por qué, me siento ya tranquilo, el alma se me suelta como si le quitasen una cadena, nada me importa un ardite, como si hubiera perdido la noción del valor de las cosas, y me siento conforme, casi contento en medio de las balas de cañón que siguen..... que siguen. Junto á mí, un oficial se sienta, enciende un cigarro, le pido con un gesto, y enciendo otro cigarro á mi turno. Fumo con verdadero placer, y noto esta sensación con infinito agrado.

Nuestras baterías contestan el fuego de un modo tremendo: es un duelo feroz á dos mil metros de distancia.

«¡Viva Chile!....» Es un gran clamor que se alza á la izquierda. Ya no caen granadas; la artillería enemiga ha enganchado y se ve obligada por el fuego de la nuestra á mudar de posición. ¡Estamos libres!.... El pecho se dilata, respiramos ampliamente, y al dar una mirada enrededor hallamos que nunca la naturaleza ha sido más hermosa ni el cielo más puro..... A lo lejos brilla el mar azul con escamas de oro bruñido.

Un galope rápido nos distrae. El Jefe de la brigada habla en voz baja con el Coronel, y le señala un punto á lo lejos. Minutos después todo el regimiento, al trote, con el cuerpo doblado para ocultarse al enemigo, se desliza junto á una cerca y se deja rodar á la barranca. Nos detenemos en una estrecha hondonada, al pie de una casita de ladrillos rojos, y la tropa abandona las mochilas. No muy lejos se balancean unos álamos, empujados por la brisa; en torno de la casa vemos los surcos de plantaciones de hortaliza y legumbres, la tierra parda recién removida; más allá, arboledas y cañaverales bañándose en el agua.

-¡Seguir al guía!-ordena el Coronel.-¡Punto de concentración, los caseríos del frente!¡Adelante!.....

Nos lanzamos al río, con el agua hasta la rodilla, luego hasta el pecho á la siga de un muchacho harapiento, montado en un caballo flaco. Al frente se extiende una gran sabana de agua fangosa, en extensión al parecer inacabable. Es la parte más ancha del río, pero la única posible de vadear. Más allá se dilatan extensos prados, luego colinas y quebradas que reverdean en manchas oscuras y acentuadas. Á la izquierda, un elevado cerro nos domina, y en el centro del río, como lugar de refugio y de descanso, un islote de piedras blancas que brillan al sol, deslumbrando la vista. La

corriente es tan fuerte que muchos soldados, no pudiendo resistirla, perecen ahogados y se van flotando como boyas negras.

Luego sentimos un volar de moscas, unos silbidos tenues y prolongados que nos vuelven locos: son las ametralladoras que nos hacen fuego. Antes de pisar el punto de refugio, el islote de piedras, sentimos los disparos roncos del cañón. Momentos después estalla una granada sobre las piedras, delante de nosotros, en seguida otra, luego ciento, y la isla queda convertida en un infierno de granadas que es preciso afrontar. Hemos de pasar fatalmente por allí; los soldados llegan y cruzan de carrera. El silbido de una bala que viene.... ¡al suelo!.... y se oyen gritos horribles de un soldado que se revuelca, destrozado el vientre por un casco de granada. «¡Ay!.... ¡Ay!.... ¡Por Diosito!....» Más allá cae otro, le han fracturado una pierna.... Los soldados pasan sin auxiliarle, sin mirarle, corriendo como locos por aquel infierno de granadas y de piedras que se entierran en los pies. El regimiento desfila por ahí, sin detenerse, sin vacilar, sin retroceder, acometido ya por la fiebre del combate. Cruza el otro brazo del río y se lanza por los prados de la parte opuesta, bordeando las cercas, marchando por fosos para ocultarse á las miradas enemigas.

Al pie de la colina estamos protegidos con-

tra los fuegos de cañón. Hacemos alto y nos organizamos para entrar nuevamente al fuego. ¡Cuántos soldados han quedado en el camino. abrumados por las balas ó por el cansancio de aquella tremenda y breve caminata, con las botas llenas de agua, que pesan como plomo, y les impiden caminar! Algunos oficiales quedan para organizar los rezagados. El segundo batallón se pone en movimiento, dobla la colina y toma el camino real. Allí se ha batido furiosamente la división de la derecha. La carretera está sembrada de cadáveres. Uno tiene la mirada vidriosa, los brazos tiesos, el pelo erizado, y las moscas se pasean por su boca abierta, y sobre un ojo vaciado por una bala y cubierto de sangre gelatinosa y negruzca. Otro muerto, más allá, empuña el rifle y muestra, en una mueca, los dientes blancos sobre los labios negros y la faz quemada. Los kepis rojos, los rifles, las caramayolas, los rollos, los cartuchos están sembrados por todas partes.... los pantalones granas producen una nota alegre sobre la tierra amarilla.

Algunos heridos, sentados al borde del camino, esperan la primera curación.

—¡Apurarse, muchachos, apurarse!—grita un oficial de Estado Mayor, mientras el regimiento, al trote, se lanza al fuego, pisoteando los muertos, saltando por encima de los heridos. El espectáculo de la muerte ya no inquieta á nadie, es lo normal, lo corriente, como si hubiéramos nacido mirando aquéllo. Cinco ó seis granadas estallan cerca de nosotros..... nadie se mueve para evitarlas, ya no nos importan..... Y cruzamos, al trote siempre, á través de una meseta. Allí está un batallón desplegado en guerrilla. Los nuestros se desplegan á su vez y rompen el fuego con ardor, con delicia, con sensualismo.....

Las balas caen ó pasan como canto de pajaritos..... chiú..... chiiú..... chiiú..... agudas ó graves. Al frente, un soldado abre los brazos y cae de flanco, otro suelta el rifle. El fuego sigue, incesante, ensordecedor, con la rapidez del Maulicher y del rifle de repetición moderno. El Coronel, á caballo, se pasea tranquilo con el cigarro en los dientes, deteniéndose de cuando en cuando para mirar con anteojo las líneas enemigas. Otro jefe, cuya tropa se bate confundida con la nuestra, grita y jura como un carretero que anima á sus bueyes.

Miro en torno mío y veo que todos tienen su aspecto ordinario, la misma cara de todos los días, como si tal cosa; uno que otro, muy raro, está lívido. Las balas silban.... chiú.... chiiú..... chiiú.....

Dos oficiales se encuentran:

«-Mataron al capitán Gómez.»

«-¿De veras?.... Lo siento....»

Y cada uno sigue su camino, sin ocuparse

más de la cosa, como si hubieran dicho: ¡Qué hermoso día!

Y el día estaba hermosísimo; el sol brillaba en un cielo transparente, y las quebradas se hundían á nuestros pies como un grande océano verde, empapadas en efluvios de vida. La naturaleza, en su magnificencia luminosa, permanecía indiferente á la sangre, á la desolación y á la muerte, que por todas partes nos cercaba.

En el borde opuesto de la quebrada se movían las líneas enemigas. ¡La caballería! gritó una voz á la derecha. Á lo lejos, en efecto, se divisaba una línea de puntitos negros, iluminados con reflejos de acero: los sables que brillaban al sol. Momentos después un rumor sordo, un estremecimiento de la tierra sacudida como en los comienzos de un terremoto. Nuestra caballería se avanzaba al encuentro de la contraria.

Oí, al pasar, que dos jefes superiores hablaban á media voz. «—La cosa anda mala—dijo uno.—Poco se avanza..... Son las dos y media de la tarde y todavía no llega la tercera división.... y nos queda por recorrer un camino inmenso para llegar á las baterías enemigas. Es preciso de todas maneras tomarse aquella posición que impide el avance..... organicemos una columna.»

La columna de ataque se organizó rápida-

mente á la derecha. Fuí de un galope en busca de refuerzos, y volví con tropas que en ese instante comenzaban á descansar. A la derecha culebreaba un caminillo blanco, desaparecía á trechos en la verdura, y volvía luego á aparecer y á ocultarse; costeaba el cerro á media falda, y en su término iba á desembocar en la planicie del frente. Por allí debíamos avanzar; para hacerlo, era preciso que una parte del ala derecha suspendiese el fuego, que podía cogernos de flanco. En vano tocaron las cornetas alto el fuego; algunos rehacios continuaban—era horroroso tener que recibir el fuego del enemigo, sin contestar un disparo, mientras durase nuestro ataque.

Organizada la columna, entró por el camino, que se desarrollaba como cinta blanca sobre fondo verde, entre matorrales y verduras. Sentía en mi interior una resolución sombría, una decisión opaca, el propósito de llegar á toda costa á la meseta dominada por las tropas enemigas. Vibraba en mi oído la frase de aquel jefe: «Esto anda mal», y sentía en mi interior algo amargo, una sublevación de todo mi ser ante la sola idea de que nos vencieran. Pronto la columna de ataque llenó el sendero y se movió rápidamente al compás de las caramayolas, que chocaban con las bayonetas. No se disparaba un tiro. Las bayonetas y los rifles brillaban al sol, y luego desaparecían entre los

arbustos para lanzar sus reflejos más allá, y siempre oíamos el rumor de las caramayolas chocando sobre las vainas, unido ahora al toque de calacuerda, que anima á las tropas en las cargas al arma blanca. ¡Tararín!..... ¡tararán!..... ¡tararín!..... ¡tararín!..... ¡tararín!..... ¡tararín!..... ¡tararín!..... ¡tararín!..... ¡tararín!..... ¡tararón la de doce años, que tocaba rabiosamente, no pudiendo hacer otra cosa.

Junto á mí vi pasar, con paso tardo, un soldado, cuya fisonomía me había llamado la atención por ser uno de los tipos más característico del hombre del pueblo: pómulos salientes, nariz achatada, color atezado, frente estrecha y pelo abundante y cerdoso; junto con esto, algo como una sonrisa bonachona en los labios y en los ojos, que le daban un aire infantil, inocentón, incapaz de matar una mosca. ¿Por qué se había grabado en mi cabeza aquel tipo? ¿En qué circunstancia? No lo sé; quizá porque le encontraba poco aspecto de soldado.

La columna seguía su marcha, y las balas llovían implacables, incesantes, sembrando el camino de heridos y muertos. Un proyectil destapó la cabeza á un hombre delante de mí, salpicándome de sesos calientes y palpitantes. Limpié la mano en la crin del caballo, y vi con sorpresa que no sentía impresión alguna. Momentos después oí gritos á mi espalda: eran de

un hombre que acababa de recibir un balazo en el estómago. Aquello no me impresionó, como los gritos del herido por un casco de granada en las primeras horas de combate. Más allá un hombre con la camisa desabrochada y cubierta de sangre retañaba su herida con un pañuelo á cuadros rojos y amarillos. Ya estaba en el medio del camino, que formaba una curva. Por delante, un torrente humano; por detrás, otro torrente, y las bayonetas, que brillaban al sol para ocultarse luego en la verdura, avanzando y cayendo, sin curarse los que viven de los que caen, como una inmensa máquina que sigue su marcha. Nos sentíamos apocados, empequeñecidos, convertidos ya en infinitesimales engranajes de una máquina complicada, movida por una causa oculta, que nace en el fondo de la historia entre pasiones ó huracanes morales. Un sentimiento común nos ha unido, nos tiene allí engranados como ruedecillas inconscientes de esa poderosa máquina que sube, que avanza, que retrocede ó baja en virtud de leyes ocultas, que se escapan á todos. Verdaderamente, lo único que experimento es la sensación de nulidad al verme, por una ojeada, comparado con la masa que me rodea y que me arrastra.

Llegan menos balas ahora; un poco más allá vuelven á llover, y cae mi corneta con la pierna destrozada..... da un grito. Un momento

después se incorpora como puede y continúa..... ¡Tararín!..... ¡tararán!..... ¡tararín!..... ¡tararín!..... ¡tararín!..... ¡tararín!..... ¡tararín!..... ¡tin!..... Otro herido lanza juramentos y da voces tendido en medio del camino, estorbando el paso.

—¡«Que se quite ese hombre!»—grita un oficial con rabia.—Y continuamos la marcha, y las bayonetas siguen brillando al salir de los matorrales, como si no hubiera ni heridos ni muertos. Me examino instintivamente: el corazón no palpita; ya no me arde el estómago; sólo siento un mal gusto en la boca, algo amargo, parecido á la sensación que experimentaba en la noche anterior entre sueños. Si me hubiera cepillado los dientes por la mañana—pienso entre mí—no sentiría esto..... La corneta continúa tocando á lo lejos..... ¡Tararín!..... ¡tararán!..... ¡tararín!..... Y la columna marcha á la muerte á paso de carga.

Ya estamos cerca, al pie de un arroyo transparente. Dos hombres parecen tomar agua boca abajo; han sido muertos en el momento de beber. Algunos se detienen sedientos, desesperados, en esa parte descubierta, donde llueven proyectiles. Más allá se inclina una roca, que por breves momentos nos guarece del fuego; entre la roca y la maleza hay oculto un hombre: ha sentido miedo.

—«¡ Miserable!..... ¡hijo de perra!..... ¡á batirse!.....»

No contesta. Suena un disparo de revólver, y el individuo salta y desaparece entre los arbustos de la quebrada..... Y la columna avanza sin disparar un tiro, recibiendo el fuego de frente y de flanco. ¡Ahí están!..... Trepamos un camino rocoso; vemos unos pantalones rojos, que se agitan en todas direcciones; fogonazos á través de la verdura, y el torrente se precipita á la meseta. Bayonetas que relampaguean; fogonazos á quemarropa; culatas que se alzan en el aire, y caen, y se alzan ensangrentadas, y caen de nuevo, y cuerpos que ruedan confundidos: todo en un segundo, rápidamente, como en un sueño.

Los enemigos, reducidos á un puñado, se dejan caer por la quebrada, cerro abajo. Los pantalones rojos corren en todas direcciones, como un nido de ratas cogidas de improviso. Somos ahora dueños de la meseta, una gran planicie amarillenta y desnuda, rodeada de cercas, junto á las cuales hay tendidos, en diversas posiciones, una treintena de cadáveres; en el centro, cuatro manchas rojas, casi amontonadas: son muertos..... uno tiene la camisa abierta y ensangrentada, y muestra un hoyo purulento en vez de nariz.

La tropa continúa llegando á la meseta por pequeños grupos, y se colocan los soldados por sí solos donde pueden. El fuego enemigo arrecia. Es imposible avanzar; tenemos al frente la cortadura del cerro y la hondonada. La columna se corre á la derecha y se desplega por el flanco.

Mi caballo se sacude, como si acabara de salir del agua; ha recibido un balazo. Y siguen los silbidos en torno de nosotros..... sh..... sh..... chiú..... chiiú..... Ha llegado mi última hora, pienso entre mí. Al mismo tiempo sufro un tremendo golpe en la pierna que me hace estremecer por entero.

Me miro; no es nada, un agujero pequeñito en el pantalón y unas gotas de sangre. Y contínuamos el avance de flanco..... y balas, y más balas, aquello no concluye nunca. Seguimos. ¿Qué hora es? He perdido la noción del tiempo..... ¿Por qué no llega la tercera brigada? ¿Qué se ha hecho?

Las municiones escasean, los disparos de nuestra parte disminuyen, la situación es horrorosa. La sola idea de la derrota me vuelve loco, después de tantas fatigas. ¡Que venga una bala de una vez! Los soldados recogen las municiones de los muertos.

Sentimos un tiroteo continuado por la izquierda. Se acercan los disparos. Es la tercera brigada que viene barriendo al enemigo. Los ánimos caídos se levantan y suena de nuevo el calacuerda..... ¡Adelante! En seguida nos tomamos otra meseta, y luego el camino, para seguir combatiendo en un prado, más allá, en

lucha interminable y sin tregua, como si los enemigos no acabaran nunca.

La tropa toma posiciones rápidamente para abrir el fuego, junto á una cerca. Al pie tenemos otro barranco, desnudo, sin una planta, de color de ocre; al frente derecho y al frente izquierdo avanzan dos brazos del cerro, formando reductos naturales. No ha transcurrido un minuto y ya rompen el fuego, que nos coge, en parte, de flanco. Una sensación de amargura me domina; haber sufrido tanto, haber dominado el fuego, resistido esa lucha tremenda contra todo, y encontrarnos con el enemigo al frente, imperturbable, invencible.... Llueven más balas, cien veces más balas que en los momentos más críticos. Chiú.... chiú.... Doy una mirada en torno mío; solamente ha tomado posiciones la cabeza de la columna un puñado de hombres diseminados al frente. Al ver tanto fuego sobre tan poca gente, experimento una sensación de vanidad.... Ahora soy algo.... Me siento crecer á mi propia vista. Ese infierno de fuego que pasa me llena de admiración á mí mismo, de vanidad ridícula y loca. Y luego, al volver, diviso un oficial que hace fuego mezclado á la tropa y siento decaer, de golpe, mi propia admiración, y un sentimiento de disgusto.....

Allá, junto á la cerca, hace fuego el soldado

que vi hace una hora; continúa con la sonrisa bonachona en los labios, y la mirada humilde en los ojos, como pidiendo perdón de alguna cosa. Apunta y dispara tranquilamente, sin precipitarse, poniendo el paquete de cinco tiros del Maulicher con calma, para que no se embarace el mecanismo. Sigue, y sigue, infatigable en sus disparos, en medio de las balas que le llueven. Dos hombres han caído al lado suyo; él continúa imperturbable, con la misma sonrisa bonachona. De repente se agacha..... ¿le han herido?..... no, recoge las cápsulas de un muerto para poder tirar más.... «¿No querían gueno? pus tomen, no más, hijos de.....»

Se disparan las últimas municiones y se carga á la bayoneta á pecho descubierto, sembrando el camino de cadáveres. Media hora después nos hallamos confundidos con los compañeros de la tercera brigada. Las magníficas piezas Krupp están allí, mudas, calladas, tristes. El enemigo retrocede arremolinado, confundido, envuelto en un círculo de fuego y de hierro, confundidos todos los cuerpos y todas las armas en el gran desastre final. Nuestros soldados les persiguen como á fieras. Por todas partes disparos: arriba, abajo, en el fondo de la quebrada, al frente, con el encarnizamiento feroz de la victoria, con el desquite de todos los peligros, angustias y trabajos que han atravesado, haciéndoles pagar sus miserias,

sus hambres, sus heridas. Un grupo enemigo se retira por el fondo, paso á paso, disparando sus últimos cartuchos, desafiando un ejército entero, con el orgullo de los viejos veteranos que asisten por primera vez á una derrota.....

Mi caballo ha caído; trato de andar y siento un gran peso en la pierna y un gran ardor; diríase que me la estaban quemando. Pero el placer inmenso del triunfo seguro me llena de alegría y también ¿por qué no decirlo? me parece que estoy salvado de aquel infierno. ¡Jesús! Un fuerte golpe en el pecho me hace caer sentado. ¿Qué es esto? Un gran ardor en el estómago y la pechera mojada, caliente; la frente de hielo, hielo puro.... nada.... como si me levantaran en peso..... un gran alivio, un bienestar infinito..... Ya se acabó el cansancio..... ¡Bendito sea Dios!

Santiago de Chile, 1891.



ÍNDICE.

	Paginas.
Al que leyere	5 9
Recuerdos de la vida de Bohemia.—Don Juan	29
La joya	39
Doña Juanita	49
Viaje al cielo (imitación del francés)	59
Un casamiento á la moda	65
El aria de Lucía	73
Un baile de máscaras	83
Un discurso fúnebre	93
Final trágico	IOI
Ángela	109
La paloma	121
Historia inverosímil	129
Realidades	141
Los zapatos verdes	147
Las rosas	159
Ráfagas de idilio	177
Sensaciones de batalla	207